



Modesto Basadre y Chocano

Riquezas peruanas: colección de artículos descriptivos escritos para «La Tribuna»

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Modesto Basadre y Chocano

Riquezas peruanas: colección de artículos descriptivos escritos para «La Tribuna»

Prólogo

Las montañas del Perú, que tras de los Andes se dilatan en extensión inmensa, son, por su abundante y variada riqueza, objeto de importantísimo estudio, y a las que ha debido consagrarse una constante y particular atención.

Las pampas de Tarapacá, emporios de cuantiosa riqueza, han debido, también, atraer las miradas y el interés de nuestros compatriotas y de los hombres de empresa.

Aquellas montañas y esas pampas serán, un día, fuentes copiosas en donde irán a formarse ingentes fortunas: sólo se necesita, para que de una vez comiencen a serlo, que el trabajo inteligente y perseverante se acerque a ellas; sólo es preciso dar los primeros pasos, hacer los primeros esfuerzos, para que los resultados sean tales que sucesivamente vayan disminuyendo la fatiga, y haciendo más poderosa y fecunda la acción.

Dominados por estas ideas, y sabedores de que el señor don Modesto Basadre había hecho estudios especiales en esas regiones, le pedimos su importante cooperación, suministrándonos los datos que hubiese podido reunir en sus penosas exploraciones por aquellas comarcas. Este caballero, lejos de excusarse, ha correspondido espléndidamente a nuestro pedido, redactando para La Tribuna los artículos que, después de publicados los días sábados, reunimos hoy en un volumen, que damos en obsequio a aquellos de los suscriptores que la han favorecido desde que volvió a ver la luz pública hasta el mes de octubre último.

En esos artículos traza el señor Basadre el camino que han de seguir los que, con buena voluntad y constancia, se propongan explotar esos grandes veneros de riqueza, los mismos que pueden aprovechar de la lección que, adquirida por el autor de sus viajes, la ofrece en sus artículos, y sacar la inmensa utilidad que de ella puede reportarse.

Desgraciados acontecimientos han cegado el manantial donde tomaban entre nosotros origen la fortuna pública y la privada; pero publicaciones como la que hemos coleccionado, demuestran que mucho tenemos en qué apoyar gratas esperanzas; y, porque encontramos en esos datos los elementos del porvenir del Perú, de un porvenir próximo y brillante, nos apresuramos a presentarlos reunidos en un volumen, a nuestros compatriotas, y como estímulo, también, al capital extranjero, para el que tiene el Perú, en ese espléndido banquete de las grandes fortunas, un lugar de preferencia.

La colección que presentamos, no es un libro de aventuras, ni un romance que halague la imaginación de un lector que busca sólo distraerse; son relaciones de lugares en que la Naturaleza ostenta toda su belleza y sus hermosas joyas, y que redactadas con una mira práctica, tienden a lo real y positivo, a la adquisición de lo útil para todos. El autor no ha tenido más propósito que narrar con exactitud y verdad, todo lo que ha visto, tocado, examinado y estudiado; y al dar cuenta de sus observaciones, las relata en el mismo orden y con la misma naturalidad con que fueron hechas. No se ha cuidado de figuras retóricas, sino sólo de exponer con claridad y sencillez los hechos y las cosas; circunstancias que dan a su narración el mérito peculiar de esa clase de trabajos, a saber: una expresión al alcance de todas las inteligencias, y un sello de verdad, buena fe y patriotismo, que no puedo menos que producir en el ánimo del lector, un profundo convencimiento de que lo que se relata es lo que en efecto existe.

Si como es de esperar de la benevolencia y de la laboriosidad del señor Basadre, La Tribuna sigue siendo favorecida por sus estudios, ella, a su vez, hará, como ahora, cuanto esté a su alcance, para que duren más que las pasajeras hojas de un diario.

El hombre primitivo

El puerto de Ilo se hallaba situado en la embocadura del río, que riega el fértil valle de Moquegua, con sus renombrados viñedos. La hacienda de los Cornejos de Ite, se hallaba situada en la embocadura, al lado Sur del río, que riega el valle de Locumba. Tanto el pueblo de Ilo, cuanto la hacienda de Ite, fueron inundados por las impetuosas olas del mar, el día 13 de Agosto de 1868, día memorable por el gran terremoto, que arruinó todas las poblaciones del Sur de la República. Ambos territorios no son hoy día, sino vastos y desolados campos cubiertos de arena y cascajo. De Ilo a Ite, es decir, entre las embocaduras de ambos ríos, habrá una distancia de catorce a quince leguas; camino carretero y llano, antes frecuentado por millares de burros, que conducían los productos de Arequipa y valle de Tambo a los convenientes mercados de Tacna y Arica. Hoy ese camino se halla desierto y completamente abandonado. Los comerciantes de Arequipa, los hacendados de Tambo, ya no llevan por esa ruta sus harinas, alfeñiques, mieles, etc. Las harinas de Chile, los azúcares del norte del Perú, han destruido ese tráfico: los vapores han reemplazado a los burros en el carguío de esas mercancías.

El camino del valle de Tambo desemboca a la costa sobre la Caleta de Cocotea; y, desde esa caleta se extiende la vasta pampa que conduce a la pampa de Silicate, lindante con el río de Locumba, llamado Ite en ese punto. Esas pampas, viniendo del Norte al Sur, se hallan limitadas a la derecha por las orillas del mar, a la izquierda por lomas, más o menos elevadas. En un punto llamado Icuy, se eleva el majestuoso cerro conocido en el país con el nombre de Puyte; desde el mar y a gran distancia se puede distinguir ese cerro, tiene de alto más de tres mil pies. En su mole, hacia la cumbre, se hallan gran número de vetas de cobre, antes elaboradas, hoy abandonadas y casi desconocidas. La cumbre del cerro se halla cubierta de escaso pasto, pero sí de muchísimas plantas del cactus giganteus, algunos de la

altura de diez y doce varas. Sobre sus abundantes ramales, por siglos han anidado las águilas y halcones, muy abundantes en ese punto. El arisco y veloz huanaco también abunda en esas alturas, y muchas veces es perseguido por galgos, cuya velocidad de carrera es conocida. En días más felices, cuando el valle de Locumba era habitado por muchas familias de fortuna; cuando los Cornejos, Chocanos, Yañez, Vargas, Zeballos, etc. eran propietarios pudientes y acomodados, salían de las haciendas de Sitana, Locumba, Camiara, etc. partidas alegres y con numeroso séquito, a la caza del huanaco o del venado: esos campos, esas haciendas son hoy un desierto, una desolación. La guerra ha llevado allí el incendio, la degollación de sus pacíficos moradores, su ruina, su exterminio. Donde antes reinaba la alegría, donde se oía el canto y el sonido de la guitarra y flauta, hoy no se oye sino el graznido del cuervo, el lamento de la lechuza: [3] apartemos la vista de tan tristes cuadros. Marchando de Ilo hacia el Sur, he dicho que a la izquierda se hallan las pampas limitadas por las Lomas. Estas alturas, en los meses de Junio a Diciembre, se hallan cubiertas de verde y abundante pasto, regadas por las leves lluvias, llamadas garúas. Como en los campos de Piura, dos o tres aguaceros abundantes, hacen brotar allí excelentes pastos e innumerables flores de colores vivísimos, de especial fragancia. El año 1824 los pastos eran más altos que un hombre a caballo: lo mismo sucedió en 1831; y el año 1846 sucedió lo mismo en los cerros de Talamolle. Los cerros de esas lomas en varios puntos, se hallan cubiertos de plantas, allí casi de árboles, de hielotropo, cuyas fragantes flores embalsaman gratamente la atmósfera. En muchas de esas quebraditas corren límpidos arroyuelos, que más abajo riegan los olivares, de que haré mención después. El temperamento, en esas comarcas es de lo más delicioso y templado: allí no se conocen ni los extremos del calor, ni los del frío. En las lomas nadie se enferma: todo es vida y placer.

Siendo joven conocí en Tacna a don Mariano Dávila: este anciano entonces me aseguró varias veces que mi tío abuelo don José Manuel Cornejo, cuando Dávila era joven, es decir por el año de 1780, tenía la costumbre de introducir sus ganados a las lomas de Talamolle, en el mes de Mayo; hoy las circunstancias climatéricas, de las costas del Perú, han cambiado muchísimo, y en varios años no se hallan pastos en las lomas, sino a fines de Agosto; la consecuencia ha sido la casi completa destrucción de la cría de ganado en nuestras costas. Cualquiera que haya viajado por las costas del Perú, habrá podido notar el gran número de quebradas, que patentizan haber tenido, en épocas mas o menos remotas, corrientes de agua en sus hoy secos cauces: unos cortos aguaceros [4] son pues bastantes para hacer fructíferos esos al parecer áridos desiertos.

Esos campos, esas lomas, se hallaban cubiertas en los meses indicados de innumerables tropas de ganada vacuno, lanar y cabrío; todos los hacendados de los valles inmediatos mandaban a esos campos sus animales, pagando dos reales por cada cabeza de ganado vacuno. El señor don Bruno Vargas, propietario de las lomas de Talamolle, y vecino pudiente de Locumba, tenía una gran cría de ganado vacuno. En los meses de pastos, los campos de Alfarillo y Talamolle se veían cubiertos con sus ganados; en los meses de escasez los abundantes alfalfares de Camiarita y Locuraba sustentaban parte de sus tropas; otras eran enviadas a los pastales de Aigache, inmediatos al pueblo de Candarave, en el corazón de la cordillera. Ya que traigo a la memoria el nombre querido de esa familia de Vargas, diré que el referido don Bruno tuvo dos hijos: uno llamado Rafael y otra Susanna. Esta era una niña de lo más bello en su físico, de lo más digno y amable en su carácter. Rafael, asaltada y quemada su finca, hace pocos meses, en la hacienda de Camiarita, huyó

al monte: los restos de su cadáver, devorado por los animales silvestres, fueron encontrados días después. ¡Todas sus propiedades fueron destruidas, sus peones degollados, su heredad desolada!

Marchando de Ilo hacia el Sur, y a la distancia como de dos leguas, se hallan, a la izquierda, situadas las lomas llamadas el Mostasal, risueños y verdes campos, frecuentados antes por las familias pudientes de Moquegua, en los meses de octubre, noviembre y diciembre, con el objeto de veranear y tomar baños. En esos meses esos campos se hallaban cubiertos de tropas de ganado vacuno y lanar, conducidas de todos los pueblos de la Provincia de Moquegua para el engorde. En todo el año existen allí [5] tropas de burros cimarrones, cuya propiedad reclaman los señores Arguedas y Flor de Moquegua. Al lado Sur del cerro de Puyte, y al mismo pie de él, se halla situado el olivar de Icu, antes propiedad de la familia Tamayo, hoy de don Lorenzo Cornejo. Este olivar se halla cerrado de paredes de piedra bruta, tiene buena casa, convenientes oficinas y costoso estanque. Media legua más al Sur se halla el olivar Tacabuey, propiedad de la familia Vargas. A las dos leguas, más o menos al Sur se hallan unos pocos olivos, restos del antiguo olivar del Totoral, propiedad de la familia Vertiz de Mirave, valle de Locumba arriba.

A las dos leguas, poco más o menos, se halla situado, en honda quebrada, el olivar de Alfarillo, antes posesión de la familia Campoblanco de Lima, heredera de los condes de Velayos, hoy propiedad de la familia del ya mencionado don Bruno Vargas: este olivar es regado por unas vertientes, que salen de la cueva de Uchupuru; sitio lo más bello que desear ver se puede. A las pocas cuerdas, y situado sobre una loma grande, se halla el olivar de Talamolle, propiedad de la familia de los Condorpasa y Ciesas, nietos de un señor Noriega, comerciante antiguo de Lima, y a quien las vicisitudes de la vida desterraron, hacen cien años, a esas lejanas tierras. Como una milla al Sur se halla el gran corralón de la Cueva, en el cual se hacen los rodeos de ganado y otros animales en los meses de diciembre de cada año. Como dos leguas y media al Sur se hallan unos pocos olivos, restos del olivar de Mollegallo de los Cornejos. Poco más de dos leguas más al Sur, se hallan los cerros que forman el cauce, digamos del valle de Locumba, en la parte llamada la Sopladera. En ese punto, el río de Locumba, en miles de años ha abierto su ancho cauce, destruyendo lentamente la roca de granito, que impedía su tránsito, por una distancia de más de tres leguas. [6]

Desde el Mostasal a Mollegallo todos los corres se hallan cubiertos de pasto abundante, en los meses ya indicados. El terreno y cerros desde Mollegallo a la Sopladera, es decir la distancia como de dos leguas, se hallan cubiertos de escasísima verdura, es un terreno muy quebrado. El granito y gneis cubren su extensión, y raro es el hombre que ha penetrado en sus áridas quebradas y cuestas.

En la parte de la costa esa se hallan situadas las pampas de Silicate y de Ite. Hace como cincuenta años que un señor Montes, chileno, formó el proyecto de regar esas Pampas, sacando una acequia regadora, arriba de la Sopladera. Su no corta fortuna, y los dineros de varios amigos suyos, se emplearon en esa tan importante obra: fue superior a sus fuerzas, y redujo a él y a su bellísima esposa, la señorita Vascones de Tacna, a la mayor indigencia. Montes tuvo que regresar a Chile, dejando los campos de Ite cubiertos con los sepulcros de su numerosa peonada chilena. En esos tiempos era yo ganadero; y muchas veces merecí la

hospitalidad de esa familia, en esos inhabitados campos. El señor don Rudecindo Barrionuevo, esposo de la señora doña Martina Hurtado, que había franqueado muchos fondos a Montes, se encargó después de la obra infructuosamente. Después compraron esos derechos los señores Carlos Zapata y Andrés Novillo, y lograron dar gran impulso a la obra, consiguiendo sacar las aguas a la pampa de Silicate, que se halla a más altura que la de Ite; logrando plantar grandes potreros de alfalfa, etc., etc. El día que una empresa, con suficientes capitales, tome por su cuenta esta obra, se formará en esos campos la primera y más grande hacienda de caña que posea el Perú, teniendo además la inmensa ventaja de hallarse con una excelente caleta, en la misma hacienda, para exportar sus grandes y ricos productos. No conozco ningún terreno en el Perú, [7] que se preste tan ventajosamente para una colosal empresa, por sus abundantes terrenos. Las pampas de Silicate e Ite tienen tres leguas de extensión, y más de una de ancho, con tan gran caudal de agua, pues hay todo cuanto se necesita para el cultivo de tres tantos de terrenos, y con un Puerto en la misma, finca. Solamente la falta de capitales, y nuestro estado de constante inquietud política, pueden haber demorado la formación de una sociedad, que tantos beneficios atraería para sí, y que tantos podría producir a los valles inmediatos, consumiendo sus producciones agrícolas. Esperamos que días más felices quizá nos aguardan.

Desde el mes de octubre, puede decirse que todas las poblaciones de los valles de Locumba e Ilabaya se bajaban a veranear a las Lomas de Talamolle, etc., donde igualmente acudían con igual objeto gran número de familias de Moquegna y Tacna. Las familias acampaban en grandes carpas, colocadas bajo las sombras de los abundantes y frondosos olivos de que he hablado. La vida en esos días y en esos lugares, era una constante diversión y entretenimiento. Por la mañana a caballo, a tomar baños a orillas del mar, de vuelta el almuerzo; seguía el baile de los jóvenes, el juego o siesta de los viejos y viejas; a la tarde el paseo a caballo a Sombrerito, un punto bellísimo cubierto de flores, hacia arriba de Talamolle, o a orillas del mar, para apostar carreras en su arenosa y sólida playa. A las seis abundantísima comida, el baile hasta la media noche o los juegos de prenda; en fin el descanso para seguir al día siguiente la misma rutina. Los jóvenes muchas veces, después de recogidas las familias, se juntaban en alegres comparsas, y acompañados de conocidos cantores en esos valles, iban de campamento en campamento, entonando yaravís nacionales. Era de rigurosa etiqueta obsequiar dulces, vinos y licores a los cantantes [8] de los Gallos. En algunos campamentos se improvisaban bailes, que duraban hasta el amanecer. Todas las familias tenían a honor recibir y obsequiar huéspedes en sus mesas: y los forasteros o poco conocidos, eran tratados y recibidos con sin igual franqueza y cordialidad. La política era desterrada, todos eran amigos, todos miembros al parecer de una sola familia afectuosa. Tiempos eran esos de verdadera dicha y felicidad, tiempos de paz y abundancia, de amistad y franqueza, tiempos siempre recordados con amor.

Entre el olivar Mollegallo, de que ya he hablado, y la quebrada de la Sopladera, llamada así parte del valle de Locumba, como tres leguas más arriba de la desembocadura del río, los cerros y terrenos son muy quebrados y pedregosos; escaso pasto sale en esos puntos, aun en los años abundantes de garúas, por ser casi desprovistos de tierra. Las aguas del río de Locumba, en miles y miles de años, con su corriente, han labrado un profundo cauce, rompiendo su camino por enmedio de las rocas primitivas (granito y gneiss) que forman ese terreno. En esos cerros y quebradas no se veían ganados ni seres vivientes, era y es una región desierta y sin agua. Sólo en la inmediata quebrada de Mollegallo se hallaban escasos

manantiales; reducidos restos de aguas abundantes, que en el remoto tiempo servían para irrigar ese olivar de Mollegallo, y sus terrenos inmediatos. Las aguas de esos manantiales, como la de varios otros puntos, han desaparecido a consecuencia de los grandes terremotos, que se han experimentado y se experimentan en la costa, y también como consecuencia de los cambios climatéricos de que he hablado.

Era el mes de Noviembre de 1831. En el olivar de Talamolle se hallaban reunidas algunas familias de Moquegua y Tacna, y gran número de familias de Locumba, Mirave e Ilabaya, Entre todas reinaba la [9] mayor cordialidad, la más estrecha unión. Gran número de las personas que las componían acababan de regresar a caballo del baño, a orillas del mar se preparaban para disfrutar de los más opíparos almuerzos, cuando el zambo Ventura, vaquero del señor don Bruno Vargas, se presentó en el campamento de su patrón a comunicarle que habiendo tenido necesidad de buscar unos animales, que se hallaban extraviados había penetrado en ese territorio, llamada el Desierto, existente entre Mollegallo y la Sopladera, y que de repente se había encontrado, cara a cara con ¡el Diablo! Los concurrentes, al oír la relación de Ventura, y ver lo conmovido y asustado que se hallaba, prorrumpieron en estrepitosas carcajadas.

Ventura sostenía su relación con mil juramentos, asegurando que el Diablo, al momento que tropezó con él, se había subido a los cerros con asombrosa velocidad, desapareciendo de su vista. El zambo Ventura era un hombre como de 50 años de edad, muy honrado y verídico, y tanto insistió sobre la verdad de su relación, que los oyentes al fin suspendieron su mofa. Don Tomás Chocano Moreno, abuelo materno mío, y uno de los hombres más chistosos que se han conocido era muy empeñoso en averiguar de Ventura si el tal Diablo tenía los cuernos retorcidos, como algunos carneros viejos, o los tenía puntiagudos, como los toros bravos, indagación que Ventura no pudo resolver. Durante el almuerzo se discutió largamente sobre la relación de Ventura; y al fin se resolvió a instancias de don Carlos Maule Stevenson, mi tío, el mandar a los puntos designados por Ventura, varios hombres bien montados a buscar a ese Ser, o a ese animal, a quien Ventura juzgaba representar a su Majestad Infernal. Marcharon los ocho o diez comisionados al Desierto, así llamado: al anoecer regresaron, no habían visto al Diablo, ni habían hallado huellas o señales de él. Ventura fue por muchos [10] días objeto de la burla de varios; y en especial de mi abuelo, quien afirmaba que lo que Ventura había considerado como representante de Satanás, no podía ser sino algún toro viejo, que se había retirado a esas soledades, después de ser maltratado por competidores más jóvenes de su raza. Ventura sin embargo sostenía la verdad de su relación, ¡flaqueando sí su testimonio respecto a los cuernos! No habían pasado muchos días, cuando unos arrieros arequipeños que regresaban de Tacna aseguraron, que al pasar el río, por el vado enfrente de la Pampa de Silicate, habían visto un mono tan grande como un hombre, el que al verlos, huyó rápidamente internándose al monte, a orilla del río. Ya la relación de Ventura tenía un comprobante: entre el Diablo y un gran mono podría existir alguna analogía. Se resolvió mandar algunos agentes, que apostados en determinados puntos, y en especial en los manantiales de Mollegallo, y vado del río de Ite, pudiesen espiar los movimientos de ese ser, fuese Diablo o mono. Al día siguiente volvieron algunos espías; habían en realidad visto un ser, al parecer, hombre que huyó despavorido al verlos, con asombrosa rapidez hacia los corros del Desierto. Con estas relaciones no cabía la duda, existía un ser extraordinario en esos lugares y se resolvió indagar por él y descubrirlo, averiguando su modo de existir. Se formó un verdadero plan

de campaña. El señor don Bruno Vargas, con dos hombres debía salir al alto del Airampal, y marchar por esas alturas hacia la Sopladera. El señor don José Tamayo y señor Yañes debían marchar por las quebradas de Mollegallo, y coronar las alturas del cerro del Pajarito; don Carlos Maule Stevenson debía vigilar las Pampas de Silicate; don Pedro Portocarrero debía recorrer las pampas de Ite y vado del río; don Jacinto y don Celestino Vargas debían penetrar con don Ignacio Cossio por las alturas, frente [11] a los puntos, donde hoy se hallan las casas de don Carlos Zapata; don José María Malo, don Saturnino Cañas, y otros debían pasar por detrás del Cerro Verde, rebuscar esas hondanadas, en fin otras partidas debían cubrir y rebuscar otras salidas de ese territorio. Todas las patrullas debían marchar hacia un centro, hasta encontrarse, y poder comunicar el resultado de sus indagaciones, combinándose señales etc. para el caso de hallar el objeto de sus pesquisas. Serían las dos de la tarde, cuando el señor Tamayo, que había entrado por el lado de Mollegallo, hizo señales de haber descubierto al Diablo, y notició que se dirigía al Sur, es decir hacia los crestones de roca, que forman el lado Norte de la quebrada de la Sopladera. Con las noticias recibidas, todos los exploradores se dirigieron hacia el punto indicado, reconcentrándose del mejor modo posible. Como a tres de la tarde quedaba poco terreno que reconocer, se hallaba este casi cercado por las patrullas; sin embargo el Diablo no aparecía. Se desmontaron algunos mozos, y exploraron las rocas y cuevas que allí se encuentran. En una poco profunda, jadeante pero tranquilo, y al parecer apacible, se halló el objeto de sus indagaciones. No era el Diablo; no era un mono, era un hombre joven, al parecer de veinte años, de estatura mediana, su cuerpo cubierto de espeso bello, con abundante barba, y larga y enredada cabellera.

A las voces de los descubridores, todos acudieron a la cueva, morada de tan extraordinario ser. Sobre montón de pasto seco se hallaba el objeto de tantas indagaciones, mirando a sus perseguidores con ojos vagos, y con signos de muy limitada inteligencia. Dos mozos robustos se le acercaron, lo tomaron por los brazos y condujeron afuera, era un objeto de ansiosa curiosidad para todos. En la cueva no existían armas o instrumentos de ninguna clase, a no ser que [12] se considerasen como tales, un trozo de granito amarrado a otro trozo de palo con fibras de algún animal; dos costillas de buey algo afiladas en la punta, y que sin duda servían al joven para escarbar las papas silvestres, y raíces que eran su alimento. La cincelada copa de ese monarca del desierto, era un gran cuerno de buey, llena de agua, arrimado a un rincón. El joven no tenía vestido: el único que lo abrigaba era el largo y espeso vello que cubría su cuerpo. Sin duda era de raza blanca: lo demostraba su color, que aunque muy tostado por el sol, era blanco; su barba y la configuración general de sus facciones. No hizo la más pequeña resistencia cuando lo separaron de su cueva, no dio voces: parecía un niño, o un completo imbécil. Su mirada era vaga. Era el Hombre Primitivo sin ninguno de los adelantos de la civilización, y sin inteligencia. Más que voces eran aullidos los que de su pecho exhalaba. Se despachó un propio a Talamolle, a traer alguna ropa para cubrir la desnudez del expósito, poniéndose en marcha al campamento toda la comitiva. Como a las seis de la tarde, ya vestido el joven, llegaron a Talamolle, y la curiosidad de las hijas de Eva, fue insuperable para examinar y reconocer al Diablo. Este fue conducido al campamento de don José Tamayo. Al ver la llamarada del fogón de la cocina corrió a agarrar con sus manos la llama viva de la leña, y se quemó las manos: el infeliz creía poder agarrar sin duda con las manos, un trozo de ese astro, que había iluminado sus ojos, que había calentado sus miembros desnudos. Rechazó los alimentos preparados, sólo apetecía la carne cruda, y de preferencia los vegetales crudos, como las

papas, etc. Fue imposible calzarlo: sus pies eran largos y anchos, con los dedos muy largos y apartados. Satisfecho su reducido apetito, su gusto era dormir: en todos sus actos demostraba la sencillez de un infante, y la más [13] completa inocencia e ignorancia de todo. Al día siguiente de ser hallado, se le dio una cajita de música, ya con cuerda. Al momento dio varios gritos, se puso la cajita al oído, la trató de morder, con sus largas uñas quiso rasgarla; parecía que consideraba la caja de música como un pajarito, que había venido a sus manos. Se le cortó la barba y su enmarañada cabellera, sin hacer la más pequeña resistencia. Se trató, sin el más pequeño resultado favorable, el enseñarle a hablar: con grande dificultad se pudo hacer comprender el sentido de algunas pocas palabras, su inteligencia al parecer era muy limitada.

¿Quién era este joven? ¿Cuál era su procedencia y origen? ¿Quiénes eran sus padres? ¿Era este joven hijo de alguna moderna Magdalena, que había venido a la Tebaida de la Sopladera, a ocultar su vergüenza, al fruto de su fragilidad, a llorar su desventura y abandono?

Y esa madre si existía. ¿Dónde se hallaba?, ¿y el padre de ese niño fue por ventura, quien lo condujo a esas soledades, huyendo quizás de doméstico infortunio? ¿Cómo se había mantenido en esas desiertas soledades ese desdichado joven, tan apacible, tan inofensivo, tan infantil en sus actos, tan niño en sus deseos? ¿Algún padre celoso había arrojado de su paternal morada, a quien consideraba como fruto de un crimen, como muestra constante de la degradación de su casa y blasones? Preguntas son estas que jamás se podrán resolver; se hallan los pormenores sepultados en el más profundo abismo y jamás, jamás se podrán publicar.

Entre el cura de Locumba, y el Reverendo Segura, Fraile Dominicano de Moquegua, se resolvió bautizar al joven, se le puso el nombre de Andrés, día en que se le halló en el desierto de la Sopladera: su nombre fue pues Andrés Desierto.

En diciembre las familias abandonaron Talamolle, el señor Tamayo se hizo cargo de la mantención y [14] educación de Andrés. En abril fue Andrés atacado en Locumba de muy fuertes tercianas; un día, en ese mes desapareció de la casa para él paterna: jamás se supo su suerte o paradero. Meses después, en los montes de Camiarita, se hallaron los esparcidos huesos de un joven, por la dentadura algo gastada se creyó fuesen los restos del tan desgraciado Andrés. Peruano Gaspar Hauser su origen fue un misterio: su muerte fue lamentada por aquellos a quienes había interesado por la dulzura de su carácter, por sus actos infantiles e inofensivos.

Lima, julio 14 de 1883. [15]

Indios calaguayas

Hacen días me preguntaban ustedes ¿quiénes eran esos indios de vistoso vestido, que delante de nosotros cruzaban la Plaza de Lima? -Voy a decirles.

Uno de los departamentos de la República de Bolivia se llama La Paz, una de las provincias de ese departamento se llama Muñecas, en honor de un clérigo argentino de ese nombre, cura de una de las parroquias de la ciudad del Cuzco en 1814, y valiente guerrillero, sostenedor de la revolución del Indio Brigadier Pumacagua en esa época. Este Muñecas murió por un tiro casual, que estando prisionero, le dio un sargento español de orden del general Ramírez. Pueblo importante de la provincia de Muñecas, al este de la Gran Cadena de los Andes, es el llamado Charasani; y siete leguas más abajo de Charasani, pero en la misma quebrada, se halla situado el pueblo de Curva -todos los indios Calaguayas, médicos y boticarios ambulantes de la América del Sur, son oriundos de Curba y de sus contornos.

Para llegar a Charasani hay precisa necesidad de pasar por la vastísima Pampa, conocida con el nombre [16] de Umabamba (Llano de agua), la que, como su nombre demuestra, ha sido, en épocas muy remotas, parte integrante de la laguna Titicaca. La pampa de Umabamba linda, por el norte, con las elevadísimas montañas, siempre cubiertas de eternas nieves y conocidas con el nombre de Coololo; esas montañas forman en Coololo, el nudo llamado de Apolobamba, y son el origen de la Gran Cadena, que se dirige al Sur, ostentando en su curso los elevadísimos cerros llamados Illampu e Illimani, de más de veinticinco mil pies de elevación. La mole o cuerpo del Illimani no es inferior a la de ningún cerro del orbe; y en cuanto a su altura es sólo inferior a algunos picos de los Himalayas. Por el Sur linda la pampa de Umabamba con los llanos de Escoma y Carabuco por el este con la cadena de cerros de la cordillera, que se dirige hacia el Sur, y por el oeste con las alturas de las provincias de Azángaro y Huancané. La pampa de Umabamba tiene una altura de más de doce mil quinientos pies, sobre el nivel del mar: en otros países, a esa altura no pueden vivir ni hombres ni animales.

Por el medio, puede decirse de esa pampa, corre el río Suches, que tiene su origen en los inmensos y riquísimos lavaderos de oro de Poto (provincia de Saudia) y en las serranías de Coololo. Poto es propiedad del señor don José María Peña, vecino de Arequipa; antes fue propiedad de la señora Rivero de Velasco. En Poto el frío es intenso, y los peones sufren muchísimo al trabajar en los lavaderos, causa de su escaso actual laboreo. En las cabeceras del río Suches, también se halla el oro en sus conglomerados o placeres, como los llaman en California.

El río Suches desde su origen hasta un punto, frente a la Hacienda de Ninantaya (candela fría), forma la línea divisoria de los territorios del Perú y Bolivia; de Ninantaya corre la línea recta hacia un [17] punto, a orillas de la laguna Titicaca, al este del pueblo peruano llamado Conima. El frío es tan fuerte en Ninantaya, que ni el fuego caliente -de allí el nombre del lugar.

La pampa de Umabamba se halla cubierta de tropas inmensas de alpacas, y es muy poblado por indígenas peruanos y bolivianos, estos en muy mayor número. En esos vastos campos, no existen ni árboles ni raquíticos arbustos; y por ese motivo los habitantes han construido sus casas del modo siguiente: aplanado el terreno señalado para la habitación, se van poniendo en figura circular, y con el diámetro de tres varas, adobes cortados de la turba o champa, que cubre el terreno, y resecaados al sol. A proporción que se van poniendo las

hileras de adobes, se va angostando el ancho del círculo, hasta que a la altura de cuatro o cinco varas, sólo queda en la punta una abertura, como de un pie de diámetro, que sirve para que salga el humo del fogón, que se alumbra en el interior. Las casas tienen la figura de los moldes, que se usan en las haciendas de caña para labrar panes de azúcar. Como el frío en esos campos es tan fuerte, las puertas son bajas y angostas, y para entrar en las casas es necesario, casi el arrastrarse por el suelo. Los Ostiakes del Norte de la Siberia en algunos puntos tienen casuchas de parecida semejanza.

El alpaca, una de las tres familias, en que se halla dividida la raza del carnero o camello americanos, es un bellissimo animal; su altura de la cabeza a los pies será como de seis pies, de los cuales cerca de la mitad lo forma el largo pescuezo. El alpaca es de diversos colores, pero predominan en mucho los colores negro y café oscuro; tiene ojos muy grandes y negros, y es mansísimo. La lana o vellón de los recién nacidos es tan suave y fina como la seda; y alguna tiene después de un año, de crecida, el largo [18] aun de doce pulgadas. Esta lana era casi desconocida en Europa antes de la Independencia, a pesar de su abundancia y calidad. En el año de 1835 los señores Hegan y Ca., comerciantes ingleses de Tacna, mandaron a Liverpool unos pocos fardos, por vía de ensayo. En ese puerto examinó la lana Titus Salt, escocés, fabricante de tejidos de lana; tomó muestras, y produjo en sus talleres las primeras y bellísimas alpacas, que han servido y sirven para vestidos lujosos. Salt hizo con su descubrimiento una enormísima fortuna; recibió de la reina Victoria el título de Baronet, el quinto en la jerarquía de la nobleza hereditaria de Inglaterra. Los indios de Umabamba jamás soñarían, al trasquilar sus alpacas, que estaban trabajando para construir los suntuosos palacios y parque de Soltaire, residencia hoy de tan opulenta familia.

La llama y la vicuña también se hallan en esos campos: la primera en notable número. La llama se halla repartida desde el Ecuador hasta las Pampas argentinas -la vicuña sólo se halla, según informes recibidos, en las Cordilleras del Perú, y más abundancia en las de Bolivia. Tropas grandes de vicuñas existen desde las faldas del Tutupaca y Tacora hasta Ysluga y Atacania -en esas soledades son compañeras de la Rhea o avestruz americana.

Hacen pocos años que un clérigo Cabrera, cura de Macusani, provincia de Carabaya, logró formar una tropa del entrocamiento de la alpaca con la vicuña: el producto era un bellissimo animal de lana blanca muy fina. El Congreso del Perú decretó señaladas recompensas a Cabrera, y su retrato fue depositado en el Museo nacional de Lima.

Con la muerte del citado cura, y con la necesaria incuria de sus herederos, se perdió la cría de tan útil animal. Guariso se llama la cría de la llama y alpaca es tan alto como la llama, con mucha más lana, [19] pero no tan fina, como la de la alpaca. A veces el huanaco, que no es más que la llama en estado salvaje o natural, forma cría con la llama, pero jamás con la alpaca: el producto también se llama guariso, y es muy difícil amansarlo y utilizarlo para la carga. El huanaco es abundante desde el Ecuador hasta el Estrecho de Magallanes, y se encuentra en todas las lomas de las costas del Perú. He visto huanacos en los cerros inmediatos a Iquique y Choquemata.

El alpaca es un animal especial de Bolivia y el Perú: en ningún otro punto del orbe se encuentra; y las pocas tropas, que contra leyes terminantes se han conducido de contrabando a otros países han desaparecido en limitados años. Un señor Carlos Ledger

inglés, comerciante en Tacna, venciendo mil dificultades, y después de más de dos años de constantes esfuerzos, logró sacar una tropa de alpacas de Bolivia, y conducir las a Copiapó. En el puerto de Caldera las embarcó para Australia, cuyo Gobierno le adjudicó grandes y señaladas recompensas. En Australia lentamente desapareció la tropa de alpacas, a pesar de ser cuidadas por indios pastores bolivianos, llevados a esas distantes regiones con ese especial objeto. Millones sobre millones de pesos fuertes ha importado el comercio de la lana de alpaca; en las chozas de los indios del Umabamba deben existir enterradas inmensas sumas de numerario, pues es imposible que esos indios, a pesar de su derroche y gastos, en especial en aguardiente, pueden gastar las inmensas sumas que anualmente se emplean en compra de las lanas. El punto principal hoy de ese comercio es el pueblo de Cojata, fundado por mí en 1853, y centro hoy de grandes negociaciones de lanas y cascarillas, extraídas de Bolivia. En 1853 Cojata era una pequeña capilla, sin casas y sin habitantes. Centro de la Pampa de Umabamba, y fronterizo a los valles de Pelechucos y Charasani, productores de la cascarilla [20] de Bolivia, reunía ventajas notables para el desarrollo de un activo comercio. Repartí los terrenos para casas entre los vecinos de Moho, Vilquechico y Huancané, pueblos de la provincia de este último nombre; llamé con igual objeto a algunos comerciantes de Puno y Putina; y de una aldea abandonada, se ha formado un opulento pueblo con grandes bodegas, almacenes y tiendas. Un clérigo Montiel dueño de una corta hacienda inmediata, me permitió conducir de ella a Cojata, el agua tan necesaria para su creciente número de habitantes: sírvale este recuerdo de mi expresión de gratitud.

En esos vastos campos se hallan dos clases de zorros; uno tan grande como el tan conocido en la costa, y uno muy chico, cuando más del tamaño de un gato, y de un color oscuro. El zorrino (mephitis) se halla también de dos clases: uno grande con muy poblada cola, y rayado de fajas negras y blancas; otro poco más grande que una rata, y de color pardo oscuro. Con frecuencia se encuentra el León o Puma, (feliz con color.) animal tan común en todas nuestras cordilleras, y que se encuentra desde California al Estrecho de Magallanes: creo que es el animal más vastamente distribuido sobre la superficie del Globo. Al lado Este de la cordillera grande, y jamás al Oeste, o en la cordillera paralela de la costa, se halla el Yaguar, comúnmente llamado Tigre (feliz onca); es un animal muy alevoso y sangriento, y se halla en todos los bosques de la hoya Amazónica, y en los campos del Chaco y la Argentina. Los cascarilleros han sido muchas veces víctimas de su voracidad; en las noches es preciso rodearse de fogatas para libertarse de sus ataques, y en la oscuridad se puede descubrir su paradero por el brillo de sus ojos, que parece dos candelitas entre las ramas de los arbustos. El llamado Tigre no es más que la Pantera; con su piel a manchas negras pues, como se sabe, el Tigre [21] verdadero es rayado. En los bosques inmediatos a Charasani, como en nuestras costas del Norte, se halla un pequeño oso, con su piel negra y hocico café claro, es del tamaño, cuando más de un carnero, se mantiene de raíces.

Muy común en esos campos es el animalito conocido con el nombre de sartinejo; es igual en todo, excepto en el color, al cuy o conejo: el sartinejo es pardo y se cría en gran número. El Taruc, o venado, es igual en todo al que se encuentra en las lomas y valles de la costa.

No he visto al Cóndor en esos campos; sólo abunda el Alcamara, conocido en el Sur y aun en Chile, con el nombre de Carcar. En las quebradas más abajo de Charasani, se halla una águila, muy grande y de plumaje del todo blanco, no es abundante. En las mas frías

alturas se halla una especie de Tetra o (perdiz) anda en bandadas hasta de veinte, y es excelente comida, como lo son también las bellísimas cornejas de dos clases, llamados allí Putu-putu, nombre derivado de su grito lastimero. Las familias Grus y Herodias, se hallan representadas por garzas blancas y pardas -por el rojo flamenco- por tropas de negros Ibis, idénticos a los que, en remotas épocas, eran objeto de adoración en Egipto. La familia Anser se halla representada por la Guallata, que siempre se halla en pares, y que jamás se junta en tropas como los demás gansos salvajes. La familia Graculus se halla representada por el Suchesua, (ladrón de Suches): es el pájaro zambullidor, que constantemente persigue el pescado en los riachuelos y orillas de la laguna Titicaca.

Para ir de la Pampa de Umabamba a Charasani se toma una dirección al Este. Dejando la Pampa hay que marchar como seis a siete leguas antes de llegar a Charasani, población como de mil habitantes en 1816, época de mi visita, con una buena iglesia. El Pueblo [22] de Curba, siete leguas, quebrada abajo, tendrá más o menos igual población y se halla rodeada de gran número de sembríos o chacras. Desde que se comienza a bajar la cuesta, hacia a Charasani, se cambia por completo la vegetación del terreno; mientras que en Umabamba y sus contornos, el terreno sólo se halla cubierto de ichu (paja), o la húmeda yerba, especial pasto del Alpaca, al comenzar el descenso se va gradualmente hallando nueva y mucha más vigorosa vegetación, la que cubre los cerros de verdes y floridas plantas. A poca distancia bajando se hallan arbustos, y muy luego frondosos árboles. Desde la punta de la cuesta comienza a correr a la izquierda un riachuelo, el que unido a otros luego forma ya un río al llegar a Charasani. Y más bajo ese río se une al Camata; este al Mapiri, este al Beni, este al Mamoré, este al Madera, y este al fin, al absorbente Amazonas. A ambos lados del camino, y creciendo con vigorosa abundancia, se halla una planta llamada Muña; se parece al orégano, pero tiene un olor muy fuerte, parecido al alcanfor, lo visan para destruir la polilla de la ropa en esos húmedos valles. En Charasani crece abundantemente la papa de la mejor calidad, y gran tamaño, el maíz, la alfalfa; son abundantes las manzanas, guindas y frutillas. En Curba crecen la palta, chirimoya, plátano y todas las frutas tropicales.

Todos los indios de Curba son conocidos, por todo el territorio que frecuentan, desde Buenos Aires, Brasil y Chile, hasta Bogotá, con el nombre de calaguayas. De los árboles de sus serranías y quebradas, de las yerbas de sus campos y praderas, recogen plantas, semillas, gomas y resinas, que preparadas a su modo son conducidas a todas las poblaciones de la América del Sur, y vendidas en esos crédulos mercados, como panaceas para toda clase de dolencia y enfermedades. El incienso, que tanto se usa [23] en nuestros templos, es la resina del Huaturu, árbol del tamaño de un manzano, con carnosa hoja, y semilla del tamaño de una nuez, y figura de una granada. La hoja es dos pulgadas más o menos de largo y ancho; indentada alrededor, y con un filete rosado. Esta hoja tiene la particularidad, que con el alfiler se raya y escribe lo que se quiera, y al momento lo rayado o escrito queda estampado con color rosado; en esos puntos muchas veces, a falta de papel, se ha usado la hoja del Huaturu para comunicar noticias, o hacer pedidos.

Hacen pocos días, que algunos calaguayas transitaban por las calles de Lima, vestidos con camisolas rojas y verdes, sus colores favoritos, con sus mantas argentinas, amarradas a las cinturas; sus pantalones largos, y calzoncillos de tocuyo. Todos son cristianos y por lo general ostentan sobre su pecho grandes cruces de plata, y sendos rosarios; son muy

religiosos, pero no permiten que el cura de Charasani, que lo es de su parroquia, duerma en su pueblo. Así a lo menos me lo aseguró el cura Medina en Noviembre de 1846, durante mi permanencia en esa retirada población.

Los calaguayas son sobrios, raro es el indio de esos que se entrega a la embriaguez, casi todos los de esa raza son gente robusta, esbelta y bien formada; y distintos de otros indios, hay muchos que tienen escasa barba. Viajan a pie por todas partes de la América del Sur, con unos cuantos burros o millas, sobre los que cargan sus boticas y escaso equipaje. Caminan por las desoladas cordilleras del Perú, Bolivia y Chile sin guía y sin brújula. Jamás andan solos, sino en comparsas de ocho o diez personas. Todos los caminos de las cordilleras les son conocidos; y ellos sólo poseen los secretos de aquellos caminos, por donde transitó Almagro a la conquista de Chile, ellos sólo conocen las aguadas de las cordilleras [24] los puntos de descanso convenientes. El maíz tostado, el chuño, (papa helada) la chalona (carnero helado), la coca forman su alimento, en esas rígidas y desiertas regiones. ¡¡La coca!! maravillosa yerba, que da fuerza, vigor, resistencia al peón de la mina, al chasque, al hambriento. Cuando llegó a Puno la noticia de la muerte de don Juan Sans de Santo Domingo, mandé un propio a Tacna al señor don José María Valle -ese propio se llamaba Alejo Vilca, e hizo la distancia de 84 leguas en 62 horas con un poco de maíz y coca- ni a caballo casi se podría hacer marcha igual, en atención a ser casi toda la distancia de brava y desierta cordillera.

¿Son de la misma raza y familia los robustos, activos, sobrios e inteligentes indios calaguayos, con los desidiosos, descuidados, sucios y borrachos indios de la Pampa de Umabamba? ¿Los indios calaguayas, algunos barbudos, tan laboriosos son de la misma descendencia, que los indios recelosos, flojos y desconfiados de las altiplanicies del Perú y Bolivia? A mí no me es dado afirmar o negar la relación. Para resolver esta cuestión, se necesitaba más descanso y estudio, que el que podría conceder un pasajero cascarillero, que en esas marchas entonces sólo buscaba ventajas y resultados comerciales.

Al bajar de Umabamba a Charasani, se encuentran a ambos lados del camino, Cromlechs, sepulcros antiguos de una notable construcción: cada sepulcro es formado por cuatro hojas o láminas grandes de pizarra, cada hoja es del alto de cuatro a cinco pies, sin contar la parte que se halla enterrada, del ancho de cuatro a cinco pies, y del grueso de más de una pulgada. Las cuatro hojas están perfectamente labradas y unidas en las esquinas del cuadrado, que forman en figura de un grande y parado cajón. Sobre las cuatro hojas se halla extendida como techo, otra hoja de pizarra; y sobre esta última han cargado varias [25] hileras de arcilla y piedra bruta, hasta la altura de tres o cuatro pies. Sabido es que cuando los españoles verificaron la conquista del Perú, los naturales sólo usaban como herramientas las que fabricaban del Chumpi, metal compuesto de cobre y estaño y muy semejante al bronce. ¿Con esa clase de herramientas pudieron cortar y labrar esas grandes hojas de pizarra, para construir los sepulcros de sus notables caciques o príncipes?

¿Son acaso esos sepulcros hechos por las mismas superiores inteligencias, que fabricaron los notables templos y edificios de Tiaguanaco? Las actuales generaciones o habitantes de Umabamba o Charasani, no podrían absolutamente cortar láminas de pizarra iguales a las usadas en esos sepulcros, a pesar de poseer ya herramientas, muy superiores a las de sus antepasados, al tiempo de la conquista.

Lima, Junio 28 de 1883. [26]

Una momia muy antigua

Varias veces me ha indicado usted sus deseos de tener una relación del hombre cuyo cadáver se encontró en la provincia de Tarapacá, y en la Calichera y Salitrera de la Victoria, propiedad entonces de los señores Soruccos; voy a dar a usted los detalles, según me han sido comunicados.

El último puerto, que existe al Norte de la provincia de Tarapacá, es Pisagua. Más al Norte sólo existen las dos caletas de Huaina Pisagua y Camarones; pero son tan insignificantes, y de tan mal fondeadero que jamás han desembarcado por ellas, ni carga ni pasajeros. Huaina Pisagua era una población de los antiguos indios chongos, que han existido en toda esa parte de la costa, desde antes de la conquista; hoy no existe en esa caleta un solo habitante, y sólo quedan los restos de sus miserables casuchas, y un pozo de agua potable, obra de la antigüedad. Huaina Pisagua se halla en la embocadura de la quebrada de Camiña, también llamada Carhuiza, que descende desde los altos del Volcán de Isluga, que se halla en constante y actual actividad. Unas veinte y [27] tantas leguas, arriba de Huaina Pisagua, se le une, a la quebrada de Camiña, la de Tiliviche, al lado izquierdo: esta quebrada también baja de las alturas inmediatas al Volcán de Isluga, y es conocida por el nombre de Berenguela, en su parte superior, por ser el de un plueblecito llamado así, existente en esas alturas.

Pisagua es población, como usted sabe, moderna: la elaboración del Salitre le ha dado en pocos años existencia; el ferrocarril emprendido por los señores Montero le ha dado prosperidad.

Pisagua es una población que existe en dos trozos; una parte fabricada al pie del cerro, y a orillas del mar; otra en la altura de ese cerro. Saliendo de Pisagua, por el ferrocarril, se van encontrando las oficinas salitreras siguientes: San Roberto, Gaspampa, Malpaso, Zavala, Zambrano, Aranibar, Bermudes, San Antonio, Asturizaga, Zapiga, Rosario, Sacramento, San Lorenzo, (distinto de otro en el Sur de la provincia), San Juan, Dolores, Aguada. Del frente de este último punto se separa un ramal del ferrocarril hacia la derecha. Este ramal va a la oficina llamada Santa Rita, y adelante de esta se abra ese ramal en tres ramales: uno va a la oficina La Victoria, otro a la oficina Palacio, y otro a las oficinas Carolina y California. Entre las oficinas enumeradas, encontrará usted la oficina conocida con el nombre de la Victoria, que es donde se halló la Momia objeto de este artículo.

Gran novedad causó en ciertos círculos el hallazgo, en 1874, del hombre sepultado bajo la costra, allí llamada de la oficina Victoria, en esa parte de la provincia de Tarapacá, conocida con el nombre de Sal de Obispo. Para mí, era un descubrimiento de la más grande importancia, aficionado a estudios de esa clase. Inmediatamente me puse en contacto con el

señor don Santiago Ugarte, administrador [28] de la oficina Victoria, y le dirigí una carta interrogatoria, cuya contestación va enseguida.

Datos respecto al esqueleto encontrado en el establecimiento Victoria.

1.º Sitio donde fue encontrado. -En una ladera, que forma la serranía de los terrenos salitreros, hacia el lado poniente, en una pequeña hoyada, que forma el terreno; a la profundidad de una vara más que menos.

2.º Motivo del hallazgo. -Habiendo practicado un pequeño tiro (desboque) hecho con motivo del trabajo de calicheras el año 74, fue que se verificó el hallazgo.

3.º Naturaleza o calidad del terreno. -De la superficie hacia abajo, tres cuartas (más o menos) son de la tierra que se denomina en estos lugares chuca; en el sitio donde se encontró precisamente el esqueleto o momia, existe una cuarta de arena más o menos fina; y este se encontró medianamente cubierto de piedras informes de tamaño regular, restos de su casucha.

4.º Descripción del mismo. -El esqueleto, es innegable que es hombre; su tamaño se conoce que fue de un individuo más que mediano, pues, sus principales huesos son del siguiente tamaño: el fémur tiene 43 centímetros, la tibia 38 centímetros, y el húmero 33 centímetros [29]

-La cabeza o cráneo, es la parte más singular y digno de estudiarse; es de forma conoidea: de las tres regiones en que se considera dividida, sólo la región moral o superior, es la que está desarrollada extraordinariamente; las regiones intelectual y animal, deprimidas, el ángulo facial, obtuso.

En la actitud de la boca, se le observa una circunstancia o expresión bastante curiosa; parece que este infeliz hubiese espirado víctima de alguna muy grande desgracia, como ahogado; tiene la lengua entre los dientes, y estos muy apretados.

La posición que conserva, es la de una persona que duerme o descansa sobre su mano derecha.

Al tiempo de encontrarlo, tenía cubierta la cabeza de un gorro pequeño de paja y un sombrero amarillo del mismo material, de tejido tosco, y con un mechón de plumas de ave en el medio.

Es evidente que este individuo no usaba más abrigo que el antiguo y proverbial ropaje de plumas ceñido a la cintura, cuyo principal objeto es de todos conocido.

También es innegable que este fue pescador; se le ha encontrado junto a sus restos, lo siguiente: dos anzuelos curiosísimos; son hechos de espigas tan curiosamente dispuestas, que admira, verdaderamente el medio ingenioso de que se valió el constructor para haberlas doblado en el modo y forma de los conocidos en el día. Un cordel finamente torcido, de

algodón y un poco de algodón natural; lo que indica que el mismo individuo sabía hilar esta sustancia con verdadero primor: todo guardado en una bolsa pequeña bastante bien tejida.

Todos los útiles de que se hace referencia en esta ligera narración, existen en este establecimiento.

Victoria, abril 22 de 1876.

Santiago Ugarte [30]

Por el anterior informe se impondrá usted, que el hombre fue hallado debajo de la chuca, materia al parecer volcánica, que en más o menos grosor se halla cubriendo la superficie de nuestra costa, desde el valle de Camaná hasta el Loa. En el territorio de Camaná a Islay se halla al parecer sobrepuesta, y su color blanquizo es muy notable. Mas al sur, la costra o chuca se halla cubierta de tierra o arena en más o menos profundidad. En Tacna se emplea como piedra de cantería, con poco buen resultado por su blandura. De Arica a Camarones cubre todo el territorio, en más o menos espesor. De Camarones al Sur cubre todo el territorio de la provincia, excepto en partes del Sur, en todas las partes allanadas, con la singularidad que algunos puntos como la pampa de la Noria al Soronal, se encuentran dos capas de chuca: una, casi petrificada, debajo de la cual se encuentra, el caliche, o base de la materia salitrera, y del grueso desde una vara hasta tres y cuarto; la otra, más delgada, en muchos puntos de cuatro a cinco pulgadas, sobrepuesta a una gran cantidad de arena, que cubre siempre la primera costra o chuca.

Aquí vienen las preguntas importantes siguientes:

1.^a ¿Qué clase de territorio es el de la provincia de Turapacá, que produce tanto salitre, yodo, borax, etc.?

2.^a ¿Qué clase de sustancias son el caliche, que se elabora para producir el salitre, yodo, etc.?

3.^a ¿Qué clase de sustancia es la costra o chuca, de qué materiales se compone -cómo ha venido a derramarse sobre tan vastos territorios- de dónde ha provenido?

4.^a ¿Hay, en el Perú, algún territorio que tenga alguna analogía o semejanza al territorio de Tarapacá?

Sin pretender tener conocimientos medianamente profundos en las ciencias, voy a dar a usted el fruto [31] de mis propias investigaciones e impresiones, tal cual las he verificado, tal cual las he experimentado.

Del grado 19 al grado 23 Sur, se extiende un vasto territorio, limitado al Este por la cordillera de los de los Andes; al Oeste por el Océano Pacífico. En esta larga extensión de territorio no se encuentran sino dos ríos que llevan al Océano su pequeñísimo caudal de agua: el río de Camarones y el Loa. El primero tiene sus vertientes en la cordillera, de Chulluncani, y en las faldas del volcán Mama-Huta. El segundo tiene sus vertientes

principales al otro lado de los Andes, en las faldas del volcán Miño, corre del Norte al Sur por más de un grado de latitud, rompe la gran cadena de los Andes entre Chiuchiu y Calama, y desemboca al mar en casi la medianía de los grados 21 y 22: el Loa es el único río que yo conozco que ha roto la gran cadena de los Andes. Del Loa al Norte, pues, se extiende la provincia de Tarapacá, formando su límite Norte ese río de Camarones, que corre por una honda quebrada, y entra al mar un poco al Sur del grado 19.

En toda la costa de Tarapacá no se hallan campos o pampas inmediatas al mar: en toda ella casi el territorio forma cerros hasta la misma playa; por esta razón los tres ferrocarriles de Pisagua, Iquique y Patillos han tenido que hacer grandes zigzag o vueltas, para llegar a las alturas de Pisagua, Molle y las Higueras.

A la distancia, más o menos, de tres a cuatro leguas de las orillas del mar se hallan algunos cerros elevados, como los de Huantajaya, Santa Rosa, Oyarvide, etc.; más adentro se hallan algunos llanos; luego se hallan cerros de cierta altura, como los de la Novia; y luego los grandes o inmensos llanos conocidos con el nombre de la Pampa del Tamarugal. Un examen y estudio detenido de estos llanos del Tamarugal, hacen concebir la idea, que un tiempo muy [32] remoto, esos llanos eran un brazo de mar, que separaba todos los terrenos al Oeste de la línea de la cordillera de los Andes -que ese brazo del mar, sea por las grandes cantidades de tierra y piedras que las torrentosas lluvias arrastraron de las alturas de los Andes a su seno, o sea por levantamientos de todo ese territorio, lo que es más probable, se secó y se cubrió, en épocas muy posteriores, de aguas y lagunas creadas por los ríos que bajaban de los Andes, y cuyos cauces existen a la vista, como imperecederos monumentos de edades y hechos muy lejanos. En épocas posteriores esos llanos formaban grandes bosques, cuyos restos se encuentran en La Tirana -en San Juan de la Soledad, etc.- cuyos petrificados o carbonizados troncos se hallan debajo de espesas capas de arena, en esos dilatados campos. ¡Qué cambio tan espantoso! Donde antes se veían verdes campos, cubiertos de grandes y abundantes arboledas -animados de seres dotados de vida, hoy no se contemplan sino inmensos y áridos desiertos, cubiertos de oscuras y ardientes arenas.

El territorio que se extiende de la Pampa del Tamarugal a orillas del mar, ha sido en diferentes épocas objeto de inmensas y trascendentales conmociones volcánicas.

En las inmediaciones de Pabellón de Pica, se notan señales que demuestran que en cinco ocasiones por lo menos, ha sido sumergido todo ese vasto territorio debajo de las aguas del mar. En poder del señor Croharé, francés, vecino de Iquique, he visto conchas de verdaderas ostras, arrancadas a las rocas de los altos de Huantajaya, y a una altura de tres mil pies sobre el actual nivel del mar. Yo mismo tengo en mi poder conchas marítimas, creo que son de la familia cardium, sacadas de esas alturas. En las inmediaciones de la estación de San Juan, ferrocarril de Iquique a la Novia, al romper la piedra arenisca, [33] para formar el terraplén, se encontró embebida en la roca una corbina petrificada, que fue llevada a Berlín según informes. En poder de usted mismo existe un pajarito que se encontró en la oficina San Pablo, debajo de la costra, que tenía allí más de unan vara de grueso, echado sobre su nido con dos huevecitos petrificados: ese pajarito de la familia penguinus, no ha podido existir allí si no hubiese sido la hoyada de San Pablo, en donde se encontró una antigua laguna. En las oficinas Yungay, Santa Laura, etc., al Norte de la Noria, se han encontrado grandes cantidades de pájaros muertos, debajo de esa costra, que

parece que repentinamente hubiera derramándose sobre esos campos y sobre esos animales, sin darles tiempo de salvarse.

En la Oficina Soledad, dos leguas al sur de la Noria, y que corría a mi cargo, al abrir un camino carretero, por la falda de una loma, que domina la Oficina, encontré cantidad de huesos de pajaritos palmípedos, que demostraban la existencia de lagunas de agua en esas hoyadas. En la parte sur de esa provincia, en las Oficinas Ángeles y Esperanza, etc., no se halla la chuca o costra cubriendo el terreno; allí está el caliche a la superficie, o cubierto de cantidad de arena y tierra. En esta parte del territorio las lagunas han existido en gran número: hoy no, existe una sola con agua; y, sus fondos resecaos se hallan cubiertos de capas de sal, más o menos gruesas.

Es innegable que en un tiempo muy remoto ha llovido, con más o menos intensidad, en esa parte del Continente. Lo demuestran claramente la gran cantidad de cauces de ríos, que se encuentran sobre su superficie: lo comprueban el gran número de lagunas de agua, cuyos linderos y profundidad se hallan plenamente demarcados, y que se encuentran a cada paso. Saliendo por el ferrocarril de Iquique a [34] la estación de Molle, se encuentra a la derecha un inmenso Médano de arena; ese Médano cubre el cauce de un río, que ha bajado de los altos de Huantajaya y ha desembocado al mar una milla antes de la caleta de Molle. Todo el cerro, desde la caleta al alto, se halla cubierto con el barro arrastrado por las aguas de esa laguna. La población de la Noria se halla situada al fondo de una laguna antigua: un resto muy pequeño de esa laguna se halla al voltear el cerro de la Oficina Sebastopol, y a inmediaciones de la Oficina La Católica, del señor Bacigalupi. La misma caleta de Molle tiene ese nombre por los molles (Schinus) que allí crecían a inmediaciones de las vertientes de agua dulce, que brotaban en ese punto: vertientes que abastecían de agua a la población de pescadores gentílicos, que vivían en las casas, que se hallan en el mismo alto y cuyos sepulcros, muchos llenos de curiosísimas obras de alfarería, se hallan a cada paso.

Ya he dicho que las pampas del Tamarugal han sido inmensos campos, cubiertos de árboles y vegetación. Repito que esta aserción está fundada sobre los grandes bosques de Tamarrugo, que aún existen, y sobre la gran cantidad de árboles que se encuentran sepultados debajo de capas, más o menos espesas de arena.

En un canchón existente en la Pampa del Tamarugal, perteneciente al señor Lecaros, vecino de Pica, se encontraron los huesos de un animal de grandes dimensiones. Canchón, en lenguaje local significa un terreno de más o menos extensión, que en la Pampa ha sido limpiado de la costra salina o gredosa que lo cubría, y sometido a ciertos trabajos agrícolas; el canchón a que me refiero del señor don Domingo Lecaros, se halla en el Cantón llamado Cuminalla, y sobre el camino recto de la Noria a Pica. Esos huesos en parte, fueron extraídos de la costra o chuca, [35] en que se hallaban embutidos, y me los traje a esta ciudad. De aquí han sido remitidos al Museo de Berlín por el conducto del señor Sokoloski, sin que hasta la fecha sepa el resultado de su clasificación. Los demás restos del animal han quedado en el mismo sitio en que se hallaron, por no haberme permitido los sucesos políticos dar paso alguno, para su debida extracción. Este gran animal no era el único, cuyos restos nos dan a conocer la existencia en esos vastos campos, de otros animales de familias no descritas y desconocidas. En un punto llamado la Rinconada, en el mismo camino de la Noria a Pica, ha existido una población y oficinas de beneficiar metales de

plata de Huantajaya y Santa Rosa: hoy su Iglesia y casas se hallan derrumbadas, sus pozos de agua cegados y sus calles desiertas, no existe un solo habitante. Como a las dos leguas adelante, y hacia la derecha existe un lugarcito llamado Cabrería, y allí existe unos cuantos pastores de cabras, que mantienen éstas con alguna grama, que allí se produce, y las vainillas del Tamarrugo. En este punto de la Cabrería se han encontrado muchos huesos de grandes animales; algunos pasaron a poder del doctor Zapater Juez de 1ª Instancia de Tarapacá, hace algún tiempo; otros huesos aún han quedado sepultados en esas inmediaciones. ¿No será posible encontrar un verdadero amante de las ciencias, que proceda a hacer escarbar, en los puntos que indico, esas osamentas, y dé al público el resultado de sus investigaciones? El señor don Domingo Lecaros se halla actualmente en Pica, y varias veces me ha dicho que tendría la mayor satisfacción en coadyuvar a esas excavaciones y esclarecimientos.

Como ocho leguas al Sur de la Noria, existe el Soronal, que son restos de una antigua laguna, donde se halla alguna grama, y una diminuta chilca (*Baccarts Fevillei*). El agua es algo salobre, pero la toman [36] especialmente los ganados, que arriados de la República Argentina, cruzan desde Calama a la Noria, esos desolados campos.

En los mismos altos de Iquique, en las faldas del cerro Oyarvide, en las alturas de Choquemata, crecen algunas yerbas en los meses de Mayo a Octubre, producidas por las constantes neblinas, allí llamadas camanchacas, que humedecen de noche de un modo muy notable esos terrenos. En esos campos no escasea el Huanaco perseguido muchas veces por vecinos extranjeros de Iquique. En las cumbres de Choquemata han sido labradas las superficies de algunas rocas areniscas, en figuras de estanques, donde se depositan las aguas de esos copiosos rocíos de que he hablado. ¿Por quién, y cuándo se hicieron esas obras? Este misterio es hoy impenetrable.

Marchando con el ingeniero Arancibia de la Oficina de San Pablo a la de Santa Ana, nos fue preciso subir la altura, que separa las dos hoyadas, en las que se hallan situadas esas oficinas. Al llegar a la cumbre, hice notar al señor Arancibia, que toda esa altura se hallaba cubierta de grandes trozos de conglomerado, arrastrado por corrientes de agua, y algunos con pedazos de madera embutidos. ¿Cuándo han sido arrastrados esos conglomerados? ¿De dónde han podido provenir esas corrientes grandes de agua?

¿Cómo han podido llegar a esas alturas, esas enormes masas de conglomerados, mezclados con trozos de leña? Trataremos de dilucidar esto.

He dejado correr demasiado la pluma: el asunto a mi juicio, es de alguna importancia, y suplico a usted me preste su atención, para los artículos siguientes, en que trataré de seguir dando a usted, como he dicho, el resultado de mis investigaciones y de mis impresiones.

En mi primer artículo, aunque a la ligera he querido dar a usted una descripción de lo que he examinado [37] en la provincia de Tarapacá, respecto a su territorio, comprendido dentro de los límites de la Pampa del Tamarugal, y las orillas del mar; que es el terreno en el cual, como usted sabe se hallan los depósitos de nitrato, etc. El resto del territorio de esa provincia, es formado por valles, más o menos anchos, de mayor o menor extensión, que penetran en la masa de cerros de la Cordillera, y que producen papas, alfalfa etc., en

limitadas cantidades. Sólo los valles de Pica y Matilla merecen especial descripción por sus valiosos viñedos. De ellos he hecho una especial publicación hace ocho años, y quizás la repita, por ser de alguna utilidad.

En mi artículo anterior, la 2.^a pregunta que me hacía era: ¿Qué clase de sustancia es el Caliche, que se elabora para producir el salitre, yodo etc?

En la provincia de Tarapacá, el Caliche, o sea la materia prima del Salitre, se encuentra desde la distancia de la orilla del Mar, en Sal de Obispo, cerca de Pisagua, a las cinco leguas más o menos; y sus depósitos oblicuan hacia el Este, hasta Zambrano; de este último punto se dirigen casi directamente al Sur, hasta San Lorenzo y San Juan de la Soledad, como 7 leguas al Sur de la Noria. Desde San Juan al Sur, deja de existir el Caliche, pero no se ha explotado; y solamente en la latitud de Patillos se hallan los inmensos depósitos de Los Ángeles y de la Esperanza, en que se halla el Caliche casi a la superficie, y sin estar cubiertos de la costra endurecida, que existe en todos los depósitos del Norte. ¡En la Esperanza, el Caliche es una masa compacta, y he visto parte de él del grueso o profundidad de tres varas! Creación natural la más maravillosa. Más al Sur debe igualmente existir depósitos de Caliche, pero yo no tengo conocimiento de su existencia sino a orillas del Loa y en el punto llamado el Toco, grado 22°, donde existe en gran cantidad. El Salitre, o sea nitrato [38] de soda, existe en el territorio de Antafagasta, pero no en caliche, tal cual se ve en Tarapacá, sino mezclado en grandes masas de barro, más o menos humedecido, y en los puntos conocidos allí con el nombre de Salinas.

Muy diversas opiniones, como usted sabe, han emitido los sabios respecto al modo como se ha formado el Caliche sea el trato de Soda en Tarapacá. Algunos han creído y sostenido, que el Caliche proviene de inmensos depósitos de algas marinas, creadas allí cuando esos terrenos se han hallado sumergidos bajo el nivel del Mar. Otros han sostenido que el Caliche es originado por filtraciones de los depósitos de huano, que contiene ácido nítrico, como si de Pabellón de Pica, que es donde existen las grandes huaneras, a orillas del Mar, pudieran filtrarse ácidos nítricos en bastante cantidad para formar, a la distancia de ocho o diez leguas al interior, los grandes bancos de Caliche existentes en las Salitreras. Otros han creído ser el Caliche, de origen volcánico. He notado que en las oficinas del Norte, los depósitos de Caliche se hallan verificados en hoyadas, es decir, en puntos denominados por alturas de alguna magnitud: en otras como las que se hallan a orillas de la Pampa del Tamarugal, como Peña Grande, Palma, Calacala, etc., se hallan, puede decirse, en campos llanos; otras, como las de la Noria, Santa Laura, San Juan de Gildemeister, la Soledad, en hoyadas más profundas que las del Norte; y otras, como los Ángeles y Esperanza en pampa rasa, sin ninguna proximidad de altura. Las circunstancias de hallarse completamente comprobado por las interpeladas capas de huano y conchas y arena en Pavellón de Pica, etc., el hecho de haber sido ese terreno sumergido varias veces debajo de las orillas del mar, de que en todas esas costas el sargaso (alga) crece en tan gran cantidad y es la planta que contiene yodo, me ha hecho creer que [39] el Caliche es la descomposición del sargaso, con mezcla de sales marítimas, sustancias volcánicas depositadas en las alturas, y filtradas a las hoyadas, en el curso de miles de años, por las aguas, producidas por abundantes camanchacas, como allí se llaman las grandes garúas que constantemente cubren esos campos.

Recuerdo que hacen muchos años vi a inmediaciones de la ciudad de Glasgow, Escocia, una fábrica para elaborar el Yodo, sustancia que en esa época era considerada como oro en polvo. Todo el material casi que allí se beneficiaba para conseguir el Yodo, eran grandes bultos de algas secas, conducidas del Norte de Irlanda. Este hecho, y el de existir en tan notables cantidades el Yodo, en el Caliche, me han hecho creer, que el Caliche en gran parte ha sido producido por depósitos de sargaso, sin que pueda pretender que mi opinión pueda servir de base para un convencimiento final sobre el particular.

El caliche, que yo he visto en Tarapacá es enteramente blanco, como el de Ángeles y Esperanza -es blanco con grandes manchas amarillentas y aun anaranjadas, como los de Soledad, San Juan, etc.; tiene puntas negras moradas, como los de Santa Laura, Limeña, etc. Estas descripciones no excluyen la existencia, en el caliche de todas las oficinas, de colores más o menos pronunciados como los que he indicado.

Desde el tiempo del coloniaje se beneficiaba el caliche con el objeto de emplear su producto en la fabricación de pólvora. En esos tiempos el caliche se molía a la mano en un batán de piedra: se hervía en una paila de cobre, de las fabricadas a martillazos en Oruro, y los productos eran conducidos, a lomo de mula, a los diferentes mercados o asientos minerales, donde casi exclusivamente se empleaba dicha pólvora, pues nuestros antepasados aún no habían [40] llegado a esa altura de progreso, que hace emplear la pólvora para matarse mutuamente.

En esos tiempos de absoluto ignorantismo, nuestros padres no tenían ni Constitución ni Congresos; y sin embargo eran tan atrasados que vivían contentos y dichosos, sin garantías escritas entonces, pero jamás ahora observadas; en esos tiempos en que con dos alguaciles, se hacía mejor el servicio de seguridad pública, que lo que lo hacen hoy tantísimos gendarmes, sanguijuelas de las entradas nacionales; en esos tiempos, en fin, en que sin duda alguna el grito de Independencia nacional hubiera hecho cesar todas las disensiones internas de nuestros pueblos; hubiera acallado las desordenadas ambiciones de nuestros pretendidos grandes hombres, y hubiera impulsado a todos para reunir todos sus esfuerzos, todo, todo su conato para sacudir la cadena del oprobio; en esos tiempos todos eran felices, todos hoy... Las opulentas minas del Potosí, las no menos ricas, pero no tan afamadas de Lipes, eran las que consumían en casi su totalidad, los productos salitreros de Tarapacá. Por los años de 1825 y 1826 vivía en Tacna un joven comerciante francés don Héctor Bacque: en sus viajes a Tarapacá reconoció las salitreras. La guerra dilatada de la Independencia había suspendido, o arruinado los trabajos de los asientos minerales -igual suerte corrían las labores de las salitreras de la Noria. En medio de esas ruinas, Bacque descubrió grandes riquezas para el porvenir, y estableció trabajos en la Noria, que hoy serían considerados ridículos. El nombre de Bacque es hoy olvidado en la provincia ¿quién sabe allí que Bacque fue el restaurador de la industria salitrera, el que llevó muestras e hizo conocer en Europa esos portentosos depósitos? Como tantos otros descubridores, como tantos bienhechores de la humanidad, su nombre se ha olvidado; sus huesos se hallan sepultados en Arica, ¡sin [41] una lápida humilde que lo recuerde! Tras de Bacque vinieron los Zavalas, los Smith, los Gildemeister, etc. La industria salitrera tomó tal incremento que se han exportado de Tarapacá hasta ocho millones de quintales, en un solo año. Esa gran industria ha servido de pasto a la hambruna de nuestros gobiernos: ¡ella ha traído sobre la Patria, la desolación, la ruina, el exterminio!

La Noria, donde había agua en abundancia, sirvió de centro para nuevos descubrimientos salitreros. En todas direcciones se irradiaron las exploraciones, y luego fueron reconocidos los ricos depósitos de Sal de Obispo, etc. al Norte; los del centro, como Argentina etc.; los del Sur, como Ángeles y Esperanza. La casi totalidad de los cateadores eran peones chilenos, fuertes y vigorosos, acostumbrados a pasar los desiertos de Chañarcillo, etc. Estos cateadores arrastraban los peligros y penalidades, la muerte misma, con estoica indiferencia.

Yo los he encontrado en esos desiertos, con dos barrilitos de agua, el charqui y tortas al rescoldo por todo alimento, siempre alegres, siempre contentos. Descubierta un rico depósito, han vendido generalmente los cateadores, por ínfimas sumas, lo que han producido a los compradores inmensas riquezas. Antes no escaseaban en esos vastos desiertos, los esqueletos de cateadores, víctimas quizás de un crimen, de una reyerta, quizás del hambre y de la sed.

Puede asegurarse, que ni uno solo de esos cateadores ha vivido con comodidades; todos han muerto en la miseria; entre tanto, con su trabajo y audacia han formado las inmensas fortunas de muchísimos pudientes, que han olvidado por completo los nombres de los descubridores de los veneros de esas riquezas, de que tanto gozan. La ciega fortuna a unos llena de riquezas y esplendores a otros los tiene siempre sumidos en la desgracia y miseria. [42]

Descubierta un terreno con caliche, en cantidad considerada como suficiente, el primer trabajo era conseguir agua para los usos de la oficina. En todos los alrededores de la Noria, y en las oficinas inmediatas a las Pampas del Tamarugal, el agua se ha hallado muy inmediata a la superficie de la tierra. En la Noria se ha hallado el agua a tres varas de profundidad; en Calacala y San Pablo, inmediatas a la Pampa del Tamarugal, el agua se ha hallado a doce y quince varas de profundidad. En San Agustín, el pozo tiene 136 varas de profundidad; en San Juan, tiene como 80 varas.

He visto a los señores Osvaldo y Gustavo Pflucker labrar el pozo de Santa Ana, y también al señor Vetter el de San Juan, y anotaré los puntos siguientes.

Rota la costra que cubre, como he dicho, casi todos los terrenos del Norte y centro, y que en Santa Ana y San Juan tiene un espesor de cinco a siete pies, se encontraron capas de tierra vegetal color de ladrillo subido; enseguida, arenas con restos marinos, piedras redondeadas, es decir, arrastradas por corrientes de agua, y aun rocas con depósitos de sal común. Desde las sesenta varas se ha comenzado a hallar humedad, y luego las aguas filtradas han sido ya en tanta abundancia, que ha sido preciso armar un torno para extraerlas. En un pozo inmediato al de San Juan, de la pertenencia de don Juan Diles (apodo), de Hidalgo, al romper una roca arenisca, que entorpecía el trabajo, sobrevino un torrente de agua tan fuerte, que con dificultad pudieron los peones escaparse de ser ahogados. Formado el pozo, se procedía a establecer la oficina, y a fabricar la casa y almacenes, con trozos de chuca cuadrados, unidos con barro, como si fuesen trozos de piedra de cantería.

Todos los establecimientos para elaborar salitres en alguna notable cantidad, tienen poderosas máquinas [43] de vapor, con las cuales sacan el agua de los pozos, más o menos profundos, según he indicado, trituran el caliche en pedazos de tamaño corriente, para entrar a los cachuchos, y ser allí beneficiados con el mismo vapor, para elevar las aguas viejas, que serán objeto de posterior explicación, a las alturas convenientes, para que sirvan a los nuevos beneficios, etc., etc.

En algunas oficinas pequeñas no existen máquinas de vapor, porque su plantificación demandaría grandes desembolsos. En esas pequeñas oficinas se emplea el sistema llamado de paradas; y se dice que tal oficina tiene tantas paradas, cuantos fondos tiene de fierro para hacer hervir el caliche, y elaborar el salitre en la forma que después explicaré.

Existe en la gran mayoría de los habitantes de Tarapaca, la idea de que las aguas que en más o menos cantidad, y a diversas profundidades, que se hallan en el territorio de la Provincia, provienen de las aguas del Río Desaguadero, y como usted sabe, este río tiene su origen en la Laguna Titicaca; y al lado Sur o extremo de la más pequeña de las tres lagunas, que forman un total llamado Titicaca. De allí corre con dirección Sur Este, hasta vaciar sus aguas en la Laguna llamada Poopo y también el Choro, en cuyo centro existe la Isla, conocida con el nombre de Pansa. En las inmediaciones de la población llamada Pampa Aullagas, situada a orillas de la Laguna Poopo, pasan las aguas, debajo de un puente natural de gran extensión de largo, y vuelven a salir a la superficie en las inmediaciones del pueblecito llamado Lusí; de allí corren las aguas rumbo Oeste, hasta perderse en la lagunita llamada Copaiza; y allí se ve que todas las aguas se sumergen en la tierra, para no salir más a la superficie. La circunstancia, pues, de ser todo el territorio alrededor de Poopo y Copaiza, esencialmente salino y salitroso, y de perderse [44] una cantidad considerable de aguas en esos puntos, ha hecho concebir esa idea, a mi juicio, completamente errónea o infundada. Yo creo que las aguas de la Pampa del Tamarugal, y que en tanta abundancia se hallan en las oficinas, tienen su origen en las lluvias de las cordilleras, que comienzan, por lo general, en Noviembre, y siguen su estación, a veces, hasta Abril.

En Enero de 1877 fueron tan copiosas las lluvias en la cordillera, que por la Quebrada de Tarapacá y otras inmediatas, bajaron verdaderos ríos a la Pampa del Tamarugal, cortaron las comunicaciones, y pusieron en inminente peligro la existencia de algunas oficinas inmediatas a la Pampa, como la Carolina del señor don Fernando López, y la Dolores del señor Cobos.

En la Laguna de Copaiza no sólo entran las aguas del Desaguadero, sino también las abundantes del Río Lauca, que corre de los altos del Valle de Azapa (Valle de Arica); las del Río Cosapa y las del Río Choquecota, en cuyas orillas han existido trabajos de minas de oro. Varias veces se ha proyectado el conducir las aguas del Río Lauca al Valle de Azapa, cuyos maravillosos terrenos son tan feraces. Algún día, gozando esos pueblos de la bienhechora paz, podrán llevar adelante tan benéfica empresa. ¿Quién sabe si la Sociedad Minera Lipez, que pretende llevar la línea férrea de Arica a Oruro, acometa tan magna obra, llenando a esos pueblos de inmensos bienes y llenando sus cajas de positivas y perdurables riquezas?

Al recordar el Río Lauca, se me viene a la memoria un precioso animalito que abunda en esos páramos; me refiero a la chinchilla, tan buscada por su piel. En el Perú, desde las cabeceras del río Tambo, Departamento de Arequipa, hasta los campos de Calama, la chinchilla es abundante, y su piel es de la clase más fina. [45]

Más al Sur no escasea la chinchilla, pero es mucho menos fina. La chinchilla es un animalito del tamaño de un conejo de Castilla, pero he visto una que era mucho más grande que un gato.

El cuero de esta enorme chinchilla, la presenté a la señora Elvira Derteano de Krüger. Es muy buscada por su piel y su carne, que es igual a la de la gallina: blanca, tierna y sabrosa. Abunda en esas cordilleras, y es perseguida en sus agujeros por el hurón, animal que se introduce por las más pequeñas aberturas. El hurón, de la familia Mustela, se encuentra en todas nuestras cordilleras: los indios han logrado domesticarlo; y les sirve para la caza de la chinchilla, y también de la viscacha. Mi señor padre tenía muchas relaciones con la indiada de las Provincias de Carangas y Lipez; y era el gran exportador de cueros de chinchilla por el puerto de Arica; hubo año en que exportó más de tres mil docenas de cueros. Hoy han escaseado muchísimo las chinchillas, por la gran caza que de ellas han hecho los naturales.

La chinchilla es de la familia muy rara conocida con el nombre de Yerboidea, y división laniger. Por lo general tiene diez a doce pulgadas de largo desde la punta de la nariz a la raíz de la cola: ésta se halla cubierta de cerdas, y es de largo como de seis pulgadas. El color de la chinchilla es plomo, con mucha lana blanca hacia la barriga. Son consideradas como de mejor calidad las que tienen el lomo de color plomo subido y aun negro. El pelo es tan fino como la seda. La chinchilla tiene las orejas redondas como la O; se mantiene con yerbas de la cordillera, y es muy viva y recelosa. Vive siempre en parajes muy fríos de los Andes.

Los terrenos calicheros, por lo general en estos campos, se hallan cubiertos de chuca, que ya he dicho, los cubre con una capa, desde una vara hasta [46] tres de espesor. Algunos creen que esa chuca o costra, ha sobrevenido como mazamorra, arrojada por los volcanes, como en otros puntos lo han sido las lavas y traquitas; otros creen, que en épocas en que esos campos se han hallado sumergidos bajo el nivel de los mares, esa sustancia (la chuca), ha sido lentamente depositada, en lo que era entonces fondo del mar. La chuca contiene notables cantidades de cal, yeso, arena, etc.; es de color ceniciento en la superficie, color blanco en el interior, con muestras de formación cristalina como el mármol. Mi opinión es que esas sustancias, en estado líquido, han corrido de las altísimas Cordilleras en épocas muy lejanas, y en forma de mazamorra o lloclla, y cuando en esos puntos llovía con gran violencia. Esta opinión, derivada del examen prolijo que he hecho del terreno, se halla, en mi humilde juicio, comprobada por la abundancia, de rocas redondeadas, de conglomerado, de arena, etc., que se encuentran mezclados en la chuca o costra. Esta opinión se halla corroborada por los restos de pájaros, huano, sustancias marinas, conchas, y el hombre mismo, cuya momia existe en mi poder, que han sido cubiertos por esas mazamorras líquidas, en esas tan remotas épocas.

Descubierto el terreno con caliche, por los cateadores, establecida la maquinaria, y puesto corriente el pozo de agua: establecidas las oficinas convenientes, se da principio al

trabajo rompiendo la costra, y poniendo en estado de explotación el caliche. Sobre la costra se hacen, con barretas bien acerados, agujeros redondos, como de veinticinco pulgadas de diámetro, hasta perforar el total grosor de la costra, y encontrar la tierra vegetal, que cubre el caliche en pequeñas cantidades. Alcanzada la tierra, se hace bajar un muchacho, por el agujero, al fondo; éste, por medio de capachos de cuero, hace sacar alguna cantidad [47] de tierra, y en el hueco o taza, deposita tanta pólvora cuanto sea precisa, según el grosor de la costra, para romperla y volarla. La cantidad de pólvora la indica el capataz de la punta de barreteros, que han roto la costra; y es operación delicada, pues mucha pólvora haría volar a demasiada distancia los trozos de costra, y poca, rompería la costra sin removerla lo suficiente. Según el número de barreteros, y según el grosor de la costra, se preparan tantos tiros, y como cada tiro tiene su guía especial, a las cinco de la tarde se prenden las guías, y en rápida sucesión revientan las cargas de pólvora, rompiendo las costras y removiendo sus destrozados pedazos. Al día siguiente, los mismos barreteros, con gran cantidad de palancas de fierro, mueven los trozos de costra y descubren el caliche, que muchas veces rompen con sus barretas, pero que en otras tienen que emplear la pólvora, por hallarse muy cristalizado el caliche, circunstancia que lo endurece mucho. El Administrador de la Oficina, en atención a la dureza y grosor de la costra, abona a los barreteros a tanto la carretada de caliche que extrajeran; sistema racional, pues se abona al peón según su empeño y contracción al trabajo. Cada cuadrilla de barreteros recibe de la Oficina las herramientas y la pólvora necesarias para su diario trabajo, y con sus esfuerzos y buena suerte, gana competente jornal. La pólvora cuesta en las oficinas donde se elabora, como S. 2.80 centavos plata el quintal. El caliche, en muchos casos, se halla en mantos, es decir, en grandes capas tendidas sobre las rocas; en otros, se halla el caliche en trozos más o menos grandes, pero aislados. En algunos puntos los depósitos de caliche se parecen a anchas vetas perpendiculares de metal, pero lo general es que sean mantos. Los barreteros, al caliche con color amarillo o anaranjado, lo llaman «azufrado», otro con pintas [48] más o menos pronunciadas, color chocolate, lo llaman achancacado y otro color blanco y liviano, muy quebradizo, lo llaman fofó. Estos nombres o clasificaciones son muy generales en las oficinas todas.

El caliche sacado de su depósito, es roto con combas en pedazos del tamaño de una cabeza. En todas las oficinas hay un mayordomo, que a caballo recorre las labores de los barreteros, y que con el mayor esmero inspecciona los trabajos, e impide que los peones se lancen a extraer el caliche, antes de haber removido o afianzado bien los trozos de costra, que algunas veces quedan pendientes, pues los barreteros se dedican a extraer el caliche, debajo de esos trozos de costra, sin las debidas precauciones, y quedan aplastados debajo de los escombros. En la Soledad tenía un chileno mayordomo de esas labores, hombre inteligente y muy digno, y no faltaron desgracias por la excesiva incuria, y falta de obedecer órdenes por parte de la peonada chilena, que es la que casi exclusivamente hace el trabajo de la Pampa, por su mayor fuerza y denuedo.

Algunas oficinas contratan el caliche con cuadrillas particulares de tres o cuatro barreteros y otros tantos peones. En algunos casos la oficina da las herramientas, pólvora, etc., a la cuadrilla, a señalados precios: en otros pocos, las cuadrillas se proporcionan todo, a mi ver, es más ventajoso a las oficinas el trabajo por cuadrillas particulares, aún cuando la explotación del terreno no se hace de un modo sistemático, sino que trabajan sólo el

territorio muy abundante de caliche, según los ensayos que hacen, dejando lo demás abandonado.

El caliche se beneficia por paradas, o por oficinas de máquinas de vapor. En las oficinas de paradas, el caliche es roto con combas de fierro, en pedazos pequeños, del tamaño, poco más o menos, de un huevo de gallina: es hervido en fondos de fierro de [49] diversos tamaños, según la fortuna del industrial, de 4 a 5 pies de diámetro, por otros tantos de profundidad, y se hace hervir con carbón de piedra, hasta que tenga el cocimiento conveniente, es decir, hasta que el agua caliente haya disuelto el salitre contenido en el caliche. El agua así saturada con salitre, se hace correr a unas bateas donde se enfría, cristalizándose el salitre al fondo de dichas bateas. Se dice que una oficina tiene tantas paradas, cuantos fondos de fierro emplee en elaborar salitre, por el sistema que le indico. La producción de cada fondo, siendo el caliche de una riqueza salitrera media, es de cincuenta quintales de salitre al día.

Parece que como tres cuartas partes del salitre que se exporta de Tarapacá, es elaborado por máquinas de vapor. Los ferrocarriles de Pisagua a Negreiros, hasta donde se ha trabajado antes, y el de Iquique a la Palma y Alto de la Soledad, han dado inmenso ensanche a la explotación del salitre, proporcionando medios convenientes de transporte, para las grandes máquinas que se han plantificado. Hay máquinas que pueden elaborar hasta 2500 quintales al día como La Limeña: otras hasta 1500 quintales o 2000 quintales como San Jaan, Soledad, Solferino, etc. Sólo con máquinas tan poderosas ha podido elevarse la explotación hasta 8000000 de quintales, en un solo año. Esas máquinas son todas movidas por vapor; este poderoso vapor elabora el salitre, mueve grandes bombas, que extraen de profundos pozos el agua tan esencial, distribuyéndola en todas partes de la Oficina, según sus necesidades; y produce la fuerza necesaria para los trabajos de carpintería, herrería, fundiciones, etc., que existen y son tan necesarias en cada Oficina.

El caliche extraído de las minas, es conducido en trozos a la Oficina, y el punto de ella donde se halla situada la acendrada (crusher). Algunas oficinas [50] no emplean la acendrada: hacen desmenuzar los trozos de caliche con combas de fierro. La acendrada es la misma máquina que hemos visto, movida por vapor, rompiendo piedras en esta plaza de Lima, y también en el camino del Callao. Los peones lanzan en el hueco de la acendrada los trozos grandes de caliche: la acendrada los tritura, y por medio de una especie de buzón cae el caliche destrozado, en pequeños pedazos, a los carros que se hallan colocados abajo. Llenados los carros convenientes, según la capacidad del cachucho, el caliche destrozado es conducido por línea férrea, al costado del citado cachucho, donde se deposita el caliche obtenido, por medio de unas llaves, en el fondo de cada carro. Los cachuchos son fondos de fierro, más o menos largos y profundos, según las ideas del propietario. Los cachuchos de la Soledad tenían las dimensiones siguientes, y eran formados de planchas de fierro de la mejor calidad:

30 pies de largo.

6 ídem de ancho.

6 ídem de profundidad.

En cada cachucho se depositan de 500 a 600 quintales de caliche triturado, según su calidad, pues el caliche macizo tiene mucho más peso, en menos volumen, que el llamado fofo. El cachucho tiene un piso falso, formado de planchas de fierro, y cubierto dicho piso de agujeritos de menos de dos líneas de diámetro. Por debajo de este piso falso, pasan cañerías de fierro, que conducen el vapor caliente de los calderos a los cachuchos: estas cañerías también están llenas de agujeritos más pequeños que los del piso falso; estando del todo vacío el cachucho, se llena su fondo de agua vieja hasta llegar al nivel del piso falso, el cual se halla dividido por la mitad, en [51] toda su longitud. Sobre la sustancia llamada agua vieja, después escribiré.

Encima del piso falso, se pone el caliche triturado en la forma que ha indicado; se abren las llaves que conducen el vapor de los calderos, y se da principio a la elaboración química, digamos, del caliche. Según los grados de calor que tenga el vapor, hierve el agua vieja al fondo del cachucho, con más o menos rapidez, deshaciendo el caliche, cuya masa penetra violentamente: este hervor extrae el salitre contenido en el caliche. Este hervor dura de una a dos horas, según el grado de calor del vapor. El sobrestante de los cachuchos tiene un salímetro que es una especie de tubo de fierro, que llenan del líquido; si en el salímetro se nota grados 108 ó 110, paran la elaboración o el cocimiento, abren las llaves convenientes, que tienen los cachuchos, y hacen correr el líquido por medio de cañerías de fierro, a los chuyadores. Sobre el residuo de caliche que queda en los cachuchos, se echa otra cantidad de agua vieja, y se hace hervir nuevamente, removiendo el residuo del caliche con grandes palancas de fierro, para que el agua vieja penetre al total de dicho residuo. Esta nueva mezcla se hace hervir hasta que el salímetro señale 90 ó 92 grados; conseguido esto, se hace correr este líquido, como el anterior, a los chuyadores. El residuo que queda, se llama ripio, y es sacado de los cachuchos por los peones, con lampas, y arrojado al campo en carretas. Este ripio, según ensayo, que he ordenado se haga, tiene todavía una ley de mas o menos un 20% de salitre. Más tarde esos ripios serán explotados, como lo son los desmontes de las mismas. El ripio es sacado de los cachuchos, por peones que se cubren los pies de muy gruesas telas, para precaverse los pies del excesivo calor del ripio, desnudándose por completo en la parte superior del cuerpo. La limpia de los cachuchos, es decir, la extracción [52] del ripio, es una operación muy laboriosa: el sudor corre a torrentes del cuerpo de los peones, y es preciso tomar enseguida, con ellos, las precauciones convenientes para evitarles graves resfríos; estos peones eran generalmente bolivianos.

En las relaciones anteriores, he hablado varias veces del agua conocida en las oficinas con el nombre de agua vieja. Esta es uno de los elementos más esenciales para la elaboración del salitre. El agua vieja se elabora haciendo hervir una cantidad de agua de los pozos con caliche, o con salitre, de baja ley. Un químico ha hecho por encargo mío, varios

ensayos sobre las sustancias que tienen en solución las aguas viejas, y también las aguas naturales de algunos pozos de la Provincia, y se han dado los resultados siguientes:

Aguas naturales de Soledad, Santa Clara, San Juan, San Agustín, Santa Ana, mezcladas.

Reacción poco ácida: 1,0
contienen:

Sulfato de soda.....
2070

» » magnesia.....
490

» » cal.....
2590

Cloruro de sodio.....
3200

Alumina y fierro.....
470
8733

Mas o menos todas las aguas de los pozos tienen igual composición. El agua del Pozo de Almonte, Pampa de Tamarugal, es mucho más pura, conteniendo menos sal y sodio.

El agua vieja ensayada ha dado los resultados siguientes:

Reacción neutra

1000 c. c. contiene 571.38 sales, como sigue:

Nitrato de soda.....
42130

Sulfato de ídem.....
1830

» » magnesia.....
2.70 [53]

Cloro de sodio con señas de yodo.....
98,48

Cal.....
45

Las sustancias más nocivas que contienen las aguas de los pozos, son la sal y la cal. En la oficina Esperanza (Sur), la sal destruye rápidamente los calderos que allí se emplean: en las oficinas del Norte no es tan nociva la sal, por ser menos abundante. En las oficinas del Norte la cal, en los calderos, se pega a los costados de ellos, como residuo o sedimento, y en determinado tiempo, rellena el interior y los quema, palabra esta especial, que significa que el caldero, al aplicársele el fuego, se funde en la parte donde no existe, el líquido (agua), y sí sustancia sólida como es la cal. El ferrocarril de Iquique ha visto malograrse muchas de sus máquinas, por la quema de sus calderos, desgracia producida por la cal que contienen en cantidad notable, las aguas del Pozo de Almonte, del cual se surte.

Hasta ahora el único medio que parcialmente ha producido provecho, es el uso del Salitron, sustancia que se forma de la manera siguiente:

En un punto conveniente de la oficina, se forma un círculo de piedra y cal, como horno de quemar, del diámetro de 10 a 12 pies y de 3 de profundidad; este círculo tiene a un lado y al fondo, una abertura que da a un depósito más bajo, del diámetro de 6 y 7 pies y de 2 de profundidad. Mezclada bien una cantidad de salitre de baja ley, con una cantidad de cisco de carbón de piedra, se deposita en el círculo grande y se le prende fuego. La mezcla arde con extraordinaria violencia y se liquida, arrojando humo y vapores de tinte rosado en gran abundancia. Los peones remueven el líquido bien con palancas de fierro, y una vez bien fundido, abren la apertura, el salitron corre al depósito más bajo, absorbiendo [54] el aire atmosférico en gran abundancia. Enfriada en el depósito más chico, la masa formada es rota en pedazos de un pie, poco más o menos, y se halla en estado de ser empleada en la purificación de las aguas. El salitron bien beneficiado tiene un tinte verde muy pronunciado, y tiene gran cantidad de porosidades, como las lavas de muchos volcanes, y en especial, (entre las que conozco) de las que cubren el Alto de Puno, desde esa ciudad al pueblo de Paucarcollo. En las oficinas, el agua, por medio de las grandes bombas, es conducida de la profundidad de los pozos, a unos grandes tanques. Sobre la superficie de los tanques, se hallan puestos unos atravesañes que sostienen unas bateas de fierro cuadradas, y del tamaño de 30 pulgadas de largo por 15 de ancho y 8 de profundidad. En el centro de la batea se deposita un trozo de salitron, y la boca de desagüe de la bomba, cae sobre esa batea y ese salitron.

Esta boca de la bomba se puede alargar o acortar, según sea preciso llenar los tanques, uno después de otro. Al salir el agua de los pozos es cristalina, parece no contener sustancia alguna extraña, pero tan pronto como cae el chorro sobre el salitron, se descompone y toma un color blanquisco, arrojando rápidamente sedimentos de cal, que se depositan al fondo de la batea: llena la batea de cal, es reemplazada por otra, y el agua algo purificada cae al tanque de donde es conducida, según las necesidades, a otras partes de la oficina. El salitron es un carbonato de soda; y como todas las aguas de esos campos tienen en más o menos cantidad, como he indicado a U., sulfato de magnesia y de cal en solución, al tocar las aguas al salitron, se disuelve el carbonato de soda; el ácido carbónico del salitron se combina con la magnesia y con la cal; y se forman carbonatos indisolubles, que se precipitan, dándole [55] el agua el color lechoso ya indicado; y el ácido sulfúrico del sulfato de la magnesia y de la cal, se combina con la soda del salitron, formándose en el acto sulfato de soda, que queda en solución en el agua, y es a la vez incoloro en ella. En toda mezcla de disolución calina, si el cambio de los elementos resultara un compuesto soluble y en otro indisoluble, habrá, sin duda, doble descomposición.

Ya que he hablado del beneficio solo del salitron, no será demás indique ahora cómo se elabora, en esas Pampas, la pólvora que se emplea en tanta cantidad en el beneficio del caliche. A cien libras de salitre de ley 94, por ejemplo, se echan siete u ocho libras de azufre refinado, importado de Italia; después de ser bien pulverizado, se agregan 25 libras de carbón de madera, siendo preferido el confeccionado del sauce. Todos estos elementos, digamos, se mezclan y muelen bien, y después de cernido todo en tamices idóneos, se mezcla con un poco de agua, y se pone a secar al sol. El precio antes era S. 2.80 centavos plata el quintal de pólvora.

Tan pronto como el líquido salitroso ha sido depositado en los chuyadores, por medio de las cañerías que unen los cachuchos a dichos chuyadores, se echa al líquido unos cuantos

puñados de estiércol cernido, de mula, para precipitar las materias terrosas, que en disolución contienen los líquidos salitrosos citados. Los chuyadores son más grandes tanques de fierro, de veinte a veinticinco pies cuadrados, y de tres pies de profundidad. Depositadas al fondo del chuyador dichas materias terrosas, se hace correr el líquido por cañerías correspondientes, de los chuyadores a las bateas de fierro de enfriar. Rellenas éstas se echa a cada batea un puñado de harina.

El líquido salitroso, cuando pasa de los cachuchos a los chuyadores, tiene un color ladrillo claro, debido a las materias terrosas que tiene en solución; en [56] los chuyadores, precipitadas las materias terrosas, toma un color amarillerito, así como el color de la paja del trigo; en las bateas, con la harina, toma un tinte verdoso muy bello, tan subido a veces como el verde de una esmeralda. ¿Qué motivo tiene el líquido salitroso para tomar ese tinte bello verde con la mezcla de la harina? No he encontrado una explicación satisfactoria.

Las bateas de fierro para enfriar por completo el líquido salitroso, son de diversos tamaños; por lo general, son de 16 ó 18 pies de largo, por 8 ó 10 de ancho, y 2 de profundidad: son de fierro de mejor calidad.

El líquido salitroso depositado en las bateas, se enfría rápidamente, por la gran extensión de ellas. Primeramente se forman sobre la superficie, globulillos que, examinados, parecen formados de aceite; estos se aumentan y forman una tenue costra de salitre ya cristalizado; un muchacho con una pala de madera, rompe esa cristalización, la que en trozos cae al fondo de la batea, e inmediatamente comienza, a la vista, la cristalización general de todo el líquido salitroso, depositándose el salitre en su estado de pureza, en el fondo. Si el tiempo es muy frío, esta cristalización se puede verificar en poco más de veinticuatro horas. Concluida totalmente la cristalización, según el conocimiento del administrador de las bateas, se abren las llaves de las bateas, para conducir el agua vieja, que es el líquido sobrante, a determinados tanques, de donde dicha agua vieja es conducida, por medio de bombas, a señalados depósitos, en una parte superior de la máquina, para extraer de estos depósitos el agua vieja necesaria a las nuevas elaboraciones que se practiquen. El salitre depositado en cada batea, se amontona en el centro de ella, para que escurra toda el agua vieja que contiene, y después de seco, se arroja, por medio de palas, [57] al cuadro centro de las bateas, que se llama cancha, en la cual se extiende para que el sol lo seque bien, y encostado sea conducido a los puertos, para su embarque y exportación.

Al hacer correr de los chuyadores el líquido salitroso, ha quedado en el fondo de cada uno, una cantidad de una materia rojiza y terrosa que se llama Borra. Esta es extraída de allí y arrojada al campo en muchas oficinas; en otras, las mejor elaboradas o manejadas, esa materia es sometida a una nueva elaboración, en una parte separada de la maquinaria, y se consigue produzca, en no pequeña cantidad, salitre de baja ley, que se emplea en la fábrica de pólvora, en la confección de salitron, etc.

En la oficina Soledad, que tenía a mi cargo, encontré que se botaba la Borra. A costa de dos mil soles en bateas y cañerías, establecí el sistema de beneficiarla, y en menos de seis meses, saqué en salitre el total costo de las bateas y cañerías empleadas en su elaboración.

El piso de las canchas se forma del ripio sobrante de los cachuchos, cubierto de una gruesa capa de borra, sobrante de los chuyadores.

La capa de borra queda tan endurecida, que parece formada de cimient romano.

El salitre secado bien en la cancha, se encostala en sacos de tres quintales, que son los que conducen los trenes del ferrocarril de cada oficina al puerto, o en sacos de seis arrobas, que son los que conducen las mulas, llevándolos por carga de la oficina al puerto.

El ferrocarril antes no llenaba sus compromisos con el público: ha habido casos en que el salitre de una oficina ha existido depositado sobre la línea, para ser conducido al puerto, por doce meses, sufriendo los propietarios enormes daños, con la destrucción de los sacos, quemados por el sol, y las consiguientes [58] enormes mermas; reclamos se hacían: la Empresa hacía lo que tenía por conveniente.

En algunas oficinas se elabora la potasa y yodo. En la Limeña, cantón de la Noria, la potasa era elaborada en gran cantidad. El yodo era elaborado en las siguientes oficinas:

Cantón Pisagua -San Antonio (al mes, más o menos), 30 quintales.

Ídem Noria -Limeña (ídem) 80 quintales.

Ídem ídem -Paposo (ídem ídem) 30 qqs.

Ídem ídem -San Carlos (ídem ídem) 50 qqs.

Ídem ídem -Argentina (ídem ídem) 30 qqs.

Ídem Soledad -Esmeralda (ídem) 15 qqs.

Ídem ídem -Soledad (ídem ídem) 40 qqs.

El yodo fue descubierto en 1811, por el químico Courtois; y Gay Lussac, en 1813, publicó un tratado muy científico y completo sobre él.

El salitre varía de ley desde 88 y 97, variación debida a la gran cantidad de sal marítima, que contienen los caliches de algunos terrenos, especialmente los inmediatos a la pampa del Tamarugal.

El yodo se elaboraba en la Soledad, en la forma siguiente: En una oficina especial, se hallaba una especie de mesa, más grande que la de un billar, cubierta toda de planchas gruesas de plomo, metal que no sufre deterioro por la acción del azufre. En un extremo de la mesa se hallaba situado un pequeño horno, en cuyo porte superior estaba incrustado un depósito forrado con ladrillos, y del cual salía un embudo de plomo, que era conducido a un depósito de agua.

El azufre, fuese purificado y traído de Europa, o fuese del que se explota en la misma provincia, y de que me ocuparé después, era depositado en la cantidad necesaria, y mezcladas ambas clases de azufre, en conocidas proporciones en el depósito incrustado de ladrillos, se aplicaba el fuego al horno y los grandes [59] vapores del azufre, eran conducidos al agua depositada, formándose ácido sulfúrico de ley tal. El que elaboraba el yodo, guardaba el mayor secreto sobre los métodos empleados para producir este ácido y también el yodo; pero pude cerciorarme de las labores, hasta cierto punto. Inmediato a la mesa citada, se hallaba fuertemente establecido, un gran depósito redondo de madera, formado de gruesos tablones muy bien unidos y ligados con sendos sunchos de fierro. En el centro de este gran depósito, existía perpendicular, un batidor, al que podía hacerse mover con alguna rapidez, por medio de un mango. Por medio de una cañería se depositaba, en el gran tanque, que tenía como 3 varas de diámetro, una cantidad de agua vieja conducida de un tanque superior; a esa agua vieja se le echaba una cantidad conveniente del ácido sulfúrico, ya allí elaborado, y ambas sustancias eran removidas y bien mezcladas por el batidor perpendicular, movido por dos hombres, dando vueltas al mango. A proporción que se iban mezclando el agua vieja y el ácido sulfúrico, se desprendían ligeros vapores violetas, de la superficie de los líquidos, formando bellísimas colores y vistas, parecidas a los colores de los buches de las palomas, resplandecientes de violeta con oro; mezcladas bien las materias expresadas, se dejan asentar por un tiempo determinado; después se removían bien, y el líquido se hacía correr por medio de una canaleja de plomo, a bolsas fabricadas de telas gruesas; estas bolsas tienen la figura de moldes de pan de azúcar; el líquido echado a cada una destila por el fondo a un recipiente, quedando en la bolsa depositado el yodo, en forma de una sustancia negra y polvorosa. El líquido destilado es agua vieja, muy saturada de azufre, toma un color café subido, y es conducida al depósito general de toda el agua vieja, para todos los usos posteriores de las oficinas. Concluida la destilación [60] de las bolsas, se saca la materia yodura, y se hace secar, formando de ella panes, en forma de ladrillo, para su oportuna destilación en los jarrones correspondientes.

En otra parte de la oficina de yodo, existe una cantidad de jarros muy grandes de losa ordinaria, parecidos a una serie de teteras, que tienen un pico en un lado y por el otro un agujero, unidas por medio de los picos de la una con la anterior.

En un horno especial, se depositan los ladrillos de yodo convenientes, y se aplica un fuerte fuego; y los ladrillos de yodo despiden un vapor abundante, color violeta subido, cuyo vapor va pasando de un jarrón, en figura, como he dicho, de tetera, al otro, por medio de los picos que los unen, depositando los vapores una sustancia al parecer de acero, y en figuras de cabezas diminutas de lanza, que es el yodo purificado y mercantil. Este yodo se reúne, se encajona o se embarrila, con el peso de cien libras, y se exporta. La materia que queda en el depósito es una sustancia de color naranja subido, con un olor muy pronunciado de azufre: esta sustancia última no tiene valor mercantil.

En esta elaboración de yodo, he dicho que en la misma provincia de Tarapacá existe el azufre. En efecto, en toda la cordillera, desde el pueblo de Huatacondo, a los altos del volcán Isluga, existen grandes depósitos de azufre natural. Este mineral es traído de los depósitos, y visto a la distancia, parece un trozo de pizarra color plomo: examinado con detención, se halla lleno de cristales diminutos y como venas de azufre puro. He quemado un trozo de ese mineral, con peso de diez onzas, prendiéndole fuego al aire libre: ha

quemado sin llama, expidiendo muchos vapores blanquiscos; el residuo de ceniza han sido cuatro onzas, lo que da un sesenta por ciento de azufre puro, y otras materias volatizadas por [61] el fuego. Según informes de algunos vecinos de Pica, el azufre en esas cordilleras se halla en inmensas cantidades. Su valor en las oficinas variaba de 2 a 3 soles quintal.

Antes de concluir este asunto del yodo, no será demás indicar que, como ya he dicho, esta sustancia de tantísima aplicación en la medicina y en las artes, tenía un valor como el oro en polvo. En efecto, antes de las grandes producciones de yodo en las salitreras de Tarapacá, la onza de yodo tenía el valor mercantil de cuatro libras esterlinas; hoy, debido a la enorme producción que he indicado, vale como un chelín la misma onza.

La provincia de Tarapacá, bendecida por la Providencia con abundantes producciones naturales, sería poderosísima sin existir el salitre. En el vasto territorio de la pampa del Tamarugal, existe el Borax, en ilimitadas cantidades. En el terreno entre el antiguo pueblo de la Rinconada; y el nuevo de la Cabrería, he hallado el Borax en grandes cantidades, y en trozos del tamaño de un garbanzo al de un huevo de paloma. Mi primo don Gaspar Cornejo, en Iquique, me ha demostrado trozos de Borax, extraídos al Este de la laguna Huasco, del tamaño de un huevo de gallina, asegurándome existir ilimitados depósitos de esa antes tan valiosa sustancia mineral, en todos esos terrenos entre la laguna Huasco y la Cordillera. Minerales de cobre abundan en toda la provincia.

En la misma pampa de Iquique, el finado don Juan Williamson, dio principio a varias labores de cobre: en Cavancha existe una vena recién abierta.

Al extremo Sur de la provincia existe una gran bahía llamada Chipana: unas diez o doce leguas al Este, existe la laguna de Chipana, de agua salobre. Desde el Sur de esa al río Loa existen los cerros conocidos con el nombre de Paquica. En todos [62] esos cerros se han trabajado antiguamente vetas de oro, con más o menos provecho.

Un señor Tejada, Cónsul Argentino en Iquique, me ha demostrado trozos de cuarzo aurífero de los cerros esos, con oro nativo a la vista; el cuarzo, contrario al cuarzo aurífero de Huayllura, era completamente saturado de fierro oxidado. En los altos de Iquique existen, hacia el Norte, vetas de oro en cuarzo de poco producto, a la superficie, pero que podrían dar grandes resultados, quizás, a la profundidad.

El ya citado señor Tejada, me ha dicho, que en esos trabajos auríferos de Paquica, se encuentran aún casas techadas, y también una Iglesia, con su campana de bronce; que en las casas encontró libros y papeles, por los cuales constaba que esas labores fueron sostenidas hasta el año de 1816, en que los cruceros de los chilenos, recién formada su Escuadra, frecuentaban esos mares; y obligaron a los mineros a suspender sus trabajos.

Deseo dar a usted algunos informes, respecto al Cóndor, y terciar, como dicen, en la controversia que se suscitó entre el célebre Audubon, el sabio francés Ornitologista de los Estados Unidos, y Waterton, el renombrado viajero inglés de las Guayanas. Sostiene Audubon, que el Cóndor descubre la carroña, que constituye su alimento, exclusivamente por el ejercicio de la vista; Waterton sostiene, que la efluvia de la carroña, esparcida por la atmósfera, es la que conduce al Cóndor al punto donde se halla depositada.

El Cóndor (*Sarcorhamphos*), nombre que le han designado los naturalistas, es el mayor de los pájaros conocidos, y sobre él se han escrito las más [63] increíbles relaciones. Algunos han asegurado que los han visto de más de veinte pies de extensión, de la punta de una ala a la punta de la otra, y de una fuerza tal, que con sus garras podrán levantar al aire una vaca. Yo no he visto estas maravillas. El Cóndor más grande que he visto, ha medido diez a once pies de largo, de la punta de una ala a la punta de la otra, y jamás los he visto levantar en sus garras, ni un carnero siquiera. Parado el Cóndor, tendrá una altura, cuando más, de cuatro pies, de la punta de la cabeza erguida al suelo. El macho es de plumaje negro, con plumas de color plomo en las alas; tiene una gran golilla de plumón blanco, alrededor del pescuezo, y toda la parte del pico se halla cubierta de carúnculas carnosas, que le dan cierto aspecto feroz. La hembra es de menor tamaño y de color plomo las alas y espalda, con mezcla de plomo y negro en el pecho; no tiene golilla blanca y las carúnculas son poco pronunciadas; pone dos huevos más grandes que los del pavo, color blanquisco, con pintas cafés y amarillas, sobre unos pocos palitos o yerbas secas, en lugar muy apartado. Los pichones se hallan cubiertos de un abundante plumón color café con leche.

El naturalista José Monlan, en su obra sobre Zoología, publicada en Barcelona, en 1874, y en la librería de Juan Bastinos e Hijos, asegura, página 370, que el Cóndor sólo habita en las cordilleras más elevadas, y que jamás baja a los llanos. El señor Monlan se ha equivocado completamente: el Cóndor cabalmente es escaso en las cordilleras, y muy abundante en las costas, como en las pampas de Tarapacá, Lomas de la Costa, y, en especial, en nuestras playas, y en los puntos donde se hallan situadas las Loberías marítimas. En las Cordilleras de los Andes, y que corren a lo largo de nuestras costas, se hallan a veces, en los Andes del Illampu e Illimani, [64] jamás los he visto. Contrayéndome ahora a la controversia entre Anduvon y Waterton, diré lo siguiente, y creo que mis palabras serán ratificadas por el testimonio de todos los que han manejado oficinas salitreras en Tarapacá. En todas esas oficinas mueren muchas mulas, ya sean de las oficinas mismas, o ya de los arrieros que conducen el salitre elaborado en ellas, a los puertos de la costa. Esas oficinas, como he tenido ocasión de exponer, son fabricadas en hoyadas; en ellas son arrojadas, a alguna distancia, las mulas muertas, para que el olor de la carroña no cause daño a la peonada. El excesivo calor en esos campos, muy pronto produce rápida putrefacción en el animal muerto; y antes de veinticuatro horas acuden al festín muchos Cóndores. El animal muerto no ha podido ser distinguido ni desde el borde de la hoyada; en el espacio no se distingue ni un solo Cóndor, cuando se ha arrojado el animal muerto al campo, y, sin embargo, en pocas horas, acuden los Cóndores al festejo.

Para cerciorarme más, he hecho el ensayo siguiente: he hecho arrojar a una angosta hoyada, de donde se había sacado caliche, una mula muerta, cuya carola quedaba casi cubierta con los trozos de costra que la rodeaban, y, sin embargo, han acudido los Cóndores a saciar su voracidad. Era imposible distinguir la mula muerta a pequeña distancia; sólo la excesiva efluvia de la carroña, diseminada por la atmósfera, ha podido guiar al Cóndor al punto conveniente. El Cóndor se atraganta de carroña hasta casi no poder volar; los peones argentinos, en la Soledad, los atropellaban a caballo, y como para emprender el vuelo tenían que correr a volapié a alguna distancia, los laceaban con facilidad. A mi juicio, pues, Waterton ha tenido razón en sus asertos. [65]

Harán algo más de mil años, históricamente hablando, como si dijésemos ayer, que los valerosos hijos de Suecia, Noruega y Dinamarca, con sus bajeles infectaban y saqueaban las costas de las hoy pudientes naciones de Europa. La Inglaterra fue conquistada por el rey Danés Canuto; los Normandos (hombres del norte) se posesionaron del Norte de Francia o Normandía; y más tarde la batalla de Hastings (1066) les dio la posesión de esa Inglaterra, hoy tan poderosa nación. A mediados del siglo IX, ya habían establecido colonias en Islandia, y en 986 Erie Rauda (el Rojo) colonizó la tierra Sur de la Groenlandia, llamando su nueva posesión Battalid. Siguieron nuevas colonias: se establecieron poblaciones en Ericsford, Heriuslfiord, Rafusfiord, etc.; esos campos hoy cubiertos de nieve y de eternos hielos, eran llanos verdes con abundante vegetación de allí el nombre Groenland -tierra verde. Las colonias de Groenlandia adquirieron notable prosperidad, según los continuos datos que en Europa se recibían de ellas. Hacen como quinientos años que se ignoran por completo los sucesos que dieron fin y muerte, digamos, a esos establecimientos. Aún la situación verdadera y topográfica de todos ellos, es ignorada. Varias expediciones se han hecho con el objeto de explorar esos territorios, y adquirir datos sobre su completa destrucción.

Gaarhe, danés; Scoresby, el ilustrado ballenero inglés, y otros, en repetidas ocasiones, han en vano intentado penetrar al interior de las murallas de hielo que cubren la costa Este de esas inhospitalarias regiones. Últimamente el notable sabio Norden Koild, ha dirigido sobre esas costas, y en persona, una expedición, con el exclusivo objeto de averiguar los motivos de la ruina y desaparición de esos establecimientos; dicha expedición aún no ha regresado a Copenhague. Este Nordenkoild es el mismo que [66] últimamente, en el buque Vega, se dio a la vela de Dinamarca, por primera vez logró pasar por el norte de los continentes de Europa y Asia, y arribó a Yokohama, Japón, de donde pasó al Mediterráneo, por el estrecho de Suez, y de allí volvió a Copenhague. Esta memorable investigación de Nordenkoid, me trae a la memoria una expedición aún ignorada de la gran mayoría del público, pero que creo es digna de referirse aquí, y es la siguiente: Hacen algunos meses que el buque de la Escuadra Imperial de Alemania, Moltke, buque muy conocido en el Callao, donde ha estado algunas veces, condujo a la desierta isla de Georgia, a ocho sabios y cuatro sirvientes, con el objeto de estudiar sendas cuestiones climatológicas y astronómicas importantes. A esta expedición se le han proporcionado, por su Gobierno, casas de madera, víveres conservados, cabras y bueyes, etc., como para una residencia de poco más de doce meses. Georgia es una isla muy grande, desierta, cubierta de eternos hielos y nieve, que se halla al Este del Estrecho de Magallanes. No tiene un solo animal terrestre, y sus campos cubiertos de nieve, son nada más que rocas y tierra: sólo en algunos muy pequeños y abrigados recodos, crece un poco de musgo y líquenes. Abundan las focas y aves marítimas. Sus brumosas y desoladas costas, son de difícil acceso. El señor Vernhagen, después conde de Porto Seguro, Ministro residente en Lima, del Imperio del Brasil, escribió aquí una notable y documentada obra, comprobando haber sido esa isla descubierta, a principios del siglo XVI, por Américo Vespucio, el navegante que robó a Colón el honor de dar su nombre a estos continentes. Después, en 1777, creo, que la descubrió el capitán Cook, memorable navegante inglés, quien le dio su nombre actual.

Aseguran las crónicas antiguas, que Biarne, hijo de Heriuslfd, navegando de Dinamarca hacia estas [67] nuevas colonias, fue alcanzado por fuertes tempestades, y arrojado al Sur, donde descubrió tierras planas con alturas cubiertas de bosques -era el Continente de la

América del Norte. Leif, hijo de Eric, en 1000, descubrió una tierra a la que llamó Helluland (tierra llana), y una isla cubierta de bosque, a la que llamó Markland (tierra con árboles). Leif estableció una colonia; y como más al Sur descubriese viñedos, llamó a las comarcas esas Vinland (tierras de viñas). Las relaciones de Leif y del alemán Tyrker, hacen creer que los territorios descubiertos forman hoy los estados de Massachusetts y Rhode Island; los descubrimientos anteriores a Leif, se cree son Labrador, Nova Scotia y Nova Hampshire.

En 1002, Thowald, hermano de Leif, descubrió el Cabo Cod (Bacalao), y murió en un encuentro con los numerosos naturales. En 1006, Thorfinn y Snorre Thorbrandson, llegaron a las entonces prósperas colonias de Groenlandia, y en 1007 se dieron a la vela en sus buques, hacia el Sur, y solo en 1011 regresaron de Vinland, abandonando esas colonias a consecuencia de la constante hostilidad de los naturales, muy numerosos allí existentes. En 1025 Godlief se dio a la vela de Dublín (actual capital de Irlanda, y a donde había llegado con una expedición pirática) hacia Vinland, de donde fue rechazado, sin poder formar una colonia. Después de esta época, se perdió el recuerdo de estos viajes; pero es de creerse, según aseguran algunos autores, que alguna noticia de ellos pudo haber llegado a oídos de Colón, sirviéndole de base para sus proyectos de descubrir la América, hecho tan memorable en Octubre 12 de 1492.

Todas las relaciones de los antiguos navegantes que he citado, todos los documentos referentes al descubrimiento de las Américas, demuestran que este [68] Continente se hallaba poblado de innumerables tribus de gente aguerrida, al parecer, todos de la raza de pieles rojas, y que una abundante población cubría el territorio desde sus límites más lejanos al Norte, hasta el Estrecho de Magallanes y la Tierra del Fuego. ¿Todos esos habitantes, de tan distintas y distantes colonias y territorios, han tenido un solo origen? ¿El vasto territorio de las Américas, ha sido poblado por una sola raza, o por distintas razas? ¿Por dónde han sido poblados esos territorios? ¿El Estrecho helado y desprovisto de víveres, de Behring, ha sido el paso de tránsito de pobladores de origen Tártaro? ¿Las costas de las Américas no han podido ser pobladas por habitantes de lejanas comarcas, arrojados a estas playas por violentas tempestades? ¿Los pobladores de la América son de una sola raza, o son de diferentes razas distintas en hábitos, en lenguaje, en costumbres, etc., etc.?

Estas y otras innumerables preguntas análogas, surgen a la mente del hombre pensador, al contemplar el vasto territorio de las Américas; comparar los guerreros habitantes de la América del Norte, a los bravos hijos del Amazonas y sus confinantes; ¡¡al cotejar a los indios araucanos y Pampas Argentinas, con los pigmeos de la Tierra del Fuego!!

Alcides D'Orbigny, nació en Coueron (Loire Inuferieure en 1802, y en 1826 vino a la América del Sur con el objeto de explorar las vastas comarcas del Perú, Bolivia, Uruguay, Brasil, Chile, República Argentina y Patagonia. Sus viajes y sus estudios se hallan publicados en las importantes obras siguientes: «Viaje en la América Meridional, desde 1826 a 1833», y «El Hombre Americano considerado en sus relaciones físicas y morales», publicado en 1840. Pero antes de ocuparnos de estas especiales obras, no será demás diga algo sobre las opiniones de los sabios, referentes a la especie humana en general. [69]

Moisés nos refiere con toda claridad, cómo se formó el hombre Adán y la mujer Eva; nos describe el Paraíso y nos hace conocer las tentaciones presentadas por la serpiente a nuestra madre -de ese Adán y de esa Eva proviene, según la Biblia, todo el género humano.

Huxley asegura, y, a su juicio, convence, que todo el género humano ha tenido dos Adanes y dos Evas: un par procrearon y produjeron a la raza Ulatichi, y son los primogenitores de todos esos seres humanos, que sobre la cabeza ostentan lana en lugar de pelo o cerdas; y otro Adán y otra Eva, son los primogenitores de todos los seres humanos cuyas cabezas son cubiertas de pelo (raza caucasa) o cerda (raza indígena).

Knox asegura, con gran acopio de argumentos, a su juicio irrefutables, que los hombres y las mujeres se han producido sobre la superficie de la tierra, como se producen los hongos y malas yerbas: por sí y ante sí. Agassiz afirma, con abundantes y convincentes razones, que las actuales especies humanas han tenido ocho padres Adanes y otras tantas madres Evas; ¿por qué de una vez no decir autochtones como Knox? Quatrefages, en sus dos importantes obras, *Rapport sur le progres de l'Antropologie*, 1868, y *L'Unité Humaine* cree, que Moisés ha hablado la verdad, y que los otros son unos ilusos.

Lamarcke no permite se dude que toda la especie humana ha brotado de la tierra: opinión de Knox, y llama a su teoría monogenismo. Carlos Darwin [70] comprueba, con irrefragables argumentos, que todos descendemos de los monos, cuyos rabos hemos dejado en casa, para mayor comodidad al sentarnos; a la vez que los monos en línea recta descienden de cierto ruin animalito casi desconocido en el mundo; demostrando así la negra ingratitud de los hombres grandes para con sus antepasados los monos, y sus antiguos progenitores, los citados desconocidos animalitos. Estas bellas teorías o ideas no son nuevas: Paracelso hace muchos años, según asegura Charlevoix, proclamaba que cada Nación había tenido su Adán especial y su Eva precisa. ¿A quién creemos? Como mis padres creyeron en el Adán y en la Eva de Moisés, opino que lo más seguro es seguir creyendo lo mismo, hasta que sepamos algo mas fundado o racional.

¿Quién pobló las Américas? Este asunto también ha conmovido las plumas de los sabios, desde el descubrimiento de estos vastos territorios. Morton asegura que las poblaciones de la América del Norte, provienen de treinta y dos familias: Gilddon asegura [71] fueron doscientas cincuenta, las que vinieron a poblar estos vastos territorios. De Guignes, como si hubiera sido testigo presencial, opina que esas familias sin indicar el número exacto, como Morton o Gliddon, pasaron del cabo de Tchonhost hoy (Kamskatcka) al cabo del Príncipe de Gales, [antes Rusia Americana] hoy territorio de Alaska, de Estados Unidos, atravesando una distancia de cuarenta millas; y que esas familias errantes eran oriundas de la China. En comprobante de estos asertos, indica que los Botocudos, indios del Brasil, tienen los hábitos y hablan una lengua muy parecida a la de los chinos y sin cuidarse mucho de la inmensa distancia que existe entre Alaska y el Brasil, ni las dificultades de tal emigración.

Humboldt cree que las Américas han sido pobladas por gente oriunda de la Mongolia, la China y del Japón, y funda sus creencias en las facilidades que a tales emigraciones prestan, no sólo el estrecho de cuarenta millas, ya citado, sino también la cadena de Islas llamadas Kouriles, etc.

Siebold afirma, que las poblaciones hasta el río Gila, son oriundas todas de la China. Otros autores, con muy largos relatos y muy convincentes razones, opinan de otro modo, asegurando que en la América del Norte existen once diferentes familias, a las que llaman Esquimales, Athabasca, etc., y que ellas son las primogenitoras de las populosas tribus que cubrían con sus toldos esos inmensos campos. Los Esquimales, en la actualidad, se extienden desde todo el Norte de Siberia (Asia) a la Groenlandia, y son tribus del todo errantes: las demás familias, aseguran esos sabios, poblaban la gran mayoría del territorio del Canadá, y el inmenso territorio que hoy forma la República de Estados Unidos.

Volney dice, que a principios de este siglo, la raza indígena en Estados Unidos, formaba un conjunto [72] de un millón de habitantes: en 1873, según memoria del Ministro del Interior, los indios apenas llegaban a 320000 personas; dentro de muy pocos años no existirá uno solo. Las tribus, que en tiempos muy antiguos poblaban el territorio de Estados Unidos, no vivían en pueblos; sus mounds, vastos túmulos, cubren las grandes regiones que riegan el Misisipí y sus tributarios.

En los periódicos de Estados Unidos, vemos que últimamente se han hecho notables descubrimientos de restos de esos olvidados pobladores; sus estancias son iguales a las Kjegken mendigs de los Daneses, y a las de los pobladores de los Lagos de la Suiza, de los cuales últimamente se han extraído tantísimos objetos de curiosidad.

Volviendo a la obra de d'Orbigny diré que este sabio asegura que los Guaraníes han sido los pobladores de las Antillas, Venezuela y gran parte de la Hoya del Amazonas, las Guayanas, parte del Brasil, Paraguay y parte de la República Argentina; asegura que la familia Mojeña ha poblado Bolivia y parte del Brasil; la Chiquiteña ha poblado parte de Bolivia; la Charrua, el Uruguay; la Pampeña, la mayor parte de la República Argentina hasta la Patagonia. La Araucania ha poblado Chile y la Tierra del Fuego; la Quichua ha poblado el Perú, con mezcla de la más antigua llamada Aimará. Pitofetta, Byron y Bouganville, aseguran que los Patagones tenían más de dos metros de alto, como siete pies: d'Orbigny asegura que los Patagones no tienen sino seis pies de alto, los más esbeltos: ¿a quién creemos?

Todo lo que dicen este gran número de sabios, puede ser muy cierto; pero yo creo que antes de todos, esos Guaraníes, Quichuas y Aymaras, han existido en esta parte de la América del Sur, razas de hombres muy superiores en inteligencia, etc., a los indios de la época de la conquista. Las ruinas de Tiaguanaco -las de Chavín- las de Quecap en chachapoyas, son, a mi juicio, comprobantes innegables de estas opiniones. Sobre Tiahuanaco he escrito una memoria, que mandé a Tacna, sintiendo no haberme quedado con copia. Las de Chavín las conoce usted bien. Sobre las de Quecap diré, que en El Peruano número 28, se halla la descripción de esas minas, hecha por el doctor Nieto en Enero 31 de 1843. Según el informe de dicho Nieto, las ruinas consisten de un vasto edificio de 3600 pies de largo, 150 pies de ancho y 150 pies de alto. Sobre este edificio se halla fabricado un segundo cuerpo de 600 pies de largo; 500 pies de ancho y 150 pies de alto: ¿sería un templo o una fortaleza, o las dos cosas a la vez?

En medio de tan diversos y contrariados pareceres, no es posible formar una idea próximamente exacta. La momia antigua, que existe en mi poder, extraída de las calicheras de la Victoria, ha sido hallada debajo de una costra sólida de chuca; este hombre ha sido hallado completamente desnudo, sin siquiera aquella histórica hoja de higuera, que usó nuestro padre Adán: la raza a que pertenecía ese hombre, no conocía el uso de los metales, pues los anzuelos que usaba no eran ni de fierro ni de cobre, ni de hueso de animal terrestre, ni de pedernal, son de espigas de los mismos pescados, y, sin embargo, ese hombre tan antiguo sabía beneficiar y tejer el algodón, supuesto que la bolsa que contiene los anzuelos es tejida de hebras gruesas de algodón; ese hombre usaba como alimento el maíz, supuesto que a sus pies, según informes posteriores, se hallaron chala y mazorcas desgranadas; ese hombre tenía consigo algún animal domesticado, porque, según datos posteriores, al pie se encontró un animal pequeño, que al tocarlo se hizo polvo. Todas esas comarcas son desiertos completos; en ellas no existe hoy la más pequeña señal de vegetación; y, sin embargo [73] en esa remota época, ese hombre usaba algodón, paja y maíz. Su casa, de la más primitiva construcción, era un círculo de trozos de roca unidos con barro, formando un recinto como de ocho pies de diámetro; esa casa no tenía más techo que un grueso cordel de paja trenzada, que pasaba de una parte de la cumbre a la otra, y después había sido cruzado, formando cuadros encima y hallándose depositado, sobre ese cuadro de cordeles de paja cruzados, un gran montón de paja suelta, que daba sombra siquiera a su desvalido propietario. Ese hombre no tenía muebles de ninguna clase; su asiento era un trozo de roca algo cuadrado; ese hombre no tenía compañero; en las inmediaciones no se han hallado ni otras cabañas, ni otros cadáveres. Ese hombre, ha sido, al parecer, repentinamente privado de la vida: ha sido hallado sentado, con su mano apoyando su cabeza, con su lengua alargada de la boca, como el hombre que se ahoga, que busca el ambiente y no lo halla, como si fuera una víctima de Pompeya o Herculano, como la víctima, quizás, de materias mefíticas esparcidas por la atmósfera, y que han podido sofocar, privar de la vida, a seres vivientes en esos campos. Plinio y los historiadores contemporáneos, nos han referido los cataclismos que arruinaron Pompeya y Herculano. Las Américas no han tenido esos Plinios. Las razas de la momia antigua, y los fabricantes de Tiahuanaco, etc., han desaparecido de la tierra sin dejar historiadores de sus hazañas, de su pasajera existencia. Los hombres que vivían en esos territorios, quizás idearon dejar recuerdos de su existencia en los jeroglíficos de los cerros Pintados al Sur de la Noria, gravados en las rocas en esa localidad: ¿quién los descifra? ¿Dónde está ese Champollión moderno, que lea esos relatos, esas palabras, que dé alguna luz sobre la oscuridad de esos tiempos? ¿Quién sabe de dónde vinieron [75] esos pobladores de nuestra patria? Bellas teorías, plausibles conjeturas, no son más que palabras vacías que nada prueban en realidad.

Voy a tratar en esta última parte, de los volcanes existentes en estos dilatados territorios.

Las Américas de Norte y Sur han sido y son centros de grandes convulsiones volcánicas. Desde el Estrecho de Behring, al último extremo de la América del Norte, en su lado Oeste, hasta la Tierra del Fuego, último extremo del Sur del continente Sur de América, existe un continuado eslabonamiento de volcanes de más o menos altura, de más o menos actual actividad, de más o menos antigüedad.

Por noticias que tenemos de los diferentes viajes verificados por Behring, Cook, etc., en esas remotas comarcas de la antes Rusia Americana, hoy territorio Alaska de los Estados

Unidos, sabemos que en esas costas y las islas inmediatas, se demuestran aquellos signos que plenamente comprueban la acción volcánica ejercida sobre ellas en remotas épocas. El gran volcán San Elías, en actual y violenta actividad en las costas de Alaska, comprueba la verdad de las relaciones de esos antiguos y renombrados navegantes. En la Colonia Británica, el monte Baker y el volcán que se distingue de la cabecera del canal Jervis, demuestran la continuación o eslabonamiento de los fuegos subterráneos. Varios picos en el territorio de Washington (Estados Unidos); y los llamados Jefferson, Diamorid y Scott, en el Oregón (Estados, Unidos), señalan la continuación ya indicada. En el Estado de California, el gran cerro Shasta, con su altura de 14440 pies, y el pico Pilot, son volcanes hoy apagados; en épocas remotas han ellos sido centros de violentas conmociones, como lo demuestra los torrentes de lava visible a sus inmediaciones. Todo el territorio del Sur de California es volcánico. Cronise, en su notable obra sobre la California, publica [76] los pormenores de los estragos volcánicos, causados en épocas remotas, en los Vastos territorios al Sur de ese Estado.

En Méjico es patente el eslabonamiento, y los volcanes de Orizaba (5400 m.) y Popocatepelt (5300 m.), son monumentos. imperecederos que atestiguan la existencia de la continuación de fuegos subterráneos. Las Repúblicas de Centro América y las Antillas, han sufrido y sufren constantemente los más terribles terremotos. Hacen pocos años que la Isla de San Thomas (Antilla Dinamarquesa), fue casi totalmente destruida por un terremoto. La ciudad de Guatemala (Centro América), ha sido dos veces destruida por grandes terremotos. El origen del volcán de Jorullo (Centro América), y el modo cómo una risueña heredad, en sólo una noche, se convirtió en un terrible volcán, se hallan descritos, con elocuentes palabras, en los viajes del afamado Humboldt. El territorio de Panamá es víctima constante de la acción volcánica; y aun cuando en su territorio no se encuentran volcanes, se ha notado que las reventazones del volcán San Vicente (Antilla Francesa), inmediatamente producen temblores en Panamá y sus contornos.

No se notan volcanes en la costa de la Nueva Granada. Últimamente se han sentido en Mompo grandes ruidos, y como descargas de gruesa artillería; quedando la tierra en estado constante de temblor por varios días.

El territorio del Ecuador es esencialmente volcánico: los renombrados Pichincha (5200 m.), Cotopaxi (5300 m.), Chimborazo (7000 m.), etc., son otros tantos eslabones de la inmensa cadena de fuegos subterráneos, que, como he dicho, viene recorriendo las inmediaciones de las costas de las Américas, desde Behring a Magallanes.

Las islas Galápagos, todas de origen volcánico; [77] las islas Sandwich (o Hawaii), parecen ser ramificaciones de esos fuegos subterráneos. En Hawaii, el volcán Mouna Koa, tiene 4840 metros de altura, y su cráter es considerado como el más vasto de los conocidos en el orbe.

Toda la costa del Perú da patentes señales de la más violenta acción volcánica; desde las cordilleras de Cajamarca a los altos de Atacama, (Bolivia), el Perú se halla cubierto de una serie de picos volcánicos, de que luego me ocuparé.

El Atacama y otros de Bolivia son monumentos visibles de la continuación del eslabonamiento y de la acción volcánica en el territorio de esa República.

Las Cordilleras de Chile son cubiertas de picos volcánicos: con inmensa grandeza se ostentan los volcanes de Aconcagua (7600 metros), y Osorno, etc. El fuego volcánico no se apaga por las aguas del Estrecho de Magallanes; y los volcanes que en él se ven, demuestran la continuación de su existencia en la Tierra del Fuego.

Ramificaciones de esos fuegos parecen ser el volcán Erebus (7700 m.) del Continente Austral, extremo Sur; y el volcán Kluches, 4900 metros. (Kamskatska) extremo Norte.

Hace algunos meses que casualmente me encontré con una obrita que trataba sobre volcanes y terremotos; y cuyos autores, copiando sin duda las noticias de poco cuidadosos viajeros, aseguran que toda la América del Sur sólo ostenta treinta y ocho cráteres volcánicos, de los cuales sólo doce se hallan en actual actividad. Si a estos señores escritores se les ocurriese la peregrina idea de venir a esta parte de la América, me sería grato llevarlos a Tacna, hacerles subir la quebrada de Palca, y pudiera ser que de la cumbre de Huaylias (4496 metros), cuatro leguas distante del Tacora, antiguo volcán, pudiésemos contar los treinta y ocho cráteres sin gran dificultad. [78]

En el Departamento de Cajamarca sólo tengo noticia de dos volcanes, hoy apagados, el Ichaoacan y el de la Encalada; ignoro sus alturas, pero, por lo general, los volcanes del Perú pueden considerarse como de una altura de 4000 metros, término medio.

Los Departamentos de Libertad y Ancachs, demuestran varios picos, sin duda alguna, volcanes apagados: sus vertientes de aguas termales demuestran la existencia de fuegos subterráneos, sobre gran parte de su extensión territorial.

En el Departamento de Lima se ostentan, en la Cordillera, gran cantidad de picos volcánicos, muchos de ellos sin nombres conocidos.

Los picos de Morococha (3392 metros), Tactuchu (4224 metros), Pomacocha (4490 metros), Yautac (4637 metros), Sugtunchaca (4900 metros), indican claramente la acción volcánica que, desde inmemoriales tiempos, ha trabajado el territorio de estas comarcas. Sobre la Isla San Lorenzo y Salto del Frayle, me ocuparé después.

En los territorios de Junin, Huancavelica, Ayacucho e Ica, no faltan picos volcánicos cuyos fuegos parecen adormecidos. Los vertientes termales en esas comprensiones -las aguas de Huacachina, por ejemplo, indican la existencia de esos fuegos, que en épocas, más o menos antiguas, han destruido Lima, Pisco o Ica, causando ruina por todas partes: la desolación- la invasión de las olas del mar. En la provincia de Parinacochas (Ayacucho), el gran volcán Achataihua, en actual actividad; el Sarasara, hoy apagado, son notables por su gran altura: el 1.º tiene 4220 metros, el 2.º 5705. El Achataihua, al reventar, sembró la desolación y muerte en aún recordados tiempos.

El Departamento de Arequipa es esencialmente Volcánico. En la provincia de la Unión, el volcán apagado Sulomani, de inmensa pero aún no medida [79] altura, en la provincia de

Cailloma, el volcán apagado de este nombre; en la provincia de Arequipa, el Misti (6198 metros según Haenke), (5600 metros según Pentland), (3754 metros según Dolley); el volcán Pichupichuni, al Sur del Misti, (5670 metros), dan a conocer patentemente las causales de los grandes terremotos de que con tanta frecuencia ha sido víctima la ciudad de Arequipa. En la línea, casi divisoria de las provincias de Chuquibamba y Castilla, se halla el volcán, hoy apagado, de Coropuma; y el Morro Siguan en la provincia de Camaná, parece un embrión de volcán aún no bien desarrollado.

En el apartado Departamento del Cuzco, las vertientes termales de Vilcanota: en el Departamento de Puno, las aguas termales de Fray Lima y Putina, son comprobantes de la existencia de fuegos subterráneos: mientras que las capas de lava del Alto de Puno, y los campos cubiertos de traquita, de Sacuyo, Vilque y Tiquillaca, comprueban mis asertos sobre la existencia de una gran Cordillera volcánica que ha existido en esos territorios, cuyos derrumbes han llenado la concha de la Paz de abundantes conglomerados, y que al hundirse esa vasta serranía, ha formado la Gran Laguna del Titicaca.

El Departamento de Moquegua siempre ha sufrido mucho de la acción volcánica. Los volcanes de Quinistaquillas y de Ubinas (4876 metros) en el extremo Norte de su territorio; Huaina Putina, otro terrible volcán, han constantemente causado los mayores estragos en todos esos territorios. Quinistaquillas reventó en Febrero 15 de 1600, quedando desde esa fecha reducido a menos de la mitad de su antigua altura, según tradiciones locales.

En el Departamento de Tacna, los picos volcánicos son sobremanera abundantes. En los altos de Candarave existen tres picos volcánicos muy notables: el Tacalaya apagado; el Tutupaca en actual y [80] violenta actividad; el Yucamani, volcán apagado que en un costado tiene una inmensa abertura por la cual ha corrido un grandioso torrente de agua. Al pie del Tutupaca corre el río Callasas, cuyas aguas salobres y sulfurosas rellenan la laguna de Candarave, que surte de agua el río de Locumba. Al pie del Yucamani se ven en gran cantidad hervideros de agua caliente, saturada de cal, y que forman en gran cantidad como panes de azúcar sobre el terreno. El volcán apagado Agua de Milagro, altos de Tarata; Chipicani (6915 metros); Quiñuta, (5708 metros), que es el mismo llamado Tacora; el Caplina, el Caracara, ambos al Este de Tacora, y un gran número más que ni nombres tienen, ostentan sus destrozados picos en esos vastos territorios. El volcán Putre, a inmediaciones de las cabeceras del río Lluta, y el Chipicani (6915 metros), indican la acción Volcánica de esos campos. El Tutupaca reventó en 1600, en la época en que reventó el Quinistaquillas; volvió a reventar en 1802; y recuerdo haber oído decir a mi señor padre, que hasta en Tacna, cuarenta leguas distantes, se oían los rugidos del volcán ese, quedando todas esas comarcas cubiertas de sus arrojadas cenizas. Fueron estas tan abundantes, que al medio día oscurecieron los rayos del Sol, aun en el mismo Tacna.

La provincia de Tarapacá es en la que más se ostenta la acción volcánica en el Perú. Aún, al extremo Norte de esta provincia, se hallan los volcanes apagados Chullucani, Pumiri, Cancoso (6096 metros); Carabaya (5416 metros); Copaisa (6096 metros); Huaca (4158 metros); Yabricocha (4108 metros), parece ser volcán, pero aún no está suficientemente comprobado; Mama Uta (5180 metros); Isluga en gran actividad actual (4267 metros); Tatajuchura (5181 metros); Surima (4321 metros); Guaripata (4429 metros); Sillillaca (5496 metros). [81]

Sobre la línea divisoria con la República de Bolivia, y en puntos no bien determinados de jurisdicción territorial, se hallan algunos volcanes importantes. El volcán Sejama, escrito a veces Sehamá y Sajama, brota, digamos así, de la Gran Pampa de Carangas, República de Bolivia: este es el volcán más alto que se conoce en el Globo, pues tiene 6934 metros de altura, según medidas tomadas por Forbes últimamente. Su nombre Saj-hama, significa en Aimará Más altura. Hacia el Oeste algo Sur, se halla el volcán de Puramape (6614 metros), algunos lo escriben Pumarape, y en el Mapa de Ondarza y Mejía está escrito Comarape; el verdadero nombre es Pumarape (León que ruga); y, a la verdad, ha rugido este león con tanta fuerza, que se ha reventado en mil trozos; aún ruga, pues se halla en actividad. Poco al Norte de Sajama, se hallan dos volcanes hoy apagados, llamados Paya-chata, palabras Aimaras, que significan dos pechos. Al Sur de Sajama se halla el volcán de Parinacota (6593 metros), en actividad, al Sur Oeste se halla el volcán Guallatiri (6694 metros) apagado. Al Sur de la ciudad de Tarapacá, se hallan los volcanes apagados de Mulluri, Alpajiri, Tursuma, el Puchuliza (que arroja agua actualmente), el Oscané en actividad; los volcanes apagados de Zirima, Tambogrande, Miño, Colorado y Chojá, con varios otros picos más de volcanes apagados y cuyos nombres ignoro, demuestran la gran acción volcánica, que se ha ejercitado sobre esos vastísimos campos, en épocas no recordadas. Los volcanes del Perú son como las letras del palacio de Belshazzar:

Manet, Tezel, Phares,

y demuestran que hay necesidad de tomar constantes providencias, para enervar sus estragos, para precaver la destrucción, desolación y muertes del 15 de Agosto de 1868, y 9 de Mayo de 1877. [82]

El 26 de Agosto de 1883, hacen dos meses, el volcán Krakatoa de 2700 pies de elevación, ostentaba su cono en el Estrecho de Sunda, que separa la gran Isla de Borneo, de la de Java. Ese día el volcán Gungung Guntur y el Moha Meru (Isla de Java), repentinamente, de sus ardientes conos, expelieron grandes columnas de fuego y humo; el volcán Gungung Theeggar (Java), (3000 pies elevación) enseguida comenzó también a arrojar llamas. En pocas horas, en un radio de más de 30 leguas, quedaron destruidos todos los campos, sepultados más de cien mil habitantes, y el volcán Krokatoa se hundió en el estrecho, a la vez que el fondo del mar se alzó al extremo de hacer muy peligrosa la navegación de buques por el citado estrecho de Sunda, pasaje forzoso de los buques que navegaban del Indostán a la China, Japón, etc.

La Isla Ischia, frente a Nápoles, acaba de sufrir uno de esos cataclismos que aterran al mundo civilizado. El Etna (3500 metros); el Vesubio, el Stromboli, cono volcánico, que brota del mar, son los talleres, digamos, donde se ha labrado la destrucción de Pompeii y Herculaneum; donde se acaba de labrar la ruina de Ischia.

En los artículos que llevo publicados, he anotado que los Normandos, o sean los habitantes de Dinamarca, Suecia y Noruega, establecieron numerosas colonias en el territorio de Groenlandia; que este territorio en esa época se hallaba cubierto, según las relaciones contemporáneas, de campos verdes, llenos de vegetación, y que esas poblaciones adquirieron notable aumento, bienestar y prosperidad; que hacen como quinientos años que

esas poblaciones y colonias desaparecieron por completo, sin que se sepa, cómo ni cuándo sobrevinieron esos sucesos; y que en repetidas veces, y aún en la actualidad, se han emprendido viajes con el objeto de resolver el problema de su desaparición. [83]

La idea general que existe es que un violento y repentino cataclismo, un cambio inesperado y súbito de las condiciones atmosféricas, causaron la inmediata muerte de todos estos habitantes, convirtiendo sus poblaciones en cementerios, sus verdes campos en desolados desiertos, cubiertos de eternos, al parecer, hielos, y sumergidos bajo enormes capas de nieve.

Análogo cataclismo ha podido sobrevenir en esta parte de las Américas: ¿quién puede negar la acción todopoderosa de la Naturaleza? ¿quién puede asegurar que combinaciones atmosféricas, derrames deletéreos, arrojados del seno de la tierra, no hayan podido privar de vida a los seres humanos existentes en estos continentes? Que estos territorios han sido habitados, que sobre sus vastos campos han existido naciones muy avanzadas en civilización y artes, lo demuestran con sobrados comprobantes, las ruinas de Tiaguanaco, Chavín, etc., en el continente, del Sur; lo comprueban los edificios y templos de Palenque y Copán, etc., en el Centro; los Pueblos Viejos, etc., de Sonora y Sur de California. ¿Cómo han desaparecido esas poblaciones? Este es un problema, a mi juicio, imposible de resolver en la actualidad. ¿Qué pueblos fueron esos, en qué estado de civilización se hallaron cuando fabricaron esas ciudades, cuándo llenaron de sus hieroglíficos las rocas de Paipay, las de Pintados, etc?

Actualmente es imposible contestar estas preguntas, quizás jamás se podrá hacerlo; pero es indudable que han existido poderosas naciones en estas comarcas, que han dejado como comprobantes de su [84] existencia, esos monumentos, y que han desaparecido, sin que este último suceso se pueda vislumbrar, cómo y cuándo sucedió.

La gran cantidad de volcanes que existen en toda la extensión de las bostas de las Américas; el ser los puntos donde se hallan situados Palenque, etc., por una parte, Tiaguanaco, etc., por otra, tan fuertemente trabajados por la acción volcánica, me han hecho formar la idea de que quizás emanaciones abundantes y muy deletéreas de esos volcanes, produjeron la repentina desaparición de sus habitantes.

Tiaguanaco se halla situado en el mismo punto donde, a mi juicio, se ha ejercido la más grande acción volcánica que se puede reconocer, en el Globo; pues como ya he dicho, el Gran Lago del Titicaca es un inmenso hundimiento de volcanes muy activos y muy vastos.

En otros puntos de nuestra costa se hallan señalados, con notables y convenientes pruebas, los trascendentales efectos de grandes movimientos volcánicos: voy a anotar algunos.

La Isla de Macabi, antes cubierta de huano, ha sido levantada en toda su extensión en el mar; al caer, se ha partido en dos trozos, separados por una rajadura de doce a catorce varas de ancho, por donde pasan las aguas del mar hoy día.

La Isla de Guañape ha sido dividida en dos trozos: el trozo al Norte se ha sumergido muy profundamente en el mar, dejando una altura como de cuatrocientos pies, completamente perpendicular, y que demuestra la realidad del hundimiento indicado por ese lado.

Las Islas inmediatas a la Punta de Ancón, se hallan divididas, algunas por mitad, otras rajadas en diferentes trozos por la violencia de la acción volcánica en épocas remotas.

La Isla de San Lorenzo ha sido levantada en su [85] parte Norte, a una altura de 391 metros; y las capas que la forman, se inclinan en toda su extensión al mar hacia el Sur, de un modo muy notable y visible.

La bahía de Chorrillos es un hundimiento, producido por la acción volcánica del cráter del Salto del Fraile. Sobre éste he escrito un artículo especial publicado en la «Patria». En dicho artículo hago memoria de un temblor muy fuerte, que se sintió en estos territorios hacen como quince años; y en el cual hubieron reventazones submarinas, enfrente del Morro Solar; reventazones que tiñeron de un color amarillo las aguas de esos puntos, y causaron la instantánea muerte de millares de peces, que fueron arrojados a las playas de Chorrillos y Miraflores. Muchos habitantes de Chorrillos de esa época, deben recordar estos incidentes,

El Callao, Pisco y todas esas costas, han sido varias veces sumergidas debajo de las violentadas olas del mar: cataclismos producidos por la acción volcánica, que ha levantado esas embravecidas olas, y las ha arrojado sobre las costas, ocasionando la desaparición de esas grandes poblaciones, y la desolación y ruina de sus campos.

Cuando el comandante Portal fue encargado por nuestro Gobierno, con la corbeta «Unión», para practicar el sondeaje del fondo del mar, del Callao a Iquique, con el objeto de establecer el cable telegráfico, encontró, si mal no recuerdo, enfrente de las costas de San Gallán, sumergida una isla cubierta de huano. Este hecho no ha podido verificarse sino por la acción muy violenta de volcanes submarinos. En las inmediaciones de Islay, existen los llamados Hornillos: son cráteres por donde materias volcánicas han sido expelidas; cráteres, sin duda, que tienen ramificaciones con el Misti.

La caleta de Pocoma desapareció en Agosto de [86] 1868, el fondo del mar se levantó más de veinte pies. A las cinco leguas al Sur, los alfalfares del puerto de Ilo, en ese mismo día, fueron sumergidos debajo de las olas, y así permanecen aún.

El Morro de Arica (142 metros), es una corriente de lava; ¿de dónde ha provenido esa lava? Esto no es posible contestar, porque en esas inmediaciones no se halla volcán alguno; y es preciso creer que en alguna muy antigua y violenta erupción, se ha abierto la tierra en alguno, no muy lejano punto, ha expelido esa lava, y se ha cerrado enseguida, sin dejar bien demarcado el punto de esa erupción.

Arica ha sido varias veces sumergida debajo de las olas del mar. Las alturas de Camaracas y Vitor, al Sur de Arica, son dignas de un serio estudio. Corren en línea recta,

en una distancia de quizás ochenta millas marítimas, llevando una pendiente completamente perpendicular, sobre las orillas del mar.

¿Son acaso esas alturas parte de un Continente destrozado por una violenta conmoción volcánica, y que se ha sumergido en el profundo mar que las baña? Esas alturas tienen como tres mil pies de elevación sobre el nivel del mar; el volcán de Krakatoa en el estrecho de Sunda, de que he hablado, se ha sumergido en el mar, a pesar de su altura de 2700 pies.

¿Igual cosa, en época remota, no ha podido suceder con respecto a las alturas de Camaracas y Vítor? La misma energía volcánica, en antigua y remota época, no ha podido emplearse, cuando según lo demuestra la Geología, ella era mucho más general sobre la tierra, que lo que es lo ahora, ¿cómo se ha empleado en el Sunda? Mis creencias y convicciones, son que ha existido en esta costa un territorio que ha desaparecido por completo -quizás un vastísimo continente cuyos elevados picos son muchas de las islas, que hoy se hallan en el Pacífico del Sur. [87]

Las cordilleras que corren, pude decirse, paralelas a las orillas del mar, y que, como he indicado, se hallan cubiertas de picos volcánicos, han sido ellas mismas levantadas lentamente y en el curso de millares de años, del fondo del mar. Autores hay que aseguran que las pampas de Miraflores (3682 metros) de Arequipa, y las de Cachendo, en épocas muy remotas, han sido lechos del mar; como lo ha sido, indudablemente, la del Tamarugal (1066 metros), de Tarapacá, según lo demuestran multitud de objetos marinos que se han hallado y o se hallan en su recinto.

El volcán de Isluga se halla en actual y violenta actividad. En las oficinas salitreras de la Pampa del Tamarugal, se siente temblar la tierra a todas horas del día, y, lo que es peor, a todas horas de la noche. Con frecuencia se sienten ruidos subterráneos, como si se arrastrasen violentamente grandes cadenas de fierro sobre una superficie de roca; algunas veces también se sienten lejanas explosiones, como descargas de gruesa artillería, a alguna distancia. ¿Quién puede asegurar que algún día la bóveda, que aún resguarda esos campos, no se hunda, y sobrevenga en ese territorio otro Krakatoa? Lo cierto es que la acción volcánica en muchas partes del Mundo, marcha en notable disminución; lo comprueban los volcanes del Sur de Francia; lo comprueban el gran número de picos volcánicos apagados, existentes en nuestro mismo territorio; lo comprueba, especialmente, el muy notable número de volcanes sin actividad, en el mismo territorio de Tarapacá.

La momia que existe en mi poder parece haber sido víctima de un cataclismo volcánico.

Si hubiera dejado de existir de un modo natural, su cadáver hubiera sido hallado, como todas las momias que se han encontrado con las rodillas levantadas, [88] hacia la cara, y con las manos dobladas; ésta, como he dicho, se ha hallado sentada con la cabeza apoyada sobre su mano, y una particularidad muy notable, con la lengua alargada como la de un hombre que se ahoga, a quien le falta la respiración.

La misma circunstancia de hallarse sentado en su choza, tan primitiva en su construcción, comprueba lo repentino, lo violento de su muerte. Una combinación repentina y violenta de la atmósfera, ha producido, según creencias de los sabios, la muerte y

desaparición de los habitantes y de los verdes campos de Groenlandia; ¿no podía haber sobrevenido otra combinación repentina y violenta de la atmósfera, sobre ese territorio de Tarapacá, que privase de la vida a los seres que habitaban esa parte del territorio?

¿No han podido las emanaciones volcánicas, expelidas por tan gran cantidad de picos, en actual y violenta combustión, producir un estado deletéreo de la atmósfera, y causar la muerte de ese hombre?

¿La misma chuca que cubría su cadáver y modesta morada, no es, quizás, producción volcánica?

A estas preguntas es difícil dar contestación plenamente satisfactoria, por carecer casi por completo de datos suficientes; quizás más tarde se podrá adquirir mayores y más fehacientes pruebas.

Muy larga ha sido mi correspondencia sobre la momia hallada en las calicheras de la Victoria: aquí cesarán mis publicaciones sobre Tarapacá.

¡¡TARAPACÁ!!...

Aquí caben las palabras siguientes de un ilustrado escritor: «¡¡El derecho!! ¡¡la razón!!...» he aquí dos grandes palabras del siglo, dos grandes innovaciones de la Edad presente. El Derecho, ante el que parece que todo el mundo se descubre. La Razón, ante la que parece que todo el mundo se arrodilla. En nombre del Derecho se intenta todo: en nombre de [89] la Razón todo se acomete. Pero, ¿qué es el Derecho? Una cosa muy sencilla: es todo lo que se quiere, principalmente todo lo que se puede; en una palabra, el Derecho es la Fuerza... El Derecho es un puñado de oro, la punta de una espada, el resultado feliz de una intriga hábil, de una infamia triunfante, de una iniquidad victoriosa; es, en fin, una combinación irresistible de la Fuerza y de la Fortuna. El Derecho es una palabra cuyo sentido es..., ÉXITO...

¿Qué cosa es Razón?

La Razón no puede ser, en sustancia, más que la mitad más uno: la Razón es la cantidad; el número, la masa.

¿De quién es la Razón?

De los más: esto es, de quien no ha sido nunca... de quien no será jamás. Una votación es el último paso de la Razón humana. Es Derecho lo que se puede, es Razón lo que se quiere. ¿Quién me tose con una mayoría cualquiera? ¿quién se atreve a mi Derecho, teniendo yo un ejército formidable?... El Derecho será del que venza; la Razón del que triunfe. Convencer es un verbo que se ríe de sí mismo; vencer es la gran palabra, la guerra es la gran demostración; no se ha hallado otra... Por eso, ¿quién piensa en la fuerza del Derecho? ¿Quién no piensa en la fuerza de los cañones rayados, o de los fusiles de aguja? Todo lo que se acerca a la guerra, se puede decir, se le ocurrió hace ya mucho tiempo a las bien templadas hojas de las espadas de Toledo. Como en aquellos tiempos éramos tan

bárbaros, debió considerarse como cosa indispensable, que el Derecho y el Deber fueran escritos sobre la fuerza misma. Aquellas hojas brillantes de aquellas nobles espadas, decían por una parte, en letras talladas sobre el acero: «No me saques la Razón»... «No me envaines [90] sin honor» Lo cual, traducido, quiere decir: Ante todo: «No seas bruto».

Después: «No seas cobarde».

Se han borrado los artículos; y, sin duda alguna, por eso tenemos esas espadas de esa noble ley que la deshonra vende, el éxito compra, y la infamia alquila. [91]

Botijlaca

Hace treinta y tres años que yo desempeñaba el puesto de Subprefecto de la provincia de Azángaro, departamento de Puno. En esa época, dicha provincia la constituían los distritos de Azángaro, Acillo, San José, San Antonio, Potoní, Poto, Muñani, Putina, Santiago de Pupuja, Caminaca, Achayá, Saman, Taraco, Arapa y Chupa. Posteriormente, le ha sido según creo, segregados los de Taraco, agregado como era muy conveniente a la provincia de Huancané; y le han sido agregados los pueblos de Nicasio y Calapuja, que formaban parte del territorio de la provincia de Lampa, del mismo departamento.

Sobre esa alta planicie, cuyas pampas varían de 12500 pies de elevación sobre el nivel del mar, no son muy elevados los cerros; y solamente en las alturas de Ayuni y Picotani, es de alguna permanencia la nieve en los meses de mayo a agosto, época de los fríos.

Tres ríos de alguna importancia cruzan esas comarcas. El primero es formado por las corrientes que bajan de las serranías de Ucuviri, Huarochirí y Ayaviri; pasa al este del pueblo de Pucará, y se une [92] al gran río, llamado Ramis, un poco al norte de Achaya. El pueblo de Pucará, de la provincia de Lampa es muy notable por el gran Peñón, parecido al de Gibraltar, que se halla a sus inmediaciones por la muy notable abundancia de una cría especial de Halcones, allí llamados Huaman, que domicilian sobre dicho peñón, y por sus establecimientos de alfarería.

El río Ramis tiene su origen en las lagunillas inmediatas a los grandes lavaderos de oro, llamados Poto, de las cuales corre al este a los inmensos ventisqueros de hielo, llamados Aricoma, por una distancia como de quince leguas. Esos ventisqueros en algunas superficies tienen un tinte rosado, proveniente de la microscopia planta, llamada *prolocucus nivalis*, tan notable sobre los nevados Alpes. De Aricoma corre el río Ramis por frente del pueblo del Crucero, capital de la antigua provincia de Carabaya, y de allí corre del norte al sur, pasando por frente de los pueblos de Potoní, San Antón, Azángaro y Achaya. De este punto se dirige al Este ya unido, al de Húmachiri, por frente de los pueblos de Caminaca y Achaya; pasa al Este de Saman y Taraco, y entra en la Gran Laguna del Titicaca en la rinconada de Sonuco. Este río Ramis, es vadeable en casi toda su extensión, en los meses desde abril a diciembre. Desde diciembre a abril hay necesidad de emplear balsas para pasarlo desde Ayaviri y Pucara, en un ramal; y desde San Antonio en otro, hasta su

embocadura. En todo el año es impasable a vado, desde frente de Saman a su embocadura. En esta última distancia tiene un ancho de 30 a 100 varas, y una profundidad de 20 a 25 pies. Las balsas que se emplean son de la totora (typhia) que crece en tanta abundancia a las orillas de la laguna. La totora es unida por medio de cordeles, tejidos de una paja especial, larga y tenaz, que crece en abundancia [93] en esos campos. Las balsas, en las partes altas del curso del río, son pequeñas, cuando más de 10 a 12 pies de largo, y 4 a 5 de ancho. Cada una de estas balsas es manejada por un solo remero, que emplea para moverlas un palo largo y muy fuerte, madera de la familia Kageneckia. Desde frente a Samán para abajo, las balsas del río son grandes; tienen de largo como 20 pies, y de ancho como 12, y las manejan tres o cuatro balseros. He visto pasar el río, en esos puntos, con cuatro mulas cargadas sobre una sola balsa.

Los balseros son muy diestros: gozan ciertos privilegios, y forman un gremio especial.

El tercer río notable de la provincia de Azángaro, es formado por las aguas que bajan de las alturas, que dividen la hoyada de Potoní y San Antón, a las llanuras de Guasacona, Muñani y Putina: y de los torrentes que bajan de las serranías de Ayuni y Nequeneque. Este río pasa por frente de Muñani hacia el Sur a Putina, a cuyas inmediaciones corre como tres leguas más abajo de Putina, y no muy distante de la hacienda de Quilloquillo, de la familia Torres, entra al territorio de la provincia de Huancané, pasa no muy lejos de la población de este nombre, y se une al gran río Ramis, como dos leguas más arriba de su embocadura. En la provincia existen tres lagunas de alguna importancia. La primera es llamada Arapa: casi a sus orillas se hallan las poblaciones, cabeza de distrito, llamadas Arapa y Chupa; es una bellísima laguna como de cinco leguas en contorno; en los meses de aguas, tiene mucha más extensión y sus aguas corren por un canal muy recto, de quince varas, más o menos de ancho, a la Laguna del Titicaca: en esos meses ese canal sólo se puede pasar por balsas. Otra laguna, inmediata a Azángaro se llama Quequerana: tendrá como dos leguas en contorno; en los meses de aguas, [94] rebalsan sus aguas al río Ramis, por frente de Pucará. La otra laguna es llamada de Salinas; debió dar el título de marqués de las Salinas a la familia Choqueguanca, indios nobles, muy partidarios del gobierno español. En los meses de aguas esta laguna se extiende mucho sobre sus orillas. Evaporizando sus aguas en gran parte en los meses de abril a octubre, queda sobre sus orillas un gran depósito de sal de buena calidad; de allí el nombre de Salinas. Todos los pueblos de esos contornos se abastecen de sal de esos depósitos.

En la provincia de Azángaro, no escasea la Puma y el Zorro: son los únicos animales destructores del ganado. En los cerros que rodean la Laguna de Arapa, se halla una especie de feliz [gato] más grande que el gato doméstico, es de color pardo, con fajas café subido, distribuidas como las del tigre real; y es destructor de las aves, y en especial de las que frecuentan en gran número las orillas de la laguna. El Taruc (venado) abunda, y es cazado por medio de la cacería llamada chaco, de quien después me ocuparé. Es muy abundante la cría de ganado vacuno y lanar; no sólo en las muchas haciendas que existen en la provincia, sino también en las Comunidades, donde existen muchos indígenas, que tienen notables tropas de ovejas y no pocas vacas. En algunas haciendas, aunque en limitado número, existe la cría de pequeñas, pero vigorosas mulas; en otras no falta la cría de yeguas. En la hacienda de Picotaní, y en sus crudas Serranías, se hallan caballos silvestres, que trepan esas alturas y rocas escarpadas con la velocidad de las gamuzas; los bellos, altivos y briosos

bridones de Andulucía, en Picotaní se hallan transformados en caballos enanos de menos de cuatro pies de alto, y cubiertos de larga lana como perros chocos: el relinche de los caballos de Picotaní se asemeja al relinche del caballo andaluz como [95] se asemeja el pito de un paco al sonido de una corneta. En la provincia se produce, en especial en los distritos del Sur, grandes cosechas de papas, quina y cebada; ésta, tanto en grano, cuanto en rama para forrajes. Puede formarse juicio de la abundancia de víveres en esta época, teniendo presente que las vacas grandes valían 5 pesos; las ovejas cuatro reales; las gallinas medio real; la docena de huevos un real; el saco de papas de seis arrobas seis reales; el saco de cebada de seis arrobas seis reales; lo demás en proporción. Me aseguran que ahora todo eso ha cambiado notablemente.

El temperamento en la parte Sur de la provincia es templado; el invierno no es riguroso; rara vez se ve nieve, excepto en ciertas alturas, como Ayuní.

Volcanes no han existido en estos territorios. Su acción sólo se reconoce por las vertientes termales de Fray Lima, y Putina. En Fray Lima existen buenos baños, y una casa que sirve de hospedaje a los enfermos. Son aguas sulfurosas, y producen benéficas curaciones. Fray Lima, se halla a tres leguas distante de Azángaro; los otros baños se hallan a las goteras del pueblo de Putina.

La provincia de Azángaro, tendrá como cincuenta mil habitantes en toda su extensión. De estos, las tres cuartas partes pertenecen a la raza indígena.

Azángaro, la capital de la provincia ha sido: La capital del Imperio de los Incas, ¿cómo y cuándo? dirán mis lectores asombrados, esto es lo que les voy a explicar, si tienen paciencia para leer los renglones que siguen.

Pero antes de satisfacer la curiosidad, permítaseme ahora una descripción de la población.

Muy decaído se halla Azángaro de su antigua grandeza. La población tendrá cuando más, mil quinientos habitantes, casi todos de raza blanca o mestiza. Existe una grande y suntuosa Iglesia, [96] adornada de ricos retablos, y algunas buenas pinturas; entre estas un retrato del señor Morcillo, obispo de la Paz (Bolivia), después Arzobispo de Lima, y dos veces encargado del mando del Virreinato del Perú.

Existe una general creencia, que el grito de independencia del Perú, proclamado por Gabriel Tupac Amaru, quedó sofocado, con su prisión y muerte, acaecida esta en mayo de 1781, en la plaza grande del Cuzco; este es un error histórico, que es preciso desvanecer, y son muy pocos los que se han cuidado de rebuscar los archivos, reunir los datos precisos, y restablecer los hechos reales y verdaderos. Vamos a hacer conocer a nuestros lectores la heroica y tenaz resistencia, que durante tres años sostuvo en Azángaro, Andrés Tupac Amaru, sobrino de Gabriel, heredero de sus títulos y derechos, ayudado por su ínclito general Vilcapasa, natural de Azángaro; y como desde ese centro del Gobierno se dirigieron expediciones, con más o menos felices resultados, a puntos desde Potosí al Sur, a la provincia de Huarochirí, departamento de Lima, al Norte. He aquí a Azángare, residencia

de Andrés Tupac Amaru, convertida en capital del Imperio Inca desde 1780 a 1783; es decir, por el largo espacio de tres años.

En noviembre 4 de 1780, era Corregidor de Tinta un español, don Antonio Arriaga; y Cura de Tungasuca, un clérigo cuzqueño, don Carlos Díaz. Arriaga, como corregidor había hecho grandes repartimientos a la indiada; y al verificar los cobros había cometido criminales tropelías y exacciones sobre esas víctimas de su insaciable avaricia. Estos repartimientos, eran gracias concedidas por el Rey de España a ciertos favoritos de su Corte; y los agraciados distribuían mercancías de corto valor a los indígenas de su corregimiento, recargándoles en los precios del modo más exorbitantes sin que las víctimas pudiesen reclamar [97] ni contra la distribución de especies, que no necesitaban, ni contra la exorbitancia de los precios, que se les exigían.

En 1846, siendo Subprefecto de la provincia de Chucuito, el señor don Manuel Costas, me hizo conocer un Rey de Bastos, que en años muy anteriores, un Corregidor de Acora había repartido a un indio rico de ese distrito, por la suma de cien pesos, y que el indio al morir había legado a la Iglesia de su pueblo.

El cura Díaz había exhortado varias veces a Arriaga con motivo de los abusos que cometía, pero sin resultado; y el domingo anterior aún había, en un sermón, de un modo indirecto, predicado contra la avaricia de los mandones; había además puesto sobre la puerta de la Iglesia, una protesta.

El día citado era cumpleaños del cura del Díaz y se hallaban muchos en alegre reunión en la Casa Parroquial, cuando se presentó en medio de los convidados el iracundo Arriaga, y en términos nada comedidos, reconvino al cura por los conceptos de su sermón y protesta. A la defensa del cura salió Gabriel Tupac Amaru, indio rico, descendiente de los Incas, y que con toda su familia se hallaba en la Casa Cural; se entabló una agria discusión entre Arriaga y Tupac Amaru; pero por la intervención de otras personas presentes se sosegaron los ánimos; y Arriaga fue obsequiado, y al parecer amistado con Díaz y Tupac Amaru. Tarde de la noche se retiraron los convidados y asistentes, y al marcharse Arriaga a Tinta, le salió al encuentro en el camino Tupac Amaru, diciéndole «Vengo a acompañar a Vuesa Merced a Tinta» Al poco rato, la gente de Tupac Amaru apresó a Arriaga; el que fue conducido a Tungasuca, y encerrado en un oscuro calabozo de la casa de Tupac Amaru. El 10 de noviembre, Tupac Amaru hizo reunir en la plaza de Tungasaca, a todos los vecinos [98] de raza española, los rodeó de numerosa y armada indiada, y enseguida hizo ahorcar en medio de la plaza al citado Arriaga, a quien enseguida, acto continuo, le dio ceremoniosa sepultura.

El 14 de noviembre, Tupac Amaru hizo publicar un solemne bando, aboliendo los repartimientos, mitas y demás impuestos y gabelas ordenados, por la Corona Española.

En este bando, Tupac Amaru se titulaba como sigue: «Don José 1.º, por la gracia de Dios, Inca, Rey del de Santa Fe, Quito, Chile, Buenos Aires y Continente, de los mares del Sur, Duque de la Superlativa; Señor de los Césares y Amazonas, de los Dominios del Gran Paititi, Comisario Distribuidor de la Piedad Divina por el Erario sin Par». El bando se hallaba autorizado en la forma siguiente: «Por mandato del Rey Inca, mi Señor, Francisco

Cisneros, Secretario.» ¿Qué cosa era la Superlativa? En el citado bando también mandaba Tupac Amaru, que se reiterase e hiciese la jura de su Real Corona etc.

Veloces y entusiastas emisarios volaron en todas direcciones. Desde Potosí a Huarochirí, se conmovieron las indiadas, y en muchísimos puntos estallaron sangrientas revoluciones. «Muerte a los Chapetones», fue un grito y hecho general; y los españoles y sus descendientes eran degollados sin piedad por todas partes. Tres cuartas partes de la opulenta ciudad de Oruro, fue saqueada e incendiada, pereciendo igualmente en las minas e ingenios sus opulentos propietarios. Desde esa época Oruro quedó destruida; recién va volviendo a su antiguo ser, merced a las riquísimas minas que se han vuelto a elaborar. La Paz, ciudad de tan grande y notable vecindario, fue atacada y sitiada por más de cincuenta mil indios, a órdenes del indio general Tupac Catari: sus casas quintas quemadas, sus propiedades externas destruidas. Los vecinos de la Paz todos se armaron, [99] y a órdenes del Brigadier Seguro, abuelo materno del general Ballivian, lograron contener la revolución y matanza. Desesperados, pero infructuosos y continuos ataques dio Catari, hasta que con la llegada de las fuerzas españolas, a órdenes del general Valle, que desde Buenos Aires marcharon al Alto Perú, se logró someter tan general revolución. Puno, Chucuito y varias otras poblaciones fueron destruidas, En varias otras poblaciones sucedió lo mismo, desde el Desaguadero a Huarochirí.

El 12 de noviembre se tuvo en el Cuzco noticia de la muerte de Arriaga, y levantamiento de Tupac Amaru. Los vecinos más notables se reunieron en el Convento de los Jesuitas, para tratar de la defensa de la ciudad, y de la esperada invasión de las fuerzas de Tupac Amaru.

Las tropas, en corto número realistas, que se hallaban en el Cuzco, unidas al vecindario armado, y a gente de los Caciques Ambrosio Chillitupe y Pedro Sahuaraura, salieron a combatir a Tupac Amaru; éste les permitió entrar a Tungasuca, donde los sorprendió el 17, pasando a cuchillo a todos. Los realistas supieron este fracaso el 19; y el 20 salieron del Cuzco las compañías de Nobles Voluntarios, a órdenes de los jefes don José Andrade y don Pedro Tadeo Bravo. Si Tupac Amaru, conseguido el triunfo del 17, hubiera marchado directamente sobre el Cuzco, quizás se posesiona de la antigua capital de los Incas y afianza su gobierno; a lo menos, su autoridad hubiera tenido más duración.

El Virrey de Lima destacó todas las fuerzas que pudo sobre el Cuzco; estas fueron engrosadas en su marcha, por las tropas del Valle de Jauja, Huancavelica y Huamanga. En enero, al fin se resolvió Tupac Amaru a atacar el Cuzco; y el 3 de ese mes, llegó con más de 20000 indios, armados con mazas, palos y lanzas, y casi ningunos fusiles, a Piccho, una legua [100] distante del Cuzco. Entretanto los vecinos del Cuzco, habían logrado organizar una fuerza, armada con fusiles etc.; y viendo Tupac Amaru que sus partidarios de la ciudad le habían ofrecido mucho, y como buenos partidarios nada hacían, se resolvió a contramarchar a Tungasuca, donde sus fuerzas por la desertión, quedaron disminuyéndose cada día: la dispersión, la consumó la noticia de la aproximación de las fuerzas realistas de Lima. El 6 de abril fue apresado Tupac Amaru en el mismo Tungasuca; el 14 fue sometido al Juicio en el Cuzco; el 15 de mayo el Visitador General de Tribunales, doctor don Antonio Areche, pronunció sentencia de muerte contra Tupac Amaru y toda su familia, por haber hecho armas contra aquel, que está puesto por Dios mismo para mandar estos países

en calidad de Soberano. El 17 de mayo Tupac Amaru fue descuartizado del modo más bárbaro en la Plaza del Cuzco; a la vez fueron ejecutados su esposa Micaela Bastidas, sus hijos Dámaso e Hipólito, sus cuñados Antonio y Miguel Bastidas y diez otros jefes o Consejeros suyos. Diego Cristóbal Tupac Amaru y Mariano Tupac Amaru, hermano el primero e hijo el segundo de Gabriel, fueron embarcados para España y ejecutados en alta mar.

De toda esa familia, sólo se salvó Andrés, hijo legítimo del vizcaíno Nicolás Mendigurri y de Felipa, hermana de Gabriel Tupac Amaru. Este Andrés en noviembre de mil setecientos ochenta fue mandado por su tío a Azángaro, con el indio Vilcapasa, estudiante que había sido en el Cuzco, y natural de Azángaro, para formar allí tropas, y sostener la causa de la Independencia.

Andrés, en 1780 tenía poco más de diez y ocho años de edad, era gallardo mozo, muy aprovechado en sus estudios y especial favorito de su tío Gabriel. Los bienes de fortuna de que gozaba su familia, y su clase de noble indio, le habían permitido entrar [101] a los colegios del Cuzco, donde se educaba la juventud noble y acomodada de esa ciudad.

Vilcapasa, como he dicho, era natural de Azángaro, donde aún existen descendientes de sus relacionados. Según tradición local, Vilcapasa en esa época tenía como cuarenta y cinco años de edad; era alto, corpulento y había recibido una buena educación en el Cuzco. Se dice que era hábil, astuto; y en sus repetidos viajes a Azúgaro, Huancané y Larecaja, había logrado inspirar cierto afecto en esas poblaciones. De creerse, es, que la revolución intentada por Tupac Amaru, no fue un acto impremeditado y consecuencia violenta de la ejecución de Arriaga. Los movimientos casi simultáneos sobre tan vasta extensión de territorio, y otras poderosas razones, hacen creer, que desde algún tiempo anterior, ya Tupac Amaru y otros, que obraban de acuerdo o connivencia con él, habían meditado ya y dado pasos, para producir un levantamiento general, que trajese a tierra el poder de la Corona española en estas tan dilatadas comarcas.

A fines de noviembre de 1870 Andrés Tupac Amaru, se puso en marcha de Tungasuca, hacia las provincias del Sur, cuyo mando le encomendaba su tío Gabriel. Andrés, según es tradición llevó consigo un ejército de 20000 indios, a las órdenes inmediatas del general Vilcapasa, (algunos lo llaman Huilaca Apasa.) Esta fuerza fue engrosándose en el tránsito hasta el número de 30000 al llegar antes de Navidad a Azángaro. Andrés en esta ciudad ocupó como casa de Gobierno, la casa grande propiedad de los Caciques Choqueguancas, situada casi al centro de la población. En el patio exterior de dicha casa existía y aún existe un singular edificio, de que haré descripción antes de pasar adelante. Este edificio lleva el nombre de Sondor Huasi, y es tradición haber sido en época muy remota domicilio de un jefe poderoso [102] llamado Sondor (Huasi, Casa). He cuidado de examinar detenidamente esa casa -ella tiene una figura completamente circular; su base tiene de diámetro como 18 pies y quince de altura, de la línea de los cimientos hasta la base del techo- los cimientos los forman dos hileras de piedras de mármol color plomo, admirablemente cortadas y pulidas. El techo es en figura de media naranja, y formado de mimbres tejidos, sobre los cuales han sido sobrepuestas varias capas de ichu, paja especial muy tenaz, los que a pesar de tantos años transcurridos aún se mantiene fuerte. Las paredes del edificio son también de mimbres tejidos sobre pies derechos de una especie de lloque muy grueso. Medida la vuelta

de los cimientos, tienen una circunferencia de treinta pies. El edificio tiene una sola puerta angosta, y dos muy pequeñas aberturas, que sirven de ventanas. ¡En 1850 la habitación del príncipe Sondor, servía de cocina! ¡sic transit gloria!

El Cacique Choqueguanca de Azángaro, además de su ardiente amor al Rey de España, tenía motivos especiales de odio contra los Tupac Amaru. Los Choqueguancas eran los Capuletos, y los Tupac Amaru les Montescos de esas apartadas regiones. En 1850 era vecino de Azángaro el respetable anciano don Juan Ignacio Evia, nacido en Arequipa, pero vecino de Azángaro desde 1795, donde vivió al lado de su tío el cura Escovedo; del señor Evia he recibido muchos de los datos, que he publicado y publicaré en estos apuntes. Choqueguanca no podía conformarse con la preponderancia, que sobre sus blasones pretendía obtener la familia Tupac Amaru; y al saber la jura a favor de Gabriel Tupac Amaru, o sea el Emperador José I, armó su gente: se puso en relación con los chapetones de Acillo, Putina, Huancané, y Moho, y trató de resistir a las fuerzas sublevadas. Vanos fueron los esfuerzos de Choqueguanca; Vilcapasa arrolló [103] toda oposición; los derrotados huyeron a Arequipa; y las haciendas de Puscalloni y Picotani, de Choqueguanca fueron saqueadas y confiscadas. Las huestes amotinadas de Vilcapasa, quemaron los obrajes de Muñani, saquearon los minerales de Arapa y Betanzos, talaron Huancané, Vilquechico y Moho, degollaron a los propietarios de los lavaderos de oro de Poto; y como un torrente devastador, se arrojaron sobre los pueblos de Apolobamba, Larecaja y Omasuyos. Los inmensos lavaderos de oro de Tipuani, provincia de Larecaja (Bolivia); los riquísimos veneros y placeres de oro de Aporoma, Caballo muerto, etc. de Carabaya fueron invadidos; degollados los propietarios españoles e hijos de estos, saqueadas todas las propiedades: quemados todos los edificios, y derrumbados los caminos.

En un artículo aparte me ocuparé de esos lavaderos: del terreno en que se hallan, y del sistema empleado en el día para explotarlos.

Sorata, capital de la provincia de Larecaja, era una población grande, habitada por muchas y pudientes familias españolas; todas ellas fueron destruidas por la Indiada; cometiéndose inauditos crímenes contra las desvalidas mujeres: las casas todas fueron saqueadas y quemadas: sólo se salvaron en algunos puntos los templos. Andrés Tupac Amaru, en vano intentó contener estos atentados de Vilcapasa: ¿qué podría hacer un joven de 18 a 19 años contra la autoridad del jefe de una muchedumbre sedienta de sangre y de botín? ¿Qué podría influir en masas que habían sufrido los horrores de la conquista -los repartimientos- las mitas, las órdenes, los empeños de un joven casi desconocido en esos pueblos? En las órdenes compasivas de Andrés, no sólo influían los nobles sentimientos de su alma; también con irresistible impulso, influían las súplicas, los ruegos, las lágrimas de un ser muy querido, que [104] diariamente imploraba la misericordia, en favor de los desgraciados de su raza y nación. Azángaro tiene dos plazas públicas: una cuadrada, que es muy grande, al costado de la Iglesia; otra oblonga más pequeña al frente de la puerta principal de la Iglesia. En cada una de las esquinas de la Plaza grande se halla levantado un arco, formado de adobes; uno de estos se halla caída a consecuencia del gran número de amotinados indios, que en 1814 colgó de él, el coronel González, natural de Huamanga, pero al servicio del Rey Fernando VII.

En una esquina de dicha plaza, y en la casa donde hace poco ha vivido la señora Ceferina de Macedo, existía en 1780 una señora hermana de Vilcapasa y madrina de Angélica Sevilla. Esta niña hija de una Choqueguanca, y de un español Sevilla, no tenía madre viva, y al emigrar su padre de Azángaro para Arequipa, había tenido que quedar en aquella población a consecuencia de una grave enfermedad; su padre, había creído asegurar su salvación, su bienestar, confiándola a la vigilancia y protección de la hermana del jefe verdadero de las fuerzas expedicionarias sobre Azángaro. Asegura la tradición, que Angélica Sevilla, niña de diez y ocho años, era bellísima, reuniendo en su persona todos esos encantos con que los novelistas se complacen en adornar a sus heroínas.

Durante las expediciones de Vilcapasa, Andrés, como era natural, frecuentaba la casa de la hermana de su general, y como había visto a Angélica, como era también muy natural, comenzó a duplicar y triplicar las visitas; y como era mucho más natural, Andrés se apasionó de Angélica, y ésta como buena hija de Eva no se hizo tentar en vano. Pero para estos castos amores habían inmensos obstáculos -los Choqueguancas eran Capuletos y aborrecían de muerte a los Tupac Amaru, modernos Montescos- la unión [105] de estos nuevos Julieta y Romero era imposible. ¿Cómo permitiría el Emperador José 1.º el enlace de su sobrino con la hija de un odiado español? ¿Cómo unirse dos familias que tanto se aborrecían? ¿Cómo detener el carro triunfante de la Independencia con la cadena de la esclavitud? La Vilcapasa reconoció muy tarde lo imprudente de su conducta, en permitir las Visitas del joven Inca. Este muy tarde desgraciadamente era y es muy frecuente en la sociedad, y por lo general, las Vilcapasas llegan a tener conocimiento de los sucesos cuando estos ya son irremediables. Esta Sevilla era, pues, en Azángaro el Ángel de Misericordia, que quería proteger, en cuanto estaba a su alcance, a las desgraciadas víctimas de tan cruel e impía guerra.

Considerables remesas de oro y plata remitía Vilcapasa a Azángaro, provenientes de sus exposiciones, a los lavaderos de oro que he indicado, y acopiadas de todos los puntos donde llegaban sus huestes. De sólo Sorata y Tipuaní es tradición que se sacaron dos mil llamas cargadas de metales preciosos, conducidos todos a Azángaro. Los consejeros de Andrés conocieron que era preciso poner a salvo tan ingentes valores; colocarlos en tales puntos y de tal manera, que aun en el caso que sucumbiese la causa de Gabriel Tupac Amaru, no sacasen provecho de esos codiciados tesoros sus aborrecidos enemigos, sus antiguos y crueles opresores.

Vilcapasa volvió a Azángaro; y con sus compañeros idearon una obra monumental. Formaron debajo de Azángaro un verdadero laberinto, Galerías de piedra arenisca, bien labrada y cimentada, se cruzan en todas direcciones por debajo de la población; sin que hasta hoy se sepa adónde recalán, ni la verdadera extensión que tienen. Estas galerías o caminos subterráneos, tienen como ocho o nueve pies de alto y como cuatro pies de ancho; el techo es formado de [106] grandes lozas de piedra arenisca bien labrada, y unidas de un modo tan compacto, que no entra la humedad por las uniones. En varios puntos han levantado las lozas, pero no conozco persona alguna que haya penetrado y recorrido todo esos inmensos caminos.

Un señor Enríquez me aseguró que, siendo joven, con otros amigos, penetró en esos subterráneos, y que lograron llegar a una especie de cancha de gallos, que en los bancos

alrededor encontraron gran cantidad de momias, y dentro de la cancha montones de medallas de cobre, que sacaron muchas de éstas, pero que después no habían podido encontrar la citada cancha. ¿Los caudales de Andrés se hallan enterrados en alguno de esos subterráneos? ¿Acaso se hicieron esos trabajos con el objeto de engañar a los españoles, y, cómo pretenden algunos, esos tesoros se hallan ocultos en otros puntos? Los datos que tenemos sobre el particular los daremos después.

Como he referido ya, en noviembre de 1780 verificó su revolución Gabriel Tupac Amaru; en abril de 1781 fue apresado en Tungasuca; y atrozmente descuartizado en la plaza del Cuzco en mayo de 1781; su Gobierno, en esos puntos, tan solo existió por el corto término de cinco meses.

Andrés Tupac Amaru sostuvo su autoridad en las provincias de Azángaro, Carabaya, Huancané, Caupolican (Apolobamba), Larecaja, Muñecas y Omasuyos, hasta fines de 1783. En este tiempo los Españoles se ocuparon más en hacer levantar el sitio que Tupac Cantari había establecido contra La Paz, en someter las indiadas de Oruro y Puno, en poner expeditos los caminos de La Paz a Arequipa y Tacna, y en contener las invasiones, que en varias veces pretendió renovar Vilcapasa, sobre las comarcas fronterizas, que en someter a las huestes de Vilcapasa, que como ellas esperaban, y en realidad sucedió, [107] cada día se iban disminuyendo en número, y cuyo entusiasmo decaía, igualmente, como el de todas las masas.

A fines de 1788 dos frailes dominicos de Arequipa vinieron a Santiago de Pupuja, pueblo de Azángaro, situado casi al frente de Pucara, y después de varias entrevistas con Andrés y Vilcapasa, lograron persuadir a estos que aceptasen las ofertas de perdón de la Audiencia del Cuzco, y que dispersasen su gente. He tenido en mis manos, y leído con vivo interés, el diario de uno de esos Reverendos Padres: en él están consignados los argumentos de los Padres para comprometer a sus víctimas; los temores de Andrés; la varonil y recelosa resistencia de Vilcapasa. Andrés creía y aceptaba todo: Vilcapasa, recordando siempre en términos poco medidos los hechos de la conquista desde Pizarro a esa fecha, no se prestaba a nada. El Reverendo escritor asegura varias veces, que el tal Vilcapasa era Satanás en persona; y lo anatemiza como tal. Tan pronto como Andrés y Vilcapasa llegaron al Cuzco, a pesar de las solemnes promesas de perdón y amnistía que se les hicieron, fueron apresados y ejecutados. La cabeza de Vilcapasa fue colocada sobre un poste en la Plaza del Cuzco; unos partidarios suyos la robaron y condujeron a Azángaro, donde fue enterrada en la Iglesia. Años después, buscando en ese templo los tesoros que se sabía existían ocultos, se encontró la cabeza de Vilcapasa, metida en un cajón, y enterrada debajo del confesonario. A pesar que Vilcapasa fue sometido a tormento jamás divulgó su secreto a los Agentes de la Audiencia. Ese tesoro se halla pues oculto hasta el día de hoy.

Angélica Sevilla al saber la cruel suerte de su amado, murió de pesar: ella había contribuido con sus ruegos a la capitulación de Andrés Tupac Amaru. De ella puede decirle lo que algún poeta inglés escribió: [108]

Ful many a flower is born to blush unseen.

Anel waste it's sweetness in the desert air!!!

Para la verdadera traducción de estas líneas, consulten mis lectores con mi amigo el Médico doctor Palma.

Siendo Subprefecto de Azángaro, reuní el día de Corpus de 1852, en mi casa, a todos los indios Segundas e Ilacatas del distrito, y les di un abundante almuerzo. Dichos Segundas e Ilacatas se presentaron vestidos de gran parada; con sus grandes ponchos balandranes, sus buenos paños de pescuezo de lana de Vicuña, sus grandes y alones sombreros negros, hechos por ellos mismo como lo demás de sus vestidos, y sus varas largas y negras, con puños de plata, símbolos de su autoridad.

Alegres y contentos estuvieron todos; algunos disimuladamente se guardaron algunas presas, para llevar sin duda a sus esposas, muestras de la amistad del Subprefecto. Uno de los segundos era un indio pudiente y muy formal; tenía entre la indiada, y entre todos los vecinos altísima reputación, su nombre era Gregorio León, y vivía cerca de un punto llamado Moroorko (cerro negro.) Ese indio me profesaba gran cariño; raro era el día de fiesta, que después de la misa, no me hiciera su visita, y como hablaba bastante bien el castellano tenía conmigo grandes conversaciones. Sus conocimientos geográficos consistían en saber que había un país muy grande llamado España, y otro llamado Portugal; hablarle a él de Inglaterra, Francia etc., era peor que hablarle en hebreo. Este Segunda me ha dicho que las grandes riquezas de Andrés Tupac Amaru y de Vilcapasa, no están ocultas en los subterráneos del mismo Azángaro, sino en la lagunita de Botijlaca (boca de botija.)

De Azángaro a Muñani hay 9 leguas de distancia: de Azángaro a Puscallani hay seis leguas de distancia, Puscallani es una hacienda, antes de los Choqueguancas; [109] hoy de la familia de aquel comandante Rosello, que murió en 1879 en la batalla de San Francisco. De Puscallani a Muñani hay cinco leguas de distancia, y para ir del primer punto a esta población, se pasa por la quebrada de Ticaní. En esta quebrada de Ticaní se halla situado, casi al medio, un cerrito que al transeúnte no llama en manera alguna la atención, pero que es digno de un serio estudio. Ese cerrito se llama Botijlaca: es una obra artificial; tiene como treinta varas de alto, es de figura cónica, y su cúspide es una lagunita o pozo, perfectamente redondo, con un borde sobre la superficie del agua de cinco a seis pies de diámetro; y el agua, que jamás sube ni baja de su nivel, es de un color blanquizco muy notable. He visto en persona el cerrito y lagunita; los apuntes que hice en el trascurso de los años se me han extraviado, y escribo hoy de memoria. La circunstancia de haber de ado a Azángaro poco después, para encargarme del mando de las provincias de Huancané y Puno, y mis consiguientes peregrinaciones no me han permitido volver a esos lugares. A una compañía, organizada con poco capital, le será fácil llevar adelante, en Azángaro, las dos grandes exploraciones: 1ª recorrer los caminos subterráneos de Azángaro, comprobando si son obra de la antigüedad, como algunos aseguran, aumentadas por Andrés Tupac Amaru y Vilcapasa, para ocultar sus tesoros; o son obras de estos últimos, como decía Evia, y 2.º correr a un costado de la lagunita de Botijlaca un canal, que permita la extracción del agua

que ella contiene, y por consecuencia el prolijo examen de su fondo, y medios empleados en su construcción. Esta última obra la considero de mucha importancia; fundándome para ello en lo que paso a publicar.

Harán como ciento veinte años vivía en Lampa, provincia de Puno, una mestiza que ganaba su vida [110] con los rendimientos de una no muy bien provista pulpería. Uno de sus parroquianos era un indio, quien ella compraba carbón, y el que siempre lo compraba algunas arrobas de aguardiente. Un día el indio no le trajo carbón; había estado enfermo, y no lo había podido beneficiar; pero al carbonero le era urgente llevar el aguardiente, que acostumbraba conducir en cada viaje, y a falta de carbón y de dinero, ofreció dar a la mestiza en prenda varias piezas de oro, obras a la vista de los tiempos anteriores a la conquista. La mestiza aceptó el contrato, y el carbonero se marchó, llevando el aguardiente, que necesitaba, ofreciendo a la vez volver dentro de los ocho días, acostumbrados anteriormente. El carbonero no volvió al plazo señalado, y necesitando la mestiza del dinero para sus compras, llevó las prendas de oro al Padre Catalán, ayudante de la Iglesia de Lampa, suplicándole le proporcionase una suma sobre ellas, y relatándole a la vez el modo como dichas prendas habían llegado a su poder. El Padre Catalán, fraile dominico de Arequipa, accedió al pedido de la mestiza; dio el dinero y recibió las prendas, comunicando los hechos al doctor Gamboa, Cura de la Parroquia de Lampa, Gamboa era cuzqueño, hombre de cierta ilustración, y la calidad y cantidad de las prendas, le hicieron comprender, que tal carbonero era algún indio, que conocía un notable depósito de tan valiosos objetos. El Cura Gamboa comunicó el secreto a la Subdelegación; y a la mestiza se le dieron las instrucciones convenientes. La codicia de las autoridades, sin embargo, no fue tan prontamente satisfecha; mucho tiempo se pasó sin que apareciese el carbonero; al fin se presentó a pagar su deuda y a reclamar sus prendas. La mestiza con el pretexto de tenerlas depositadas en otro lugar, dejó al carbonero en su casa, y se marchó a dar el parte correspondiente a las autoridades, según las [111] órdenes dadas. El carbonero fue apresado, amonestado, cruelmente flagelado y maltratado: nada confesó. Seguían los tormentos del carbonero, cuando un indio viejo se presentó a las autoridades: declaró ser suyas las prendas, y ofreció aun señalar el sitio donde se hallaban depositadas abundantes cantidades de ese metal hoy llamado Rey del mundo. El anciano fue apresado; se formó una Sociedad bajo la dirección de don Pedro Aranibar, vecino notable de Arequipa, quien se marchó a Lima a pedir al Virrey la licencia correspondiente para emprender las labores necesarias. El Virrey otorgó las licencias solicitadas, nombrando al señor don Simón de la Llosa, para que vigilase los trabajos, y recibiese los derechos reales. Constituidos Aranibar y Llosa en Lampa, fue por ellos conducido el anciano (cuyo nombre no aparece en las relaciones) a la Hacienda de Urcunimuni, antes propiedad de los señores Basagoitia, hoy de la familia de Moya, en esa Hacienda, y en la parte llamada Chilimihani, señaló el anciano el local, donde, según tradiciones suyas, 20000 indios habían enterrado en varias profundidades, los caudales conducidos por 10000 llamas; esos caudales eran las herencias y tributos del Inca Huascar. Se emprendieron las labores, y se sacaron, según aparecen de los libros antiguos de las Cajas Reales de Chuquito, hoy de Puno, más de dos y medio millones de pesos, en tejos de oro. Sacadas esas ingentes sumas, se siguieron con notable empeño las labores, para encontrar los demás caudales ofrecidos por el anciano, cuando, al remover unas losas, resultaron grandes corrientes de agua, que anegaron todas las labores. En vano, y en muchas y diferentes épocas, se han intentado serios trabajos para sacar esas labores; a proporción que se sacan las aguas, se reponen estas por medio de ocultos

acueductos; y como Chilimihani se halla situado en una pampa, no es posible correr un socavón, [112] a las labores. En Botijlaca no puede suceder lo mismo, por la altura del perro y declive de la quebrada en la cual se halla levantado. Quizás algún día, no muy lejano, se emprenda la obra que indico.

[113]

Lavaderos de oro

La muy extensa Provincia de Carabaya ha sido dividida, después de los años de mis viajes a ella, en dos: la una ha quedado con el nombre antiguo de Carabaya, y con su nueva capital el pueblo del Macusani; la otra ha sido denominada Provincia de Sandia, y su capital es el pueblo de este nombre. La Provincia de Carabaya consta de los distritos del Crucero, Ituata-Usicayos, Ajoyani, Coasa, Ollachea, Corani, Ayapata y Macusani. La de Sandia consta de los distritos de Sandia, Cuyocuyo, Patambuco, Phara, Quiaca y Sina. El Crucero se halla situado sobre la alta planicie de la cordillera -de él radian los caminos a cada uno de los pueblos indicados, como las varillas de un abanico radian de un centro a las puntas. El clima del Crucero es sobremanera frío; todas las mañanas los sirvientes de las casas recogen el hielo de las acequias, que surte de agua a la población, y lo conducen en canastas a las cocinas, para derretirlo, y emplear después el agua en usos domésticos; de allí ha provenido el dicho, de que en el Crucero se carga el agua en canasta. Macusani y Ajoyani también se hallan sobre la altiplanicie, pero su [114] clima es mucho más templado: la primera población era la residencia de aquel cura Cabrera de quien me he ocupado ya, como el que formó la cría de los, Paco-vicuñas, raza de animales perdida por la incuria de sus herederos. Los demás pueblos de ambas provincias se hallan situados al comenzar las quebradas, que forman ambas provincias, como Phara; o en las hoyadas de sus quebradas. Con excepción del Crucero, Ajoyani y Macusani, todas las poblaciones se hallan al otro lado de los altísimos nevados, que allí aparecen como dividiendo los fríos campos de las serranías, de la abundante y vigorosa vegetación, que cubre esos cerros, laderas y planos de robustos árboles y de yerba abundante, y siempre verde. Al pasar el viajero esos nevados, encuentra un mundo completamente distinto en todo: del frío más intenso se pasa al calor más ardiente; de campos donde el aguacero es desconocido, pues sólo cae nieve, a la lluvia casi perenne y siempre abundante; de los campos helados de una Siberia, a los trópicos húmedos y ardientes del centro de África. Cada quebrada de las provincias de Carabaya y Sandia, encierra un río, aumentado en su curso por innumerables riachuelos y vertientes: todos esos ríos desaguan al Inambari, éste al río Madre de Dios, éste, tras largo curso al Madera y éste al Amazonas. Todos los cerros que están al Este de esos nevados, en más o menos abundancia, tienen vetas de cuarzo con oro, otras de plata; en todas las quebradas, en sus playas, se encuentran placeres y lavaderos de oro, de más o menos riqueza. Casi imperceptible es la subida que hace el viajero desde Azángaro al Crucero, y a la cumbre del camino que separa ambas regiones. Pero desde la cumbre el descenso es muy rápido y violento, y en muchos puntos las graderías, formadas en todas

partes, de rocas pizarrosas, tienen saltos de más de dos pies de altura, dificultando, o casi imposibilitando el tránsito de [115] animales por esas rutas. Como las distancias entre esos pueblos jamás se han publicado, no creo será demás anotar aquí las distancias de lugar a lugar, o recorridas por mí, o anotadas por personas conocedoras de ellas.

De Azángaro, lugar de mi residencia en 1850, al Crucero, hay las distancias siguientes:

Azángaro a San José

.....

6 leg.

San José a San Antón

.....

5 »

San Antón a Potoni

.....

5 »

Potoni al Crucero

.....

2 »

Hay otro camino menos frecuentado, pero también muy bueno; es el siguiente:

Azángaro a Guasacona

.....

9 leg.

Guasacona al Crucero

.....

8 «

Guasacona es una buena hacienda de los señores Esteves de Puno; y en esa época la tenía en arrendamiento el dignísimo y excelente caballero don José Manuel Torres, ya finado.

Siguiendo la ruta a los lavaderos de oro de Challuma, encontramos las distancias siguientes:

Del Crucero a Tambo

.....

6 leg.

De Tambo a Huancarani

.....

1 »

» Huancarani

.....

2 »

» Limbani a Phara

.....

1 »

» Phara a Sacarara

.....

1 »

» Sacarara a Palca

.....

1 »

» Palca a Ucos

.....

3 »

» Ucos a Huaturo

.....
3 »

» Huaturo a Patalayuni

.....
2 »

» Patalayuni a Mamata

.....
3 »

» Mamata a La Mina

.....
2 »

» La Mina a Versailles

.....
1 »

27 leg. [116]

De Versailles, al fin de la quebrada de Challuma, llamado el Carrisal, hay seis leguas de camino.

El río de Challuma desemboca en el gran río Huarihuari, un poco al norte de Versailles; y para llegar a este punto, es preciso pasar dicho río Huari-Huari.

De todas las pascanas citadas, Phara es la única población. Los demás son tambos de más o menos extensión, sin ninguna comodidad y sin víveres de ninguna clase. La Mina, residencia de un alcalde indígena, es una reunión de 3 ó 4 casas, con alguna comodidad. El viajero, en esos caminos, tiene que llevar todos los comestibles que necesitare, y llevar, como yo, su mochila y cama al hombro. Pormenores de esa clase de viaje, cuidaré de anotar para instrucción de los que quieran recorrer esas apartadas regiones.

Saliendo del Crucero se sigue la ruta a las lagunas de Aricoma; estas son formadas por las aguas, que salen de los enormísimos ventisqueros, y que tienen una altura de más de 20000 pies. Los cerros nevados y ventisqueros parecen formar una insuperable barrera, pero existe una abertura como de 30 varas de ancho entre ellos, y por esa abertura pasa el camino. Esa abertura, en remotas épocas ha sido cerrada por una muralla de piedra pizarrosa y granítica. La muralla tiene de altura como cuatro varas, como dos de ancho, y cerraba al parecer todo tránsito; hoy se halla derrumbada en algunos puntos, y al lado sur se halla el camino por el cual transitan los viajeros. Desde el tambo de Huancarani ya se hallan algunos pajonales, y en Phara existen ya algunos árboles. Phara tiene una pequeña iglesia y era residencia en 1814, de muchos y ricos explotadores de los veneros de oro de esa provincia: todos fueron degollados o muertos a golpes de macana (mazas) por la indiada. En una publicación mía, El Niño Perdido, he dado una fiel relación de esos sucesos. [117]

Desde Phara, la vegetación es más abundante, se van encontrando, algunos arbustos, y abundante yerba desde Palca. Estos vastísimos campos, cubiertos de lozanos pajonales, se hallan sin habitantes y sin ganados. De una altura inmediata al Tambo de Ucos, en una tarde clara y sin nubes he visto hacia el Oriente un campo como un mar vastísimo de árboles, y he podido distinguir a gran distancia, un cerro muy alto, cónico y cubierto de nieve; es al parecer un volcán de gran altura. Su figura es igual al volcán de Sajama, provincia de Carangas, Bolivia, cuya altura es de 23940 pies. El volcán que yo he visto, quizás el primero que lo ha distinguido en esa dirección, no creo que sea tan elevado. Huaturo, donde abunda el árbol productor del incienso, es un Tambo al cual se llega después de penosa marcha por senderos y graderías muy empinadas. Pero aún es peor el camino a Patalayuni; en muchos puntos no tiene el camino sino una vara de ancho. Cerca de Mamata, el camino pasa por una loma con barrancos profundos a cada lado; un mal paso lo precipitaría al viajero a una inmensa profundidad, y al cauce de un río, más o menos torrentoso como son casi todos los de esos lugares. La Mina se halla situada en la reunión de los ríos Machicamani y Capac-mayo (río rico) y es sitio, donde en la antigüedad se trabajaban algunos veneros y lavaderos de oro; como también vetas.

De la Mina, como he dicho, hay tres leguas a la orilla del río Huari-huari, que al principio se pasaba en balsas de palos, cortados a sus orillas, después en Oroya, y después por medio de un puente colgante, construido a inmenso costo por la Sociedad de Capac Oro (cerro poderoso). Desde Versailles el camino a los lavaderos de oro, existentes en tanta abundancia en las quebraditas del río de Challuma, sus afluentes, y a las vetas de oro del

cerro de Capac-Oreo, [118] se hace por el fondo de la quebrada de Challuma y, por el del riachuelo (allí casi río) de Pyscomayo. Este camino no es, por cierto carretero; en algunos puntos hay que trepar por las raíces de los Árboles, en otros que subir por medio, de cuerdas con un gancho de fierro, en la punta, que se ensarta a la elevada rama de algún árbol corpulento, y se trepa apoyando el pie en muchos casos sobre deleznable o resbaladizo terreno a la altura conveniente. De Versailles al Carrizal, la cabecera de la quebrada de Challuma, en la distancia de 6 a 7 leguas, se pasa a pie varios ríos y riachuelos, como 50 veces. La ropa con estos continuos y forzados baños, se halla completamente mojada, pero el ejercicio y el calor de esos sitios, neutralizan los males que podrían sobrevenir.

Antes de pasar adelante, será conveniente ocuparse de los vestidos, que se usan o usaban, y de la muy importante parte, del modo como se mantienen en esos puntos, los peones y patrones.

La ropa que se usaba, consistía de un pantalón y llamada allí cotona, construidas de esa una camisa, bayeta burda y de color blanco que elaboran en el país. Botines, zapatos y aun ojotas no se pueden emplear: la constante humedad destruye todo lo que es suela o cuero. Los pies van cubiertos de una especie de botín hecho de jerga doble, con un colchado del mismo material bien grueso, que sirve de suela; estos botines, algo parecidos a las alpargatas, que usan en España, y a las zapatillas para baños que se venden en las tiendas de comercio, se ligan a los pies y piernas con cordeles fuertes. Un poncho de lana grueso, cubre el tronco del cuerpo, la cabeza va resguardada con un sombrero fuerte de paja de Guayaquil, o con una gorra charolada. Sobre la espalda descansa la mochila de caucho, o algún género encharolado. Dicha mochila contiene una buena frazada; un terno de pantalón y camisa de bayeta, para [119] mudarse cuando se pueda; algo que, comer, y un yesquero, piedra, eslabón de acero, mecha de azufre bien resguardada de la humedad, una olla de fierro, de tamaño según las necesidades; una tetera id; unos tarros de lata con una cantidad de chuño, (papa helada y bien molida) mezclado con charqui o chalonga bien molida, y hecha masa, alguna manteca, ají y sal, forman una apetitosa comida para el hambriento viajero. Fósforos no se pueden usar, la humedad los inutiliza en el acto. Azúcar y chocolate sólo se conservan tomando las mayores precauciones, pues la humedad los deshace y convierte el uno en almíbar, y el otro en mazamorra. Tan pronto como los viajeros llegan a una pascana, lo primero es reunir leña, la más seca posible; encender la lumbre por medio del yesquero y mecha de azufre, y sobre todo grandes piedras, equilibrar la gran olla de fierro. Mientras se calienta el agua para hacer el caldo, se echan alrededor de la fogata los cansados viajeros que entran a la montaña, o los que salen de ella, y en alegre comparsa refieren los unos sus esperanzas de lucro, los otros, los buenos o malos resultados de sus elaboraciones. Calentada el agua, se echa en la olla cantidad proporcionada de la masa de chuflo etc. que he indicado; y en muy pocos minutos se ha formado un caldo bien nutrido, y que vigoriza inmediatamente los estómagos que han sufrido treinta o cuarenta mojazonas en el día. Sendos tragos de aguardiente; una lata de galletas destapada y repartida con parsimonioso cuidado, forman el postre de la comida; todos se tienden enseguida sobre el suelo, grato lecho de nuestro padre Adán. Algunas veces en esas pascanas se encuentra a algún descendiente del barón de Munchausen; y se relatan sucesos [120] tan extraordinarios, que asustan a los no iniciados. El cansancio produce el más agradable sueño; a no ser que haya tenido uno la desgracia, por cierto muy frecuente, de extender su

cansado cuerpo cerca de algún nido de esos insectos, sobre las cuales impusieron los Incas tributo a sus desidiosos y desaseados súbditos. En tal caso el desgraciado viajero sufre las más tremendas penalidades; y tiene que emplear ratos no cortos de descanso, en espulgar su ropa, y librarla de tan molestos huéspedes. Como la indiada duerme en los Tambos, los llenan de esa plaga. Los ríos abundan en pescado: algunas veces un feliz viajero atrapa un sábalo, pez algo parecido a la corvina; el sábalo va a la olla con el chuño, charqui etc., de todo se hace un puchero del que todos con gusto participan. A veces se caza un venado o una copaybara (especie de conejo muy grande y abundante en el monte), también van a la olla general. En esos campos no he visto sino una especie de la familia Monos; el que allí existe es del alto de tres a cuatro pies, con pelo largo color café subido, algo blanquizco hacia la barriga, lo conocen con el nombre del ahullador, porque da constantes y fuertes aullidos o gritos, especialmente cuando llueve.

Los viajeros y cascarilleros cazan estos monos, y aseguran ser excelente comida; uno de estos monos, desollado y puesto parado sobre una estaca, delante de la fogata, es una vista, para mí a lo menos, muy repugnante, tal es su semejanza a una criatura; se puede figurar uno que los cascarilleros son unos antropófagos, al comer tales animales. La culebra cascabel no escasea en esas regiones; perturbada en su sueño, hace sonar con violencias las conchas, que tiene en la punta de la cola, y huye velozmente; su [121] mordedura es fatal. Hay otra clase de culebra, color verdoso, y del largo hasta de dos varas, esta es buena comida; la carne es muy blanca y tan gorda, que le echan en las ollas de fierro en trozos, y se fríe en el acto. Usada esta carne con alguna frecuencia, se cubre el cuerpo de grandes, pero no dolorosos granos, es fama que produce los mejores resultados; purificando la sangre y fortificando los intestinos. Algunas veces se suele encontrar un peccary; es una especie de chancho silvestre, como de una vara de largo, y poco más de media de alto, de lomo arqueado y cubierto e cerdas largas, de color negro, café y blanco. Este chancho anda en tropas, y es muy fecundo. En la hacienda de Chicalulo de Yungas, antes de la señora Leonor Segovia de Pinto, y hoy de la familia Sáenz, he visto una hembra con catorce crías muerta por los indios, cuyas chacras devastaba. Este animal tiene en la región de los riñones, sobre el espinazo, una glándula con un licor acre, que los indios aseguran ser un segundo ombligo. Uno que otro bellissimo Faisán, con su plumaje verde oscuro con oro, algunos Tunques (Rupicola), tan grandes como las palomas, con su color rojo anaranjado, su grande y bello penacho, y sus alas plomo con negro, aumentan las viandas del viajero en esas comarcas. Picaflores de bellísimos colores, mariposas tan grandes como la palma de la mano, y tan chicas como una mosca, vuelan en todas direcciones; allí la Naturaleza se ostenta en toda su inmensa grandeza. Pero esa grandeza y esa belleza encubre al alevoso y sanguinario Jaguar o Tigre, y produce también una hormiga, más destructiva y más poderosa que el Tigre y que la culebra cascabel. Esta hormiga es de la familia Eciton; se reúne por millones, y en masas compactas invaden las casas, y atacan a los hombres y animales. Desgraciado del ser viviente, hombre o animal, que no logra huir; en pocos momentos comen y destruyen [122] cuanto tocan, culebras, ratones, cucarachas; víveres, todo es consumido por esos voraces animales en un instante; y cuando ya no encuentran qué comer o qué destruir, en marcial parada se dirigen a otro punto, a repetir sus devastaciones; podría escribirse una historia especial sobre las tales hormigas; sólo de su voracidad se escapan los víveres protegidos por tarros bien cerrados de lata. En una especie de caña algo alta, que no sé por qué razón se llama palo-santo, anidan también unas

hormigas más grandes que las anteriores; desgraciado del hombre que es mordido por estos ponzoñosos animales, que causan gravísimas inflamaciones.

En la quebrada de Ayapata y en 1851, tenía el señor don Agustín Aragón una hacienda de café etc. Un día al anochecer ordenó el administrador, un argentino, a dos peones indios fuesen con dos cántaros a traer agua, a una vertiente inmediata. Marcharon los indios, a pocos instantes regresó el uno dando gritos, y asegurando que un Jaguar había muerto a su compañero. El administrador y algunos peones salieron con trozos de leña encendidos, al punto indicado, y encontraron en efecto al Tigre, que destrozaba el cráneo de su víctima. A la vista de la peonada el Tigre se internó al monte. El día siguiente el argentino armó una trampa en la forma siguiente: clavó dos hileras de palos gruesos y en la distancia de cuatro a cinco varas, cubriendo la parte de arriba con estacas fuertes y bien amarradas; a la cabecera de esta especie de callejón colocó el cadáver del indio, cerrando ese punto con palos y piedras, y dejando abierta la otra entrada. Colgando del techo, y media vara antes de los pies del cadáver, amarró fuertemente un grueso lazo, pasado por una grande argolla de fierro, sostenida la argolla por un hilo delgado formando todo una gazada. Al anochecer vieron al Tigre, que cautelosamente examinaba la trampa; [123] y que enseguida se internó por la apertura. A pocos instantes sintieron estremecerse la empalizada; el Tigre al querer tomar el cadáver de los pies, había pasado la cabeza por la gazada, y al estirar más el cuerpo para apresar a su víctima, había roto el hilo que sostenía la argolla, y mientras más esfuerzos hacía para salir, más se ajustaba su garganta con la gazada, quedando al fin ahorcado.

El señor Aragón mandó el cuero y cráneo de este tigre, como regalo, al Prefecto de Puno, General don José Allende en cuyo poder los he visto. El tigre debió haber sido un animal muy viejo; todo el cuerpo se hallaba cubierto de grandes cicatrices, efecto de batallas con otros de su especie, o resultado quizás de las espinas agudas, que se hallan en el monte. Este tigre, hacía tiempo que había perdido la cola, y tenía rotos los dos colmillos del lado izquierdo. Por ese mismo tiempo, un indio había ido a vigilar los cicales de Chicolí, cerca de la quebrada de Cajatiri, y pertenecientes a los vecinos del pueblo de más arriba. Como se hallaba solo, había formado una especie de cuartito, sobre cuatro palos elevados; y desde que comenzaba la tarde se subía a su elevado aposento, cuidando de recoger la escalera, que le servía para subir.

Al contrario del león y del tigre de Asia y África, tanto la Puma como el Jaguar, trepan a los árboles con extraordinaria facilidad. Una noche, sintió el indio ruido al pie de su habitación, y a la escasa luz de la fogata, que había dejado encendida, pudo reconocer a un inmenso tigre, que buscaba los huesos de la chalona, que había botado el indio. Al día siguiente, el indio recogió algunas grandes piedras; las subió a su habitación, y cuidó con mayor esmero, de recoger la escalerita. Al anochecer volvió el tigre a hacer su visita, y el indio le tiró sobre la cabeza y cuerpo, varias de las piedras que con ese objeto había [124] conducido. Así pasaron varios días, hasta que al fin los dueños de los cicales, con sus llamas bajaron a Chicolí, a recoger y encestar su coca, y sacarla para sus respectivos domicilios. El vigilante refirió a los recién llegados, las visitas continuas del tigre, y entre ellos se resolvió formar grandes fogatas alrededor del campamento, poniendo sus animales al centro, y mantenerle en vigilancia. Así lo verificaron, cuando de repente, uno de los recién llegados aseguró que hacia el lado de las plantas de coca, había notado dos lucecitas;

unos dijeron que serían lucernas, muy abundantes en la montaña, otros dijeron serían los ojos del tigre. Se avivaron las fogatas alrededor del campamento, y en el centro y al lado de otra gran fogata, se reunieron todos a conversar. Casi se habían olvidado de la presencia en esas inmediaciones del temido animal, cuando de repente con dos tremendos saltos, el Jaguar se precipitó en medio de ellos, apresó al vigía, (al que le había tirado las piedras) por el cuello, y desapareció con su presa en la espesura del monte.

No es sólo el tigre el que amaga la existencia del hombre en estas regiones, hay otro enemigo y cien veces más formidables aún; me refiero a las tempestades del cielo.

Casi constantemente en los Valles de Carabaya, se halla el cielo cubierto de nubes, y el aguacero es muy frecuente. Un día bello, despejado, con ardiente sol, es raro, y cuando sobreviene, es precursor, por lo general, de una tempestad. Mientras más claro y ardiente ha sido el día, más rápidamente sobreviene la tarde; y sobreviene un viento frío y helado, tanto más sensible, cuando los cuerpos se hallan con poco abrigo. Tras el viento helado, viene la lluvia a torrentes; y en pocos minutos, el agua comienza a derrumbar los árboles, y los terrenos que cubren los cerros. Saturadas las tierras con torrentes de agua, [125] se precipitan hacia el fondo de las quebradas inmensas masas de tierra y árboles, con un horrísono estampido, parecido al de descargas lejanas de gran artillería; y como las quebradas son angostas, esos aterradores sonidos, se repercuten de cerro a cerro, con espantosos truenos. En un cerro fronterizo al llamado Capac Orco, he visto una tarde de tempestad, correrse al fondo de la quebrada, todo la tierra y arboleda que lo cubría, por una distancia de más de cinco cuadras, quedando la roca completamente limpia a la vista. El agua toma un tinte rojizo color de la tierra; forma inmensas mazamorras, que todo lo cubren, y los trozos de roca son lanzados de las alturas con incontenible violencia. Los riachuelos se convierten en ríos, los ríos se hacen mares, y toda la Naturaleza parece un caos. Las anchas playas de los ríos, se convierten en un momento en Lagunas de gran profundidad. Los desgraciados Mineros o Cascarilleros huyen a las rocas, a las alturas, perdiendo en pocos momentos, el producto de muchos días de fatigas, de desvelos y de trabajo. Los relámpagos, los truenos, el grito de los animales y de las aves; todo, todo aturde, todo llena de espanto y terror. Algunas de esas tempestades duran cuatro o cinco horas; y al concluirse, el terreno todo parece haber cambiado de aspecto. En una labor de oro, que yo tenía en Pucamayo, una tempestad de dos o tres horas, destruyó trabajos costosos de más de un mes, sepultando bajo masas enormes de piedra y tierra el terreno separado para lavar, ansiado producto de tantos días de gastos y penalidades.

Los chunchos o indios salvajes, algunas veces han atacado los establecimientos y trabajos de Carabaya. Varias veces dichos indios han salido a la Hacienda de San José de Bellavista, situada en la Quebrada de Ayapata, y han causado notables daños; son los descendientes de los que, en anteriores épocas, destruyeron [126] las valiosas posesiones y muy habitadas labores de oro de San Gabán. En 1835, otra partida de chunchos atacó a los trabajadores de Tambopata (San Juan del Oro), matando a cuantos pudieron encontrar.

En Mayo de 1853, los chunchos mataron a todos los que encontraron en el Tambo de Esquilaya, llevándose gran número de herramientas que allí existían. Esquilaya es una quebrada inmediata a la de Ayapata.

Paso a anotar las grandes ventajas que ofrecen al comercio e industrias esas comarcas; de los lavaderos de oro, de los puntos donde se encuentran, y de los sistemas que se emplean para su explotación.

El río Huari-huari, que es origen del gran río Inambari, tiene sus vertientes a las inmediaciones del pueblo de Sina, y en una quebrada cuyas alturas orientales forman la línea divisoria, en esa parte del territorio del Perú con el de Bolivia. En su rápido y torrentoso curso, se le unen varios ríos, siendo los principales en esa parte, el que baja por la quebrada Quiaca, y se une poco más abajo de Saqui. De Sina a Saqui, hay cinco leguas de distancia; de Sina a Quiaca, situado en otra quebrada, hay también cinco leguas, siendo preciso vencer una escarpada loma para pasar de un pueblo a otro. A la distancia de Saqui, y como a veinte leguas río abajo, se le reúne a la izquierda el río grande de Sandia. De Quiaca a Sandia hay como doce leguas, hallándose en la medianía situado el pueblo de Cuyo-cuyo; y como seis leguas más abajo de Sandia, el río de este nombre se une al de Huari-huari. La Gran Quebrada por la cual corre el río Huari-huari hasta unirse al Sandia, y todos los riachuelos que bajan a esa quebrada, tienen grandes y muy ricos veneros y placeres de oro en toda su extensión. La quebrada inmediata llamada San Juan del Oro, fue el sitio de grandes y populosos [127] establecimientos de lavaderos, desde el principio de la conquista, y es fama que de esos lavaderos se sacó una pepita de oro de 104 libras, y se mandó al Emperador Carlos V, así como otra de 68 libras en 1470 al Rey Felipe II. Todos esos establecimientos fueron, según se dice, destruidos por los chunchos sublevados, en la época en que se asegura fue destruido San Gabán, y los demás establecimientos de Carabaya. De esos antiguos trabajos sólo se ven restos arruinados; y todos esos placeres esperan nuevas compañías, y nuevos explotadores, para asombrar al mundo con sus inmensos rendimientos. Cuando trate de la explotación de la cascarilla, tendré nuevamente que ocuparme de esta parte del territorio de Carabaya, y de la interesante quebrada de Tambopata.

No será demás, antes de pasar adelante, y en beneficio de futuros viajeros, que anote que de Poto hay cuatro leguas al pueblo de Trapiche, 9 leguas a Sina, 7 a la Quiaca y 14 al Crucero; de Sandia hay 7 leguas a Patambuco y 14 a Phara.

En una quebrada que corre, puede decirse, paralela a la de San Juan del Oro, se hallan situados los lavaderos de oro de Aporoma, propiedad antigua de la familia de Astete del Cuzco. Estos lavaderos son inmensamente ricos, y si en ellos se emplease el sistema de Mnngueras, que se usa en California, sus rendimientos serían asombrosos; la gran carga de tierra, y cascajo que cubre los veneros, hace hoy costosa su explotación. El señor don Félix Rodríguez, vecino de Puno en 1849, trabajaba esos lavaderos de Aporoma, pagando un arrendamiento acordado a los señores Astetes, cuando sus peones descubrieron casualmente los lavaderos de oro del río de Challuma, habiendo pasado en balsas el río de Huari-huari, Aporoma dista como 25 leguas del Crucero.

En la pampa de Umabamba, cerca de Phara, a [128] 11 leguas del Crucero, se hallan muchas vetas de cuarzo (llamado allí cachi) con oro. En tiempos anteriores esas vetas han sido trabajadas. La región en que se hallan, se llama la Apacheta de Buenavista, y es temperamento frío, por hallarse fuera de las quebradas.

Más adelante he anotado las distancias entre el Crucero y Versailles, en el punto por donde se pasaba el Gran Río Huari-huari, que toma desde allí para abajo el nombre de Inambari, y que desde la confluencia con la multitud de ríos que se le unen, antes del supuesto punto de los lavaderos de oro de San Gabán, es conocido con el nombre de Río de la Madre de Dios. Al principio de los descubrimientos del río de Challuma, se pasaba el río Huari-huari, en balsas de palos, construidas en el mismo local. Después se puso una Oroya de cables hechos de la corteza de una palmera, que creo se llama Chilina, y aumentado grandemente el tráfico, ¡¡¡se construyó un puente colgante!!! La Empresa entusiasta de Capac Orco, contrató con el ingeniero saboyano Gontheret, la verdaderamente asombrosa construcción de dicho puente; y digo asombrosa, porque es preciso tener en cuenta el local en que se construía, y los materiales de construcción de tal puente. Vamos a dar una descripción de él.

En Versailles, el río Huari-huari, en épocas normales, tiene de ancho como setenta varas, y de profundidad, en ese punto, como veinte pies. Gontheret escogió ese punto para la construcción, por ser lenta la corriente. A ambos lados del río se cortaron grandes árboles, los que con indecible trabajo, y a brazos de peones, fueron conducidos a orillas del río. Con esos grandes árboles se construyeron dos altos castillos, uno a cada lado del río, bien reforzados con atravesaños de madera, y ligados con sendas barras de fierro. Por encima de los castillos se pasaron cuatro [129] cables bien retorcidos, dos a cada lado, los cuales se hallaban amarrados a grandes troncos, enterrados a cada orilla convenientemente. De estos cuatro cables, bajaban otros más delgados, que sostenían como en todos los puentes colgantes, un piso que tenía allí más de dos varas de ancho. Ese piso de tablas era de la Palmera, allí llamada chonta, que es muy dura: aquí hay muchos bastones de esa Palmera. Los cables eran formados de la corteza de la especie de Palmera, allí llamada Chilina; esta palmera después de cortada era puesta a remojar en un riachuelo, por cierto, número de días. La corteza se ablanda y despegas; en este estado se le separa del árbol, y se martaja con masas de madera hasta separar la parte dura, quedando una especie de estopa color canela, tan flexible y dura como el mejor cáñamo. El puente llenó por completo los deseos de sus promotores, sirviendo de fácil y constante tránsito a los apiris, cargadores de víveres, etc., para los lavaderos de oro de los nuevos descubrimientos de Challuma. Desgraciadamente, un jefe del ejército, de cuyo nombre, como Cervantes, no me quiero acordar, se empeñó, en mala hora, en hacer pasar, arrastradas sobre el puente, unas vacas. El peso de éstas y de los soldados, y la constante resistencia de los animales, estiraron los cables, haciendo bajar muchísimo el piso del puente. En esos días sobrevino una creciente; un gran árbol arrastrado por la corriente del río, enredó sus ramas con el piso del puente; a ese árbol se agregaron otros, hasta que se formó un montón de ramazones, contra la cual combatía la fuerte corriente del agua. En menos de media hora, el río arrastró a su seno todo el armazón: el trabajo de más de seis meses, y las ingentes sumas empleadas en la construcción del puente, quedaron sepultados, en el cauce del Huari-huari.

Enfrente de Versailles se abrió por la tropa del [130] batallón «Yungay», en 1851, un camino que debía conducir a los transeúntes de ese punto a las minas de Capac Orco. El camino fue mal delineado y peor construido, siendo la consecuencia que los transeúntes preferían andar por el cauce del río, pasar los Mollocas (malos pasos) de que ya he hablado, y mojarse cuarenta y tantas veces, a seguir la senda abierta con tan mala voluntad por los soldados del citado batallón.

A poca distancia de Versailles, hacia el Norte, se une al Huari-huari el río de Challuma; desde la unión de este a su origen, se hallan lavaderos de oro de más o menos riqueza. En esa época, los principalmente trabajados eran los nombrados San Simón, Cangali, Cementerio, Alta Gracia, Quinsamayo, etc., etc. En el río de Pucamayo, que se une al Challuma al lado izquierdo, y en la labor Mercedes, del ya citado señor Rodríguez, éste sacó una pepita de oro muy grande, cuya historia merece anotarse. Esa pepita fue vendida al canónigo Macedo, de Puno, quien la obsequió al señor Mendoza, Obispo del Cuzco; de este la heredó su sobrino el señor General La Puerta, de cuyo poder pasó por un movimiento de flanco, a manos del General Castilla; éste la obsequió a un Almirante inglés, cuando la fragata Perla apresó al Tumbes y Loa en Casma, en 1857, debe, pues, existir aún en algún museo de la Gran Bretaña.

Subiendo la quebrada de Challuma, se llega al Puerto Libre donde se hallaban situados los quimbaletes o grandes morteros, que molían los metales cuarzosos del cerro de Capac-Orco; los pulverizaban, y enseguida ese polvo era beneficiado con azogue para reunir el oro. Las vetas cuarzosas de Capac-Orco contienen oro en gran cantidad y a la simple vista; sin embargo, esa empresa sucumbió por las razones que al final anotaré. En ninguna parte del mundo hay vetas como esas de oro. Todos los riachuelos, [131] que desembocan en el Challuma y Pucamayo, tienen oro en sus playas; en algunos puntos se hallan grandes Rebozaderos, que son lugares donde el terreno aurífero se halla cubierto con superviniente, tierra y piedras, que es preciso remover para hallar el codiciado metal.

Igualmente en los ríos Huaynatacoma y Machitacoma, que corren paralelos al Challuma, se hallan lavaderos de oro, en todos sus respectivos cursos; estos aún no han sido explotados.

Del Crucero a Sisicaya hay siete leguas, y cinco más a Coasa. En las inmediaciones de esta población hay lavaderos de oro en gran abundancia; sobre uno de ellos, conocido con el nombre de Matacaballo, existen las más extraordinarias tradiciones, respecto a su riqueza. Ese terreno de Matacaballo es muy movedizo, y la empresa que intente su laboreo, tendrá que comenzar con asegurarse contra los constantes derrumbes. En Coasa vivía un cura muy rico, el señor Garaycochea; su fortuna la debía en parte notable, al constante rescate de oro a doce pesos onza, tal era su abundancia. De Coasa a Esequiña, hay cuatro leguas, a Sachapata seis, a Sajuana seis, a Patarán cinco. Desde Patarán para abajo, el río Huari-huari es conocido con el nombre del Inambari, hasta que con su unión con otros, toma el nombre del Río Madre de Dios.

De Coasa a Upino hay 5 leguas, a Itisata 7, y a Ayapata como 5 más. Las quebradas de Ayapata tienen oro en todos sus ríos y riachuelos. De Ayapata a Esquilaya, hay 7 leguas, y como 10 a la unión del río Ayapata al Inambari.

El río conocido con el nombre de San Gabán, y cuya fama ha sido tan grande, es formado de varios ríos. Su principal ramal parece tener su origen en la gran cordillera de Vilcanota, que tiene una altura de más de 17500 pies. Otro ramal es formado por las [132] aguas que bajan de los altos de Corani, pueblo 9 leguas distantes de Macusani, distando éste 7 de Ajoyani y éste 7 del Crucero. Cerca de Ollachea, pueblo 7 leguas distante de

Corani, se reúnen esos ríos; el caudal de agua más abajo se agranda inmensamente con los riachuelos y ríos que bajan de las alturas que separan la quebrada de San Gabán, de los territorios de Marcapata, que ya pertenecen al departamento del Cuzco.

En Chia, pueblecito más abajo de Ollachea, y como 5 leguas distante, se hallan grandes ruinas de un pueblo, al parecer muy anterior a la conquista. Más abajo se halla el vallecito de Quitón-quitón, lugar famosísimo por una especie de ají que produce, sobremanera fragante y gustoso; sirve de especial objeto de obsequio en todo el departamento de Puno. Este ají es pequeño y delgado, de un color blanquizo, con tintes verde y amarillo, y parece hecho de cristal por su transparencia. He plantado semillas en Tacna, y no han tenido buen resultado.

No muy lejos de la embocadura del río de San Gabán, se halla situada la hacienda de San José de Bellavista, propia del señor don Agustín Aragón. Esta hacienda la ha formado el señor Aragón, a costa de inmensos gastos y no pequeños peligros, por su intermediación a los terrenos recorridos por los indios chunchos, que varias veces han salido de sus montañas pasando el río Inambari. Bellavista produce un café muy superior, por su gusto y especialmente por su gran fragancia, a todos los conocidos. Muestras han sido enviadas a París, donde los aficionados lo han declarado superior al Moka. La falta de brazos, pues los peones rehúsan trabajar en la hacienda por temor a los chunchos, no permiten al señor Aragón aumentar tan valioso producto.

Ya he dicho que la quebrada de Marcapata, departamento del Cuzco, colinda con la de San Gabán, [133] departamento de Puno; y ya que se ha traído a la memoria esa quebrada de Marcapata, anotaré que, como todas las quebradas al Este de la gran Cordillera, esa tiene lavaderos de oro, en toda la extensión de los innumerables riachuelos que forman su río; y que en el mismo territorio se halla situado el cerro de Camanti, famosísimo desde la conquista por la gran cantidad de oro que producía, hasta que los chunchos atacaron y destruyeron las labores. Creo que fue por el año de 1848, que un joven inglés de apellido Backhouse, vecino algún tiempo en Tacna, se dirigió a Marcapata con el doble objeto de explorar las minas y lavaderos de oro, y establecer una explotación de cascarilla. Llevó gran cantidad de bagatelas, propias, según informes, para el tráfico con los indios salvajes; y creo que por medio de un fraile Franciscano italiano, Bobo de Ravello, logró cierta introducción con el Curaca del lugar. Los regalos de Backhouse produjeron, al parecer, la buena amistad del Curaca; y Backhouse escribió a sus amigos detallando sus entusiastas esperanzas. Un día, y sin motivo alguno para ello, al salir Backhouse de su habitación, le lanzaron los chunchos repentinamente, tal cantidad de flechas, que el cuerpo ya cadáver quedó como parado, sostenido por las cañas de las flechas; tal fue el desgraciado fin de tan estimable amigo. El finado don Juan Sanz de Santo Domingo, trató de formar una compañía para explotar los veneros, vetas y lavaderos de oro del Camanti; y se suspendió esa organización, por consecuencia de su imprevista muerte. Lo primero que hay que organizar, es una fuerza competente, que ahuyente de ese riquísimo territorio a los indómitos chunchos; ellos no solo han destruido esos opulentos trabajos, sino han llevado la ruina y la devastación a más de cien haciendas, en un tiempo ricas y productivas de los valles de Paucartambo, etc. [134]

El señor don Agustín Aragón, ha hecho muchas e infructuosas diligencias para descubrir la antigua y afamada población de San Gabán, y el sitio de sus renombrados lavaderos de oro; según tradición, esos lavaderos eran de gran producción, y los trabajaban gran número de notables vecinos, cuando sobrevino la rebelión de Juan Santos, que se tituló Inca Atahualpa en 1742; y fueron los establecimientos tan completamente destruidos, y se ha perdido de tal manera todo documento de su referencia, que hoy es muy difícil, si no imposible, con próxima certeza, señalar la parte del territorio de Carabaya, donde se hallaban fundados. Vivo interés he tenido en reunir los documentos y noticias referentes a la rebelión de dicho Juan Santos: mis empeños han sido hasta ahora infructuosos. Sólo se sabe que en dicho año de 1742, el referido Juan Santos, indio educado por los Misioneros, en las misiones del Cerro de la Sal, cerca de Chanchamayo, y provincia de Tarma, se hizo proclamar Inca en el pueblo de Quisopongo, tomando el nombre de Inca Atahualpa; que su rebelión se extendió sobre casi todo el territorio que cuidaban los Misioneros, que aun fuera de ese territorio, como en Camanti y Carabaya, la indiada sublevada atacó y destruyó los establecimientos de los Españoles; y que después de algún tiempo desapareció el tal Inca, sin que se sepa cosa alguna sobre la fecha y punto en que murió. Últimamente el coronel don Francisco La-Rosa, con un fuerte destacamento de tropa de línea, logró penetrar a la montaña, y descubrir el cerro afamado de la Sal. En esas inmediaciones sorprendió una fragua de herrero, donde los chunchos elaboraban herramientas de fierro, restos de la civilización, que destruyó Juan Santos. En poder del señor Raimondi, he visto algunas herramientas fabricadas por los chunchos, y recogidas en esas montañas. De desear sería que algún compilador [135] pudiese recoger los documentos históricos referentes a tan desconocida revolución, y los publicase.

He hablado antes de los lavaderos de oro de Poto; en sus inmediaciones existe, hacia el interior de la Cordillera, las vetas auríferas de Ananea, rodeadas de constantes capas de hielo y nieve. Según aparece, Ananea es el punto más elevado donde han vivido seres humanos; su altura, se asegura, es de diez y ocho mil pies. El señor don Juan Santos Villamil, vecino de La Paz, me ha asegurado, que en ningún punto del globo, y en varios viajes por Rusia, Siberia, etc., ha experimentado un frío tan intenso como el de Ananea, cuando marchó allí a reconocer esas labores.

Cuatro leguas al Sur de Poto, y en las cabeceras de la gran pampa de Umabamba, de la cual me he ocupado al hablar de los indios Calaguayas, también hay lavaderos de oro, de más o menos riqueza, según su proximidad a la Serranía. Se llaman Suches.

En Chuquiaguillo, como dos leguas al Este de La Paz, Bolivia, hay un antiguo y renombrado lavadero perteneciente a la familia Sáenz. De este lavadero se ha sacado, poco después de la conquista, una pepita de oro de 62 libras de peso, y de figura de una quijada grande de caballo: fue remitida a España. Este lavadero, muy estudiado y reconocido por mí, por circunstancias especiales, es muy notable por los hechos siguientes: En este lavadero, el oro, como en todos los lavaderos casi que he conocido, se halla en tierra de aluvión, y en la parte donde el oro existe, ese aluvión se halla impregnado de un tinte color de orín de fierro; este terreno es el que allí se llama el venero. Los indios, desde antes de la conquista, han trabajado ese venero, y sus galerías o corridas se hallan actualmente con frecuencia en los frontones de las presentes labores; en algunas de esas galerías se han hallado cadáveres de indios, que al seguir [186] el venero para extraer el oro, han quedado

aplastados en las labores. Una acequia de agua se halla constantemente corriendo en esas labores subterráneas; agua que no se sabe aun de dónde viene, ni cómo ha sido conducida subterráneamente, a esos sitios. A pocas cuerdas arriba de las actuales labores, se halla una hoyada llamada la Lancha: sitio muy saturado de agua, y en cuyo fondo, a mi juicio, debe existir un gran depósito de oro, por ser el punto a donde han caído los rodados de la Serranía; muy alta, que domina ese local, y de donde ha rodado el oro. Formando casi bordo de la Lancha, se hallan varias vetas de cuarzo aurífero, que corren cerro arriba, y que, a mi juicio, son ramales de la Gran Veta Aurífera, que se halla embebida en ese cerro alto que domina las labores, y cuyas crestas se hallan destrozadas, o por los rayos eléctricos, o por la acción del clima, y cuyos enormes escombros han cubierto las faldas de esos cerros. Eu Chuquiagullo, pues, a mi juicio, los empresarios debían implantar las labores siguientes:

1.^a Buscar la base del terreno de La Lancha, secando las aguas que hoy lo empapan. 2.^a Correr un socavón a las vetas auríferas que se dirigen de La Lancha cerro arriba. 3.^a Hacer un reconocimiento científico de los cerros que dominan las labores, y buscar en dichos cerros, las vetas de las cuales se han desprendido los rodados, que han producido la tan inmensa cantidad de pepitas de oro, que por más de 300 años se han sacado de esas labores.

Al pie del Illimani, nevado el más estupendo por su mole, pero no por su altura, existente en el mundo, se hallan situadas las fincas de Cotaña, pertenecientes al finado señor Doctor don Pedro José Guerra; y Cevollullo, propiedad del señor Vicente Ballivian, mi apreciable amigo. En ambas fincas se han encontrado, en diversas ocasiones, rodados de oro [137] caídos del cerro Illimani, de 26200 pies de altura, después de alguna de esas violentas tempestades, que se desatan en esas altísimas cumbres. Esos rodados claramente demuestran la existencia de ricas vetas de oro en esas alturas.

En la provincia de Larecaja, Bolivia, se halla situado el Cerro Nevado, llamado Illampu, de 26900 pies de altura. De su inmensa mole se desprenden gran número de riachuelos, los que a cierta distancia forman el afamado río Tipuani; éste, unido al río Mapirí que descende de los altos de Charasani y Curba (pueblo de los Calaguayas) forma el río Cacas, éste se une enseguida al Beni, éste unido al Madidi, que tiene su origen al Este de Carabaya, y en la Quebrada de San Juan del Oro o Tambopata, sigue con el nombre de Beni, hasta que unido al Gran Río Mamoré, forma el río Madera, ramal inmenso del Amazonas. Los lavaderos de oro de Tipuani, son los más afamados de la América del Sur; de sus labores daré una descripción. El oro de Tipuani es todo de pepitas del tamaño de las semillas de melón; y es tan puro y de tan alta ley, que por él se da siempre el más grande precio en el comercio. De los cerros que corren del Illampu hacia el Illimani, y forman las alturas por las cuales se viaja de La Paz a los valles de Yungas, bajan varios ríos que forman el Tamampaya. Este río, en un punto llamado el Encuentro, se une al río Chuquiapo, que corre por la ciudad de La Paz, teniendo su origen en los altos de Achascala. Poco más abajo del Encuentro, se halla un río que viene del Norte, y se llama Cajones; en este río abundan los veneros de oro, y de él se han sacado no pequeñas cantidades de tan buscado metal.

He dado una descripción de los lavaderos de oro conocidos y visitados por mí. Ahora me contraeré a exponer los sistemas muy poco científicos por cierto, [138] que se emplean entre nosotros, para la elaboración de esos lavaderos.

El beneficio del oro se diferencia en varios sistemas, según se halle en vetas o lavaderos y veneros.

Para beneficiar el oro, cuando se halla en vetas cuarzosas, como en Umabamba o Capac Orco, es preciso, eu primer lugar, extraer el metal, empleando para ello mineros experimentados, buenos barreteros, que rompen el cuarzo o con pólvora o con barretas, si como en Capac Orco, el cuarzo se halla en gran parte rajado y roto. Extraído el cuarzo aurífero, es conducido a un sitio allanado llamado la Cancha, donde los chanqueadores separan con combas, de tamaño aparente, la parte que tiene oro de la que es pura roca o cuarzo.

El cuarzo con oro, enseguida es conducido al punto donde se hallan los Quimbaletes, o sean grandes martillos de fierro, que son movidos por medio de una rueda de agua o turbina, que reduce a polvo el cuarzo aurífero. Cernido el polvo éste, la parte que no ha pasado el tamiz, es sometida a una nueva molienda; la parte fina del polvo se amalgama con agua y una parte proporcionada de azogue, produciéndose la pella de oro, de más o menos tamaño, según la ley, es decir, la riqueza del cuarzo aurífero. La pella enseguida es sometida a la acción del fuego, para evaporizar el azogue que contiene. Parte de este azogue se pierde en la elaboración, pero alguna parte se recoge, y se emplea en nuevas amalgamaciones. En California se han introducido maquinarias y sistemas para beneficiar metales cuarzosos, tan ventajosamente, que con esas máquinas y sistemas, el cuarzo, botado por pobre en nuestros trabajos, produciría por sí solo notables fortunas. Nuestros desperdicios y desmontes serían metales preciosos, y de gran valor en California.

El sistema empleado para beneficiar los lavaderos [139] de oro en Carabaya, es igual, con cortas excepciones, al empleado en Tipuani y Cajones. Voy, pues, a dar una sola descripción, que podrá aplicarse a ambos puntos. Tanto en Carabaya como en Tipuani, los lavaderos de oro se hallan situados en quebradas profundas, que tienen ríos o riachuelos que corren por sus cauces, existiendo a los costados de esos ríos o riachuelos, playas más o menos anchas, según son anchas o angostas las quebradas. Los cerros que forman esas quebradas, se hallan cubiertos de abundante arboleda, la que se emplea con bastante provecho en las labores emprendidas. Examinada la localidad, y escogido el punto que se cree conveniente para establecer las labores, uno de los principales objetos es formar una muralla de palos y piedras para contener cualesquiera creciente, más o menos fuerte, del río, que pudiera amenazar las labores emprendidas; formado el tajamar, se dedican los peones a sacar y conducir a un punto apartado, y siempre más abajo de las labores, la tierra, cascajo y piedras que cubren el terreno; y este trabajo se sigue hasta encontrar la roca que forma el fondo de la quebrada. Como el río o riachuelo que corre por la quebrada, al fin llega a quedar a un nivel superior a las labores, las aguas filtran sobre éstas, y entonces cierto número de peones son destacados para sacar esas aguas con baldes, y arrojarlas al cauce, río abajo.

En Tipuani, con ventajosos resultados se han empleado con este objeto bombas. Fortuna positiva es para el especulador, el tener un número tan notable de peones, que pueda dar gran impulso a sus trabajos, y encontrar cuanto antes el venero, fácilmente conocido por el terreno color de orín de fierro, que es con el que siempre se halla envuelto el oro. Los mineros aseguran que es siempre conveniente entablar sus trabajos en algún punto donde el terreno forme codo, porque aseguran que el oro, al ser arrastrado [140] por la corriente de agua, se va a fondo, y queda depositado, cuando la fuerza de la corriente es detenida o algo neutralizada por ese codo del terreno. También gran fortuna es el que durante los trabajos no haya creciente en el río, o que ellas no sean tan violentas que destruyan el tajamar, invadan las labores y llenen de tierra y cascajo nuevamente las excavaciones ya verificadas con tanto costo, y tantos días de constantes trabajos.

He conocido al señor don Ildefonso Villamil, vecino muy respetable de La Paz, que en un año y en un trabajo de Tipuani, logró sacar hasta ochocientas libras de oro en pepitas, todas, como he dicho, del tamaño y color de las de melón. En otros años, cuando ya tocaba el fin de sus labores, violentas crecientes del río, en pocas horas destruyeron su tajamar, rellenaron sus excavaciones y arruinaron sus esperanzas. Otros mineros como él, han tenido inmensos provechos, y también han sufrido grandes quebrantamientos.

Repito que en Carabaya se empleaba el mismo sistema; pero allí los peligros de violentas inundaciones eran mucho menores, por ser los ríos y riachuelos menos abundantes en aguas; y ser las labores en mucha menor escala y mucha menos profundidad.

Los indios, en las playas de varios ríos de Carabaya, y, en especial, en las del Huari-huari, que son más anchas, forman Tocellas. Estos empedrados los extienden desde la orilla del río para arriba, poniendo las piedras paradas, y buscando para ello las más largas y puntiagudas. En las crecientes de los ríos, la corriente arrastra algunas pepitas de oro en su cauce, y lleva también gran cantidad de oro muy pulverizado en sus aguas. Al pasar las aguas sobre los empedrados, el oro por su peso específico se queda depositado entre las piedras y la tierra, y lo lavan, empleando para ello unas bateas, hechas de madera [141] o arcilla requemada, de la figura de un plato, y del diámetro de diez a quince pulgadas. La tierra es echada en cierta cantidad en la batea, ésta se hunde en la corriente de un riachuelo, y con un movimiento rápido de los brazos, el agua va separando y llevándose la tierra, quedando al fin en el centro de la batea, el oro y una arenilla negra, aquella que nuestros abuelos usaban para echar sobre la tinta cuando escribían, y antes de la introducción del útil papel de estraza. Algunos mestizos que también se ocupan de esa clase de trabajos, emplean el azogue para recoger el oro de esas tierras.

En los trabajos como Poto, Aporoma y Chuquiaguillo, para elaborar los veneros, se emplea la cocha. Está en un estanque de agua, formado a cierta distancia de la labor, y en un punto muy superior al nivel de ella.

Esta cocha es una especie de estanque con sus correspondientes compuertas, y cuando está llena de agua se abren las compuertas, y el agua es conducida por una conveniente acequia sobre el terreno que se va a elaborar. La fuerza de la corriente de agua destruye y envuelve el terreno, llevándose la tierra movable, y dejando las grandes piedras, y el oro queda también allí, por su peso específico. Concluida la cocha, es decir, la corriente de

agua, los peones con grandes barretas y palancas conducen las piedras grandes al un punto conveniente, formando con ellas murallas en cuyo centro depositan las piedras más chicas y tierra gredosa: la tierra fina, en la cual se halla envuelto el oro, es separada a un lado para lavarse enseguida. En Chuquiaguillo la tierra sacada en un día, se lava en cada tarde por ser abundante la que se explota diariamente; en Carabaya, la tierra se reúne por dos o más días, hasta reunir una cantidad proporcionada a un lavado.

En California, donde los trabajos son muy en grande, [142] y donde no se encuentra el agua suficiente en algunos trabajos, ha sido preciso conducir el agua por medio de canales de gran distancia; hay canal allí que tiene 17 millas o sean 6 leguas de corrida: esta clase de trabajos son desconocidos entre nosotros.

En la mayor parte de los trabajos de Challuma, y puede decirse, de toda Carabaya, los tajamares son muy cortos; tendrá el más largo veinte o treinta varas. Las acequias de agua de las Mercedes (río Pucumayo) y Alta Gracia (río Challuma), no tendrían ni 100 varas de largo. Un trabajo en forma en la quebrada de Challuma, que comenzase por la parte donde el río Challuma se vine al Huari-huari, y siguiere (como se hace en California) río arriba, lavando el terreno hasta encontrar la roca, base de la quebrada, produciría asombrosos resultados. Los trabajos nuestros en Carabaya, han sido superficiales; hemos raspado con nuestros almocafres (especie de hoz hecha de fierro) los álveos de los ríos; no hemos hecho un solo trabajo científico o algo costoso; hemos querido trabajar como holgazanes, contentándonos con lo que hemos encontrado a la mano, y nada más.

En Tipuani, separada la carga de tierra, piedras y cascajo, al fin se halla el venero: éste es cuidadosamente escogido y separado, y la tierra, es lavada con escurpulosidad en bateas, y a la vista de los dueños de la labor. En Chuquia o Yuillo, la tierra venero es lavada en la forma siguiente: se hace un cajón con tres costados, como de cuatro varas de largo, de ancho como una tercia de varal y de alto, como un pie. Este cajón en su cabecera está más alto que su pie, por una diferencia de cuatro pulgadas, dando lugar a que el agua, que entra por la cabecera, corra con alguna rapidez hacia el pie; el fondo del cajón tiene atravesañes de madera, a cortas distancias. En la cabecera del cajón se forma un enrejado que se halla [143] cubierto con lana (en Chuquiaguillo) y raíces de helecho (en Carabaya y Cajones). Este enrejado forma el fondo de un cajón, como de media vara cuadrada, con un costado abierto al canal de madera ya indicado. Este aparato se arma en un punto inmediato a una corriente de agua, y ésta, por un conveniente canal es conducida al cajón con el enrejado. Los peones traen la tierra venero en bateas (cuya descripción ya he hecho) al cajón enrejado, y la sueltan encima del enrejado; un peón experimentado, con ambas manos mueve la tierra rápidamente, la que es conducida por el agua al cajón largo, quedando atrapado en la lana (o raíces de helecho) el oro que contiene la tierra. Si algún oro pasa al cajón es detenido por los atravesañes que he indicado. Como el oro de Carabaya, Chuquiaguillo y Cajones, es de pepitaje algo grande, con frecuencia se suspende el lavado, se separan las pepitas grandes, y se sigue el trabajo. Concluida de lavar toda la tierra preparada, se desarma el cajón y se recoge el oro detenido en la lana (o raíces de helecho), y en los atravesañes del cajón. Y ya que he traído a la memoria las plantas llamadas helechos, no será demás indicar, que el helecho en Carabaya es una planta muy distinta a la que se conoce en los jardines de Lima, y sirve de adorno en macetas y canastas colgantes. En Carabaya y en las quebradas de Pucamayo y Challuma, he visto helechos, que son

verdaderamente arbustos, de cuatro varas de altura, dos pulgadas de diámetro en sus troncos, y con hojas (allí ramas) de vara y media de largo. Los indios hacen en un punto inmediato a la raíz, una incisión, o inmediatamente sale una sustancia gomosa, parecida al almidón bien hervido, y esta sustancia sirve muy eficazmente para cicatrizar heridas, etc. Este helecho es conocido allí con el nombre de Sanosano.

Con mucha razón me preguntarán mis lectores, [144] por qué existiendo tanta riqueza, tanto oro en los territorios que he indicado, esas labores han sido casi abandonadas. Voy a explicar las razones por las cuales, a mi juicio, han sido paralizadas esas labores.

La primera, y creo la más importante, es el estado de los caminos. En 1851, una chalona (carnero salado y helado) costaba en las haciendas de Azángaro cuatro reales, en Capacorco valía tres pesos, y así los demás víveres. El precio tan alto en la montaña, de los víveres, causaba necesariamente alza exorbitante en el jornal. Agrégase a esa alta escala de precios, la destrucción de víveres por el constante estado de humedad del clima, y se comprenderán los grandes quebrantos, y aun ruinas, que experimentaban los proveedores de víveres.

La dificultad y aun imposibilidad de introducir maquinarias, o herramientas aparentes para labores en gran escala, a causa de que casi todo el transporte es preciso verificarlo a hombros de peones, cuyos jornales necesariamente aumentan exorbitantemente el valor de los productos de la explotación. La falta constante de brazos, causada por la desidia de los indios, su ningún apego al trabajo, su ningún deseo de mejorar de situación, su carencia de estímulos para ganar. A pesar de que, en tiempo de mi permanencia en Azángaro, esa provincia, según la Revista y censo formado por mí, tenía como 60000 habitantes, la señora Rivero de Velazco, dueño de los lavaderos de oro de Poto, situados en la provincia, se veía cada año obligada a mandar comisionados a los pueblos de Larecaja y Omasuyos (Bolivia) a contratar peones, porque la indiada de Azángaro, con sus cortas chacras y ganados, tenían lo suficiente para cubrir sus escasas necesidades y comprar el suficiente aguardiente para sus fiestas; y se negaban por completo el ir a los trabajos de esos lavaderos, donde [145] es fuerte el frío, sin duda, pero donde podían ganar pingües jornales.

Los indios, peones de Carabaya, también se negaban a esos trabajos, porque ellos mismos, con corta aplicación, podían trabajar los ríos de sus propias quebradas, y conseguir valores superiores a los jornales ofrecidos por los mineros. Y si, en 1851, en que aun existía el tributo, carga fuerte, a su juicio, eran tan decididos y abandonados, ¿cómo se hallarán ahora que no tienen la vara de la autoridad de sus ilacatas (cobradores de tributos) sobre ellos? consecuencia forzosa, que ninguno quiere ser peón de un trabajo de esa especie. Si la supresión del tributo fue, según algunos, una medida de alta justicia, ella, sin duda, no ha producido aún ningún beneficio a la raza indígena; pues ni los ha civilizado, ni los ha hecho buscar los medios de adelantar en su bienestar; ni de indios tributarios los ha convertido en ciudadanos laboriosos e industriales. En una serie de artículos, que un Subprefecto publicó en el Correo del Perú en 1850 y 1851, se hacían patentes los graves inconvenientes, que para el bienestar, civilización y progreso de la indiada, producían su carácter especial, su apego a sus añejas costumbres, su ningún deseo de cambiar su modo de ser y su fatal embrutecimiento.

En las orillas del Titicaca viven los indios urus; son una raza tan especial, que he escrito una memoria sobre ellos, memoria que algún día publicaré.

En las montañas esas, no he conocido otra enfermedad que la llamada chiquimachi, la que exclusivamente ataca a los indígenas. El que se halla atacado de esta enfermedad sólo desea estar echado; pierde el color y mortal palidez cubre su rostro; se le hincha primeramente el vientre, después las piernas y brazos; siente constantes calofríos y pierde por completo el apetito. Un enfermo no tiene larga agonía: ocho o [146] diez días son suficientes para acabar una constitución sana. En Palca, en una salida de la montaña, encontré a un indígena joven, como de veinticinco años, tendido delante de una gran fogata, y gravemente enfermo del chiquimachi. Al día siguiente me empeñé en sacarlo conmigo a la cordillera, único remedio para su gravísimo mal; se negó obstinadamente, y conociendo yo que si lo dejaba en ese punto se moriría muy pronto, me resolví a emplear con él los remedios recetados por don Primitivo Callejas, y le hice aplicar ese medicamento con tanta eficacia y en tan repetidas ocasiones, cuantas se arrojaba a tierra en la marcha, negándose a andar; al fin logré llegase conmigo sano al Crucero; teniendo yo la satisfacción de comunicar la receta a mis lectores para la cura efficacísima del chiquimachi, y de muchísimos otros males, que experimenta la humanidad en nuestra tierra.

Los mineros de oro para conseguir peones, tenían que dar grandes gratificaciones a los gobernadores de los distritos de Carabaya y de Azángaro, quienes contrataban a la gente.

Quiero poner un ejemplo. El minero necesitaba cien peones contando con las acostumbradas pérdidas en tales casos, contrataba con los gobernadores por ciento cincuenta; feliz era el minero si llegaban a sus labores ochenta. Desde el primer día de la llegada de los peones, algunos se fingían enfermos, otros estropeados, inventando varios pretextos para no trabajar; resultado: entraban al trabajo cincuenta, o sea la tercera parte de la gente que el minero contrató, o sea la mitad de la que realmente le era precisa y necesaria. Aquí no quedaban sus angustias y trabajos. Formaba su trazo, arreglaba su tajamar y labor, daba al fin con la tierra venero de oro: amontonaba el producto de sus labores, iba a lavar la tierra, a percibir el fruto de sus afanes y trabajos, al día siguiente iba quizás a ser rico, etc. Amanecía el día -ni [147] un peón en la labor- todos, aprovechando la noche, se habían fugado, algunos llevándose las herramientas: he aquí un hecho que ha tenido lugar varias veces en esas labores, dejando arruinado al empresario.

Las guerras civiles que han repercutido aún en esas lejanas comarcas, ahuyentando a los peones, causan la imposibilidad de conducir herramientas y víveres a esas comarcas.

No sólo hay en Carabaya minas y lavaderos de oro; también hay poderosas vetas de metales de plata. Entre Ayapata y Corani, se hallan las renombradas minas de Uccuntaya. Esta mina, según tradición, era asombrosamente rica en metales; y un fuerte temblor derrumbó sus labores, consecuencia de no dejar en pie los puentes que las ordenanzas forzosamente prescriben. Como los metales eran tan ricos, las labores se hacían sin dejar esos convenientes apoyos para la cumbre de ella.

Fenómeno muy curioso es la existencia en esas comarcas de los temblores. En Setiembre 5 del año de 1864, se experimentó en Carabaya una especie de terremoto, que

causó graves daños y vastos derrumbes de las alturas, casi siempre empapadas en agua. En todas esas cordilleras no existe volcán alguno en actividad, ni hay tradición que haya existido. Yo soy quizás el único que, como ya he expuesto, he podido distinguir a gran distancia, al Este del alto de Ucos, en 18515 un elevado cerro cónico, con nieve en la cúspide y con todos los caracteres de un volcán. Quizás de la existencia de éste hayan provenido los temblores que han derrumbado Uccuntaya, y causado tantos estragos en Setiembre de 1864. Un futuro viajero quizás podrá dar más apuntes sobre la existencia de tales volcanes.

Estas son, a mi juicio, algunas de las poderosas razones que han, por ahora, causado el atraso o suspensión de esas tan productivas labores. [148]

Cascarilla y cascarilleros

Don Luis Jerónimo Fernández Cabrera, Bobadilla, Cerda y Mendoza, cuarto conde de Chinchón, salió de Cádiz en Agosto 14 de 1628, y vino a Panamá, nombrado Vicerrey del Perú, etc. Dicho caballero de los tantos apellidos, pasó de Panamá a Payta, y se embarcó en este último puerto para el Callao, mandando por tierra a su esposa la señora doña Francisca Enríquez de Rivera, hija del duque de Alcalá. Este Virrey será siempre más recordado, por haberse dado su nombre a la Cascarilla, que por sus demás servicios y hechos, buenos o malos. Se encargó del mando en Enero 14 de 1629, y gobernó hasta Diciembre 18 de 1638, o sean cerca de diez años.

Refiere la tradición, que habiéndose enfermado gravemente la virreina con tercianas malignas, una india sirviente suya, secretamente le suministró los polvos de la cascarilla - que sorprendida la india, se trató de quemarla, por haber, según se creía, envenenado a la virreina; pero que hallándose ya en el cadalso, se le salvó la vida, verificándose la maravillosa curación de la enferma, y resultando el descubrimiento, el único quizás efectivo, cuando es legítimo, [149] del específico contra las fiebres malignas. De esta historia, verdadera o novelesca, resultó el que el célebre botánico Linneo, nombrase a la cascarilla Chinchona, y formase de sus clases una familia especial. Otros aseguran, que un indio de Loja, muy afecto al corregidor de ese partido, don Juan López Cañizares, participó a éste los benéficos resultados de la aplicación de cierta corteza de árbol, para curar las fiebres perniciosas; que López Cañizares comunicó el secreto a los Jesuitas, entusiastas y sabios Misioneros de esas comarcas; que estos lo comunicaron a Europa, donde ha sido muy conocida la corteza con el nombre Jesuits Bark, por muchos años. Sea como fuere la verdad, parece indudable que desde 1630 se conocían en Lima, como eficaz antídoto para las tercianas y demás fiebres, los polvos de la cascarilla traídos entonces de Loja. Del Perú se remitieron a Europa pequeñas cantidades de cascarilla; y en Roma, el Cardenal Lugo, (quien los recibió de los Jesuitas), por medio de su médico Sebastián Baldo, hizo usar y extender la fama del específico. A pesar de la fuerte oposición que varios médicos y otros hicieron al uso de la cascarilla, los maravillosos y benéficos resultados que su aplicación producía, fueron venciendo, poco a poco, las resistencias que se levantaban, muchas veces por interesados Sangrados. En 1671, Luis XIV, Rey de Francia, compró al médico inglés

Talbot, el secreto de las frecuentes y maravillosas curaciones de fiebres que verificaba en París; ese secreto no era otra cosa que la conveniente aplicación de los polvos de Jesuits Bark, o sea la cascarilla peruana. Luis XIV cuidó de hacer conocer al público el específico. [150]

Solamente en 1738, o sean cien años después de la curación de la virreina de Chinchón en Lima, se vino a publicar por La Condamine, la descripción exacta del árbol de la cascarilla. La Condamine había sido mandado en 1735 con Godin, Bouguer y Jussien, a Quito, por el gobierno francés, para medir el arco del Meridiano y determinar la configuración exacta de la tierra.

El Rey de España Carlos III, en 1778, mandó a los naturalistas Hipólito Luiz y José Pavón; y el Rey de Francia, a Dombey, a examinar, recoger y especificar los árboles y plantas de sus vastos dominios en la América. Estos naturalistas publicaron en 1794, la famosísima obra que lleva su nombre. En dicha obra no se hace mención de la Chinchona Calisaya, porque, según entiendo, aun no era conocida. En 1788 regresaron a España estos comisionados, quienes en 1794, como he dicho, publicaron el Prodomus, y en 1798 comenzaron a publicar la Flora Peruviana et Chilensis, que se concluyó en 3 volúmenes, y que ha existido en nuestra Biblioteca, como un monumento de una labor, que tanto honra a sus autores; los grabados de ella son magníficos.

En 1790 Carlos III mandó otra expedición científica a las costas de Chile y del Perú, a bordo de la [151] corbeta Descubierta, y a órdenes de Malaspina. A bordo vino como naturalista don Teodoro Haenke, natural de Bohemia; era un hombre completamente consagrado a las ciencias. En 1792, Haenke regresó a España, de donde hizo nuevo viaje a Chile y al Perú en 1794, y desde esta fecha hasta el año de 1817, en que falleció en Cochabamba, se dedicó con asombroso entusiasmo a reconocer y recorrer todas las montañas, ríos, etc., de esta parte del Continente, y, en especial, del Alto Perú, hoy Bolivia. Pérdida muy grande han sufrido las ciencias al perderse, en Cochabamba, todos sus manuscritos, como consecuencia de la guerra de la Independencia. Haenke fue, según creo, el primero que dio a conocer con todos sus especiales caracteres y ventajosas aplicaciones, la cascarilla calisaya, originaria, según se creía, solamente en el territorio de Bolivia, y que hoy se sabe se encuentra también en el Perú, y en la parte de las montañas de Carabaya.

En 1846 vino al Perú el naturalista Weddel, inglés de nacimiento, pero desde joven educado en París. Weddel era comisionado por el Museo de Historia Natural de París, para hacer un estudio especial de la chinchona. Tuve el honor, para mí muy grande, de conocer al señor Weddel, y de darle cabalmente las muestras de la verdadera chinchona officinalis, que han sido grabadas en su obra sobre cascarillas. Weddel penetró a las montañas de Tambopata (San Juan del Oro) en ese mismo año, y también pasó a Bolivia.

A su regreso casó en Arequipa con la señorita Bolognesi, hermana de aquel honrado e ínclito Jefe, que quemó su último cartucho, en Arica, en Junio 5 de 1880. ¡¡Ardientes lágrimas se agolpan a mis ojos, al recordar la prematura muerte de mi amigo el coronel don Francisco Bolognesi, y la actual degradación de mi Patria!! [152]

En 1852, Weddel volvió al Perú y Bolivia, a seguir sus científicos estudios, y ha publicado sobre cascarillas la obra más completa que yo conozco sobre el particular, adornada con grabados de primera clase. En nuestra Biblioteca existía un ejemplar, obsequio grato de su autor; tan importante obra se ha perdido ya.

En 1860 el señor don Clemente Markham, inglés, vino a Lima, y de aquí pasó a Carabaya y Bolivia, comisionado por el sabio y previsor Gobierno de la Gran Bretaña, para conseguir semilla de la cascarilla calisaya, y conducirla a la Isla de Ceylán, y a las montañas Himalayas, y propagar allí sembríos de tan utilísima planta. El señor Markham, con la constancia de un inglés, y con los abundantes fondos que se le proporcionaron, logró por completo el objeto de su comisión; estudió la clase de terrenos que eran más convenientes para la plantificación y cultivo de esos árboles; en persona se dirigió al Ceylán e Himalaya, y ayudado de hábiles botánicos e inteligentes horticultores, formó grandes sembríos de cascarilla calisa, ya, que producen en notables cantidades, cada año más abundantes, las quinas y quininas, tan necesitadas en el Hindostan, y demás colonias inglesas, como igualmente en la Gran Bretraña, para la curación de fiebres.

Con motivo de las publicaciones hechas en Inglaterra sobre los resultados tan favorables del sembrío de cascarilla, y de su conveniente cultivo, varios inteligentes especuladores, han establecido en Bolivia chacras de cascarilla, formando sementeras en gran escala; buscando las mejores semillas de la calisaya legítima, y estableciendo el sistema adoptado para su cultivo en la India. Un señor alemán, don Oton Richter, ha formado una gran Hacienda de cascarilla en Yaní, quebrada por la cual baja uno de los muchos ríos que se desprenden de las grandes alturas del [153] Illampu en el departamento de La Paz, y provincia de Larecaja, (Bolivia). Y no se ha contentado con formar esa hacienda, sino que a su costa, ha abierto un ancho camino de herradura, que le permite el libre tráfico a los valles de Yaní, y facilita en algo también la entrada a los lavaderos de oro de Tipuani, etc.

En la misma provincia de Larecaja existe un valle llamado Zongo, en el cual la familia del finado señor don Manuel Ballivian, tenía grandes posesiones. En ese valle existían no pequeñas cantidades de árboles de la cascarilla, que han sido cortados y explotados: los propietarios señores Ballivianes, y otros, han tratado de formar, en esos puntos, nuevos sembríos, y hoy día hay bien fundadas esperanzas de que no se agotará, como era de temerse, la producción en Bolivia de tan importante artículo de exportación.

Haenke, según informes, fue el primero que hizo conocer las especiales cualidades febrífugas de la calisaya, existente en ese entonces (principios de este siglo) en las montañas de Apolobamba, departamento de Caupolicán, en Bolivia, en abundantes cantidades. A consecuencia de la guerra de la Independencia, y los trastornos sobrevinientes hasta la exaltación al mando supremo de Bolivia, del General don Andrés Santa Cruz, la exportación de cascarilla de Bolivia fue limitada; sólo en 1831 se estableció la gran compañía exportadora de cascarillas, bajo la inmediata dirección del señor don Francisco Heros. En años posteriores, y cuando subió al mando [154] el General don José Ballivian, se formó una nueva Compañía que dirigían en La Paz, los señores don Pedro Portal y don Jorge Tezanos Pinto; compañía que fue favorecida por muy notables utilidades.

La mayor parte de los numerosos valles que existen al lado Este de la gran cadena de los Andes, que se extienden desde los altos de Vilcanota y Coololo al Illampu o Illimani, y que corre al Sur hasta perderse en los llanos al Sur de Cochabamba y Potosí, se hallan favorecidos con abundantes manchas de cascarilla calisaya. En lenguaje local, una mancha, de cascarilla, significa la agrupación de veinte o más árboles de cascarilla; y el hallazgo de una mancha es una verdadera riqueza para los cascarilleros.

Saliendo de nuestro pueblo de Cojata, hacia el Este, a las 12 leguas se halla el pueblo de Pelechucos, antes departamento de La Paz y provincia de Caupolicán. Para llegar a Pelechucos hay necesidad de pasar por el pie del gran nevado llamado Coololo, el que se deja a la derecha, y tiene una altura de 17900 pies. Este pueblo de Pelechucos tiene la particularidad de que por sus calles y chacras corren abundantes y cristalinas acequias de agua, algunas de gran anchura, y sobre las calles sirven de puentes, grandes trozos o lozas de pizarra. Pelechucos se halla situado [155] sobre un ramal del río Tuiche-ramal, a la vez, del Cacas-ramal, a la vez, del Bení. Otro ramal del Cacas es el río Mapirí, a cuyas orillas se produce un cacao tan afamado como el de Paucartambo (Cuzco). Un ramal del Mapirí es el río Apolobamba, que corre por la población de ese nombre. El vasto territorio que se extiende entre los ríos Mapirí y Tuiche, ha sido el campo feraz y productivo de miles de quintales de cascarilla calisaya, exportada de Bolivia, durante cincuenta años; siendo Apolobamba y Eten, población no muy lejana, los centros de la exportación indicada. Al Norte se ha extendido el corte a los ríos Tequexe y Madidi; pero las dificultades de la extracción, han retardado algo el beneficio. El Madidi es el mismo río que en Carabaya es conocido con el nombre de San Juan del Oro, y, a veces, con el de Tambopata. Este río tiene su origen en el territorio del Perú, y en la cordillera que separa la quebrada de Saqui (Perú) de la de Puina (Bolivia); corre como cincuenta a sesenta leguas hacia el Norte, y luego hace una vuelta hacia la derecha, y aumentando con varios riachuelos, se forma el Madidi ya indicado.

En las quebradas de dicho río de Tambopata, se hallan establecidos los cortes de cascarilla calisaya del Perú, y se han extraído no pequeñas cantidades de esa corteza. En 1846 llegó Weddel hasta el Yanamayo (Río Negro), que es un ramal de Tambopata, y en su gran obra existe un grabado, que da una idea cabal de la arbolada, etc., de esa localidad. A ese mismo punto llegó en 1860, Markham, cuando, como he indicado, marchó a recoger la semilla de la cascarilla para conducirla a la India. De diferentes partes del Perú, he visto cortezas consideradas como cascarilla: de ellas me ocuparé después, pero la única cascarilla calisaya verdadera, que yo he visto, es la extraída de Carabaya, y de las quebradas de San Juan [156] del Oro, o sea, Tambopata. Del Cuzco y de un punto de ese departamento, llamado Cajamarquilla, he visto cortezas muy parecidas a la legítima cascarilla, pero le faltaba lo esencial, cual era la sal quina, que hace el verdadero valor de la calisaya.

Las cascarillas de Loja (Ecuador), y de Cartagena (Nueva Granada), que yo he examinado, son inferiores a la calisaya, como lo demuestra la gran diferencia de precio en los mercados de Europa y Estados Unidos. De Cartagena he visto muestras parecidísimas a la calisaya, pero, según entiendo, tienen menor cantidad de quina, y se diferencian de la calisaya, además, en no tener espinas -de estas espinas me ocuparé después, por ser una cualidad especial de la cascarilla calisaya, y que facilita su reconocimiento.

Últimamente se ha extendido en Bolivia el corte de la cascarilla, a los valles al Norte de Apolobamba, a los de Yungas y a los de Cochabamba. He conocido a un señor Rada, que estableció esa industria en Cavinás, y aún mas al Norte; las cascarillas que logró reunir, las embarcó en el Beni, y después en el Madera, y las condujo así al Amazonas y ciudad del Pará. Según me dijo el señor Rada en ésta, de vuelta de su viaje del Pará a Europa, la expedición le fue muy favorable. Cavinás es una Misión de los Padres Franciscanos, situada a inmediaciones de la embocadura del Madidi en el Beni. Los indios de la comarca son altos y muy bien formados; he visto a varios de ellos en 1859, en el convento de San Francisco, de La Paz, donde me los presentaron los Padres Sáenz y Comas. Cavinás tiene gran nombradía en La Paz, por el excelente cacao que produce. Todas las cascarillas, falsas o verdaderas, pertenecen, como el café, a la familia que, los botánicos llaman Rubiáceas, y a la tribu o división Chinconeas. Estas cascarillas son consideradas falsas o verdaderas, porque [157] las llamadas falsas no tienen ninguno de los alcaloides que deben tener las cortezas, que producen las curas de las fiebres paludinas y periódicas. Entre las cascarillas que se consideran falsas, las más notables son la cascarilla blanca y la ovalifolia, clasificadas por el naturalista Mutis: la cascarilla llamada noval por Mutis; varias de las especies clasificadas por Guibourt, procedentes de Loja; las cascarillas exportadas del Cuzco, y antes de Carabaya, que producen una sustancia especial, a la que los químicos han puesto el nombre de Aricina, por haber sido esas cascarillas exportadas por el puerto de Arica: las cascarillas varias exportadas de las montañas de Huamalies, Chanchamayo y Huánaco, etc. Las cascarillas verdaderas, que a la vez contienen las sales conocidas con los nombres de Quinina y Chincoñina, tienen, en más o menos cantidad, esas sales, y, por consiguiente, el antídoto verdadero y eficaz para todas las fiebres paludinas. Estas cascarillas se consiguen en Bolivia y en la provincia de Carabaya, del Perú, de árboles hasta de veinticinco pies de altura, y de dos a tres pies de diámetro en el tronco. No sé que clase de árboles son los que producen en Cartagena y Loja, cascarillas, que también contienen Quinina y Chinconina; pero creo que serán, poco más o menos, iguales a los que he indicado, en cuanto a su altura y grosor. Como mi objeto es hacer un estudio, solamente, de la cascarilla calisaya nuestra, y del sistema que se emplea para conseguirla y beneficiarla, me contraeré, a solo la explotación de la verdadera cascarilla calisaya, tal como la he visto en las montañas donde se produce; y de los sistemas empleados para conseguirla, y prepararla para su exportación.

Nuestro hábil y entusiasta naturalista Raimondi, describe así la cascarilla calisaya: «La familia de las Rubiáceas, comprende vegetales herbáceos, arbustos [158] y árboles elevados; sus hojas son opuestas, o verticaladas, y provistas de extípulos interpeciolares, sus flores auxiliares o casi terminales, tienen el cáliz soldado con el ovario, y la corola monopétala, regular, isostenión, de cuatro a cinco divisiones. El ovario es inferior, presenta dos, cuatro, cinco o más celdillas, y sostiene un estilo simple, rematado por un estigma de tantos lóbulos, cuantas son las celdillas del ovario. El fruto es muy variado, puede ser una baya, una cápsula, o una drupa de semillas solitarias o numerosas, provistas de un albumen cárneo o carnoso. Trousseau y Pidoux describen así a la cascarilla calisaya: «Cáliz adherente, limbo de cinco dientes, corola monopétala, infundibuliforme, de cinco divisiones, tubo cilíndrico y anguloso, cinco estambres insulsos en lo interior del tubo, ceja oval, prolongada, coronada por los dientes del cáliz, bilocular y bivalva; celdas que contienen muchas simientes membranosas en sus orillas. Árboles grandes con tallo leñoso, de hojas y ramas opuestas, y flores dispuestas en panojas tirsiformes». Las flores que yo he

visto de la calisaya, son blancas, de poca y especial fragancia, y son dispuestas en figura de corimbo.

La cascarilla calisaya se presenta en el comercio bajo dos clases: calisaya tabla y canuto. La tabla se presenta en tablas de corteza, cuya longitud varía desde quince a veinte pulgadas, ancho dos o tres, del grueso de dos a cinco líneas: estas últimas, es decir, las más gruesas, son, por lo general, producto de árboles añejos. El canuto es el producto de las ramas delgadas; y a esta cascarilla no se quita la corteza exterior, como a la tabla. La cascarilla calisaya tiene un gusto muy amargo y astringente; su color interior es amarillo anaranjado, con tinte rojo, la tabla quebrada se parte por igual, sin que la fractura deje puntas. Puesta la tabla en la parte interior, contra los rayos del sol, indica puntos relumbrantes: [159] pasada la mano por esa superficie, penetran en el epidermis cantidad de espinitas, que se desprenden fácilmente de la corteza; especialidad que no tiene ninguna otra cascarilla conocida por mí. La cascarilla tabla calisaya, en la parte exterior de la primera corteza, es decir, la adherida al tronco, que es la que se exporta, tiene hendiduras en figura de pequeñas conchas; el centro de estas conchas es de color rojo subido, con tinte café, los bordes de las hendiduras o conchas son de un color morado con tinte de sangre de toro -de allí su nombre calisaya o culisalla, que significa morado. La cascarilla calisaya tiene dos cortezas: una interior, la pegada al tronco, que es la que se aprovecha y forma la cascarilla tabla de exportación, y otra, la corteza, exterior o epidermis, que es de un color gris, se halla cubierta con más o menos cantidad de líquenes parásitos, y que se bota cuando se beneficia el árbol, según lo explicaré después, cuando trate de ese punto.

La cascarilla calisaya es la que da mayor cantidad de quinina, que es el verdadero remedio contra las fiebres; y debe producir de 3 y 4 por ciento de quinina, es decir, que cien libras de cascarilla calisaya legítima deben producir de tres a cuatro libras de quinina pura y comercial. Sólo se beneficia la cascarilla tabla para la producción de quinina, la cascarilla calisaya canuto, generalmente se emplea como cortante, dándose bien pulverizada, como bebida o en infusión.

El individuo o sociedad que pretenda establecer la industria del corte de cascarilla, si no conoce el sistema, tiene forzosamente que buscar un capataz o administrador que haya ya entrado a la montaña; sea baqueano, es decir, esté acostumbrado a esa clase de labores, y pueda manejar la gente o peonada, que se va a poner a sus órdenes. En Charasani o Pelechucos, se hallan, a mi juicio, los mejores baqueanos [160] para esta industria. En Sandia, Sina o Quiaca, también los hay, pero recomiendo con preferencia los primeros. Ese baqueano administrador tiene sus subordinados de dos o tres sotas, según el número de peones cortadores o apiris, que son los peones cargadores. Los apiris o peones cargadores, se dividen en dos partidos: unos, que son los que cargan la cascarilla cortada, desde el punto que se ha hecho el corte, al depósito central; y los apiris que introducen los víveres, según sean las necesidades. El depósito central es algún punto a distancia del corte, hasta el cual pueden entrar llamas o burros (¡allí llamados vizcaínos! sin duda, por lo condescendiente de su carácter) a sacar la cascarilla a la población, donde se halle establecido el almacén grande, que recibe toda la cascarilla cortada, la empaca y la exporta a la costa; y que, a la vez, sirve para remitir de él, todos los víveres y especies que necesiten los cortadores en la montaña. Un administrador, tres o cuatro baqueanos subalternos, que sean diestros en el corte y diestros también en los rumbos de la montaña; seis u ocho

cortadores más, y cuarenta apiris, creo que formarían una partida competente. El administrador y peones irán vestidos como más les convenga: llevan muy poca ropa, pero tienen sus dos ollas grandes de fierro, sus bien templadas hachas y cuchillos puntiagudos, de hoja ancha en común. Su yesquero y mecha de azufre, pues el fósforo allí es perdido en el acto, por la humedad.

Vamos a exponer el sistema que yo establecí, y que creo que podrá servir de base para futuros especuladores, variándolo según sean las circunstancias.

El almacén central se pone en el Crucero (Carabaya), en Pelechucos o Apolobamba (Bolivia.) De ese almacén central, del Crucero, por ejemplo, se manda la gente a Poto, 14 leguas, a Coasa 9, a Saqui 5, llevando hasta este último punto, en llamas [161] o burros, las herramientas, víveres, etc. Como últimamente, el movimiento de los cascarilleros ha hecho que se compongan los caminos, las llamas o burros pueden, según me dicen, entrar hasta Yanamayo (Carabaya), que son como veinte leguas más adelante de Saqui. En Bolivia, mi peonada ha logrado entrar con burros y diestras mulitas, criadas en las haciendas de Azángaro y Huancané, hasta Apolobamba y Eten, con la mayor facilidad. De Yanamayo, donde se hace un almacén de depósito, parten los peones, río abajo, en busca de cascarilla. Los baqueanos se suben a los árboles más altos, a las lomas o alturas, donde no exista espesa arboleda, y dirigen la vista en todas direcciones si logran distinguir, a más o menos distancia, algunos árboles cuyas hojas relumbran al moverse, bajan al momento y se dirigen hacia el punto donde hayan sido vistas esas hojas relumbrantes, que precisamente son de árboles de cascarilla calisaya.

A veces las direcciones dadas por el baqueano no son del todo exactas, y hay que hacer nuevos rumbeos hasta hallar la mancha, es decir, la agrupación de varios árboles de cascarilla, de diferentes edades y tamaños. Hallada la mancha, se busca un lugar, el más inmediato, que no esté cubierto de arboleda, se prefiere la playa más o menos ancha de un riachuelo; y sobre ese terreno o playa se asienta el campamento: así se evita el que el yaguar (tigre), se arrastre por los matorrales y encubra sus alevosos ataques. El administrador, hallada la mancha, destaca la gente inmediatamente, unos al corte de la cascarilla, otros al establecimiento del campamento, y a recoger leña. Si el árbol es grande, se le señalan dos hacheros; si es delgado, uno es bastante. Los cortadores hachan el árbol lo más inmediato a tierra; tumbado el árbol, pican la corteza hasta penetrar a la parte leñosa o tronco, y a la distancia de [162] ocho a quince pulgadas, según lo permita la ramazón. Picada la corteza, la rayan en líneas paralelas de dos a tres pulgadas de ancho; introducen las puntas de sus cuchillos de hoja ancha, en las rayas, y levantan la cabeza de un trozo de corteza; levantada la corteza, la toman con la mano, la desprenden del tronco del árbol, y sobre él mismo le dan un fuerte golpe, con el cual, en el acto, se desprende la corteza interior, que es de un color blanquizco, y expide una especie de leche de la corteza exterior, que es por afuera gris y se halla cubierta, en los árboles viejos, de líquenes en abundancia.

Sacado así un trozo de la corteza, se sigue la misma operación con todo el resto de la corteza del tronco del árbol, y de las ramas gruesas: las ramas delgadas también se pelan, y la corteza se suelta al lado de los árboles, donde al secarse se encanuta, como los trozos de canela. La corteza interior es la cascarilla tabla; la corteza encanutada es la cascarilla canuto; la corteza exterior se usa para quemar. En el campamento se aplana bien un trecho

del terreno; sobre ese terreno aplanado se extienden los trozos de la cascarilla tabla en hileras, unas al través de las otras, hasta la altura de una vara, la cual permite la circulación del aire por enmedio de los trozos de corteza, y la seca; y esos montones se cubren con paja u hojas de palma, para evitar el agua de la lluvia, en cuanto sea posible. Beneficiados todos los árboles de esa manera, se busca otra mancha, y así sucesivamente, se van mudando campamentos, según los puntos donde se hallen los árboles; y la buena o mala suerte de los cortadores, que son interesados en el mayor producto, por la mayor gratificación que reciben.

De la cascarilla, en cierto estado de seca, se forman tercios de más o menos setenta libras; esos tercios son conducidos al punto donde se ha establecido [163] el segundo depósito, por los apirís o cargadores a hombros. Cada tercio es forrado en bayeta del país al sacarlo, tanto para favorecerlo del aguacero, cuanto para evitar en lo posible la quebrazón y merma. De ese segundo depósito, la cascarilla es conducida en burros o llamas, al depósito número 1, donde se enchurla, en la forma que después explicaré. Ínter los cortadores benefician la cascarilla, otros, como he dicho, preparan el campamento y recogen leña, que en todos esos puntos se halla en abundancia, ya sea de las ramas secas de los árboles, ya de los árboles o arbustos, arrastrados por los torrentes de los ríos. En el centro del terreno señalado como campamento, se depositan los víveres y la cascarilla, según se va explotando; ese campamento de noche es rodeado de grandes fogatas, para alejar al tigre, que constantemente ronda esos campamentos. En el campamento se hace el servicio, constante, de noche, de montar guardia, tanto para despertar a los peones, si se vislumbra en la oscuridad las dos candelitas, que son los relumbrantes ojos del tigre, cuanto para sostener las fogatas, agregando leña a ellas. El olor de la chalona asada (carnero helado) es muy atractivo al tigre. Los víveres, que por lo común se hacen conducir los cascarilleros, son los siguientes: chalona, chuño, papa helada, maíz tostado; sin tostar brota en el acto - quina tostada y molida, que es un excelente alimento en la montaña; coca del Cuzco o del mismo Carabaya, etc., etc. Es preciso tener muy bien distribuido el servicio de los apiris de víveres-. La demora en la introducción de víveres, sea por desertarse los apiris, como acontece a veces, sea por violentas crecientes de los ríos, que impiden el paso, o cualquiera otra causa, produce fatales resultados. Existía en Tacna un argentino, señor Castellanos, que estableció en Carabaya una labor de oro, arreglando con sus corresponsales [164] en el Crucero y Coasa, las convenientes remesas de víveres.

Los apiris se desertaron del Crucero a Coasa, y de esta última población no le remitieron tampoco los víveres acordados. En la labor se comenzó a experimentar escasez, y Castellanos mandó la mitad de su gente a Coasa, a buscar víveres. Los ríos crecieron; esta parte de la gente no pudo llegar a la labor. A Castellanos se le huyeron los peones restantes, tomando las alturas, y abandonándolo por completo. Castellanos, con un hijito suyo de seis años de edad, al fin abandonaron la labor y se dirigieron hacia Coasa, llegan a un río con extraordinaria corriente, no le pueden pasar; a un lado se halla Castellanos con su niño, al otro, los peones con víveres, de vuelta de Coasa; es imposible pasar por las terribles corrientes, algunos peones, al fin, se resuelven a rodear las alturas y buscar algún vado a gran distancia, y llegan a la choza que con ramas de árboles había construido Castellanos, y lo encuentran cadáver con su hijo casi muerto a su lado -ese niño milagrosamente salvado vivía en Tacna hace poco; su madre es una señora Vildoso de esa ciudad. En casos parecidos los cascarilleros han tenido mucho que sufrir. A veces se han alimentado con el

cogollo de la palma que es una comida muy exquisita. En la montaña hay una palma que en su punta produce una especie de vaina, de largo de casi dos varas; para recoger esa vaina acostumbran hachar el árbol, y dentro de esa vaina se halla una sustancia parecida a hojas largas de palma, de un color blanquizco, y que son excelente comida; el gusto es lechoso, como de leche cuajada.

A veces los cascarilleros tienen la buena suerte de encontrar una chacra de achira silvestre; la raíz es abundante y harinosa, parecida al camote. He visto plantas de achira silvestre, en la montaña, de la altura [165] de ocho pies. Esta raíz creo crece en la campiña de Lima; tiene una semilla muy dura, negra retinta, y es del tamaño de una alberja; las hojas son como las del plátano.

Repito, la carencia de los suficientes víveres en las montañas de Carabaya, puede destruir las mejores establecidas labores, sean de oro o cascarilla, y es preciso asegurar debidamente la constante introducción de ellos.

Las crecientes en Carabaya arrastran consigo tan gran abundancia de tierra gredosa, que es imposible a la gente tomar a veces el agua de los ríos o riachuelos. En estos casos se buscan algunas vertientes, las que no escasean; pero no faltan casos en que hasta las vertientes se hallan cenagosas; y en tales circunstancias es preciso buscar alguna mancha o aglomeración de Toco, para apagar la sed. El Toco es una caña de color verde muy oscuro, del alto de cuatro o cinco varas y con canutos de tres o cuatro pulgadas de largo y menos de dos de diámetro; cada canuto contiene una buena cantidad de agua limpia y muy fresca, que es muy grato beber. El Toco tiene espinas, y al cortarlo es preciso precaverse de ser herido por ellas.

Conducida la cascarilla al gran depósito, se procede a enchurlarla. Para esta operación es preciso tener un cajón de buena madera, de cinco pies de largo, tres de ancho y tres de profundidad. De bayeta blanca del país o de crudo, se forma la camisa, o sea una manta que cubra todo el interior del cajón, y que dé una cantidad bastante para cubrir por encima la cascarilla depositada dentro del cajón. Sobre la camisa y en el fondo del cajón, se ponen dos hileras de cascarilla tabla, de las tablas que se hallen más grandes y gruesas; se ponen encima y alrededor del cajón, otras tablas, llenándose el centro con las tablas más delgadas, las rotas y el polvo, que no [166] es en pequeña cantidad de la cascarilla. Esta operación se sigue hasta que de la cascarilla depositada dentro del cajón, se hayan puesto ciento cincuenta libras netas. Puesta esta cantidad, se cose la camisa por encima y se saca el bulto a un lado para formar otro.

Con un cuero grande de vaca o novillo, se pueden enchurlar dos bultos de cascarilla, dividiendo el cuero por la mitad. El medio cuero se tiende sobre el suelo con el pelo para arriba; se pone al medio el bulto de la cascarilla, y se doblan las puntas del cuero sobre el centro del bulto. Con una aguja de cuatro pulgadas de largo, fabricada del mejor acero, y con tiras del mismo cuero, se cose éste por el centro y una de las cabezas de la churla; la otra cabeza se pone después, pero con el pelo para afuera, para marcar la churla en esa parte, con un fierro candente, y sobre ese pelo la marca comercial y especial del comerciante que remite la cascarilla. La marca de la Compañía de Cascarillas de La Paz (Bolivia) era tan conocida, que los que elaboraban la quinina en Europa, sin mas examen

que la marca, la preferían a todas las otras, teniendo seguridad de obtener lo mejor, en calidad y peso, en esa mercancía.

El bulto de cascarilla, así forrado en cuero, es ya llamado churla, y se pone a secar al sol. El enero, al paso que se secaba, iba apretando y minorando el bulto, hasta que quedaba reducido a la mitad casi de su antigua mole. En este estado se remitían las churlas a Arica o Islay, para ser exportadas al extranjero.

Se me olvidaba indicar, que agotados los árboles de la cascarilla en los territorios de Apolobamba, etc., en Bolivia, los cascarilleros, se dedicaron a desenterrar y pelar las raíces de los árboles cortados anteriormente. Esas cortezas de raíces fueron remitidas, en no pequeñas cantidades, a los mercados de [167] Europa, donde no se pudieron colocar a buenos precios, por carecer de la quinina esencial.

Antes de concluir no estará de más explique el sistema que se emplea hoy para explotar los árboles de la Calisaya, sistema que no dudamos deberá aceptarse en Bolivia, etc. De cada árbol, cada año, se separa una parte de la corteza, y el tronco en la parte de la cual se ha quitado la corteza, se cubre con una cantidad de musgo bien húmedo: al poco tiempo, la corteza lentamente comienza a cubrir la parte del tronco privada de ella, y así se va haciendo lentamente hasta explotar toda la corteza antigua. [168]

Copacabana

Ya he dicho que del río Desaguadero al pueblo de Zepita, hay dos leguas de distancia. También he dicho que hacia la derecha de Zepita, y a distancia de seis leguas, se halla el pueblo de Yunguyo, en el cual se celebra una regular feria el día 15 de Agosto de cada año. Yunguyo tiene dos regulares iglesias; y en el cementerio de ellas se hallan plantados, por los Jesuitas antiguos, algunos Queñuas, (*Polilepis racimosa*), llamada así porque la corteza es formada de unas delgadísimas hojas, como de papel, puestas unas sobre otras. Algunos de estos árboles se hallan en casi todos los cementerios de esas iglesias, y son los únicos árboles conocidos en los llanos de esas poblaciones. A la derecha de Yunguyo, y a la distancia como de una legua, se halla Caccsani, que es una pequeña población sobre una altura o loma, y que allí forma la línea divisoria entre los territorios del Perú y Bolivia. Como ya he dicho, las casas de los peruanos y bolivianos, se hallan entremezcladas, distinguiéndose sólo por el color rojo con que se hallan pintadas las de los primeros. Los terrenos propiedades [169] de esos indígenas, también se hallan entremezclados del modo más singular. El territorio de Copacabana es una península, que al Norte se halla limitada por el estrecho de Tiquina, al Sur por la altura de Caccsani, al Oeste por las aguas de la gran laguna de Títicaca, y al Este por las aguas de la tercera y más pequeña laguna. En ese territorio o península, se hallan los siguientes aillos (divisiones territoriales) pertenecientes al Perú. Aychuya, Ullaraya, Unicachi, Silabaya, comenzando al Oeste hacia el Este. Luego viene un pequeño territorio boliviano, y siguen los aillos peruanos Turuna, Calata y Oje, el ultimo al Este, y lindante ya con el tercer lago.

Al Norte de esos aillos peruanos, se halla el distrito y pueblo de San Pablo, bolivianos; al Oeste de San Pablo, está el aillo peruano Chiquipata, y hacia el Sur de éste, el aillo Chichilaya. Si es absolutamente absurda esta delineación de terrenos peruanos y bolivianos, ese absurdo aún es más notable en los terrenos de Toocollo y Yooseque, que son dos aglomeraciones de cinco casas el primero, y de seis el segundo, y que pertenecen a peruanos, rodeadas por completo, al Norte de Caccsani, por territorios bolivianos.

Esos dos grupos de casas se hallan a la izquierda del camino real de Yunguyo a Copacabana, poblaciones que distan como dos leguas la una de la otra. En sesenta años de Independencia, no se ha podido arreglar esa frontera, dando lugar a constantes luchas entre los habitantes, por cuestiones de pastos y linderos.

Copacabana es un antiguo y muy afamado Santuario, dependiente del Obispado de La Paz. Copacabana es una población boliviana, que tendrá en su recinto como un millar de habitantes. Se halla situada sobre la meseta de una altura, y se halla a 13160 pies sobre el nivel del mar. [170]

Los alrededores de Copacabana se hallan muy cultivados, y sus campos producen papas, cebada, ocas (oxelis tuberosa) en grandes cantidades. El clima es excelente, aunque algo frío; y tiene excelente puerto a sus inmediaciones hacia el Oeste, en las orillas del Lago Grande.

Lo que hace notable a Copacabana es la Virgen Milagrosa, que no se halla expuesta a la adoración de los fieles, en la iglesia, sino en el Camarín, detrás del gran altar mayor. El templo de Copacabana, obra de los Jesuitas, es muy grande y suntuoso, formándole cuadro los cerros que se hallan a su retaguardia, y que se hallan cubiertos de paja verde, en muchos meses del año. El templo tiene en el cementerio, y al frente de la portada, tres grandes cruces de piedra Berenguela, o sea alabastro: la del centro es mucho más grande que las otras dos. El templo se halla dividido en tres naves, y en su interior se halla adornado con bellas esculturas y pinturas. Antes del año 1825 tenía una araña de plata maciza, que ostentaba trescientos sesenta y cinco candelabros, por otros tantos días que tiene el año; y sobre el brazo de cada candelabro se hallaban grabados el día del mes, y los nombres de los santos correspondientes a ese día. Esta gran araña se le adjudicó al general Sucre, a cuenta de los sueldos devengados en Colombia; la honrada y digna conducta de Sucre, cuando después se encargó del mando supremo de la República de Bolivia, borró por completo la indignación de los vecinos por tal despojo de la araña.

Otro jefe, al servicio entonces de Colombia, también se hizo adjudicar el riquísimo collar de bellas perlas, que adornaba el cuello de la Virgen de Copacabana, también a cuenta de sueldos devengados en Colombia.

La señora de ese jefe asistió a un baile en La Paz, ostentando sobre su garganta, ese collar de perlas; [171] al día siguiente amaneció con una fuerte angina, y quedó con la garganta tan cerrada, que jamás pudo pasar después alimento, que no fuesen liquido: aquí tenemos un milagro que hará callar la boca a los incrédulos mofadores.

La Iglesia ocupa un lado de la plaza; inmediato a ella se halla el Hospicio, vasto tambo hospedería, donde se alojaban gratis los innumerables devotos que, desde Buenos Aires y otras partes de la América del Sur, acudían a las renombradas fiestas de Copacabana. Se asegura que en algunos años, los devotos han ascendido hasta 30000.

El camarín se halla detrás del altar mayor, y hay necesidad de subir como veinte y tantas aradas para llegar a él, y otras tantas para bajar. Los devotos suben andando, puede decirse, sobre sus rodillas, dichas gradas, y del mismo modo las bajan al otro lado. Un amigo mío de Puno, después de muchos años de casado, tuvo una niña; ésta se le enfermó gravemente, e hizo un voto de ir a pie de Puno a Copacabana, en romería; subir las citadas gradas sobre sus rodillas, hacer decir tantas misas, etc.; verificó el viaje, gastó mucho dinero, y a la vuelta encontró a la niña muerta; sin duda, le faltó la fe bastante, y por eso tuvo mal resultado su viaje.

El camarín tendrá como doce varas de largo, y como ocho o nueve de ancho: no lo pude medir. Escasa luz penetra en él, y su oscuro empapelado, más oscuro aún, por el constante humo del incienso, hacen que sea difícil distinguir bien los objetos allí contenidos. Las paredes se hallan cubiertas, puede decirse, de cuadros de poco valor artístico, y de innumerables pierns, brazos, ojos, etc. de oro y plata, votos de enfermos o estropeados. En la testera del Camarín, se halla la renombrada imagen de la Virgen de Copacabana; tendrá, cuando más, como cuatro pies de altura, lujosísimamente vestida, y con una [172] corona de oro sobre la cabeza; esta corona, al parecer, se halla cubierta de preciosas joyas; y digo el parecer porque allí mismo se me dijo que no habían faltado sacerdotes, que faltando a su sagrado deber, habían cambiado diamantes por cristales; esto podrá haber sucedido en épocas lejanas, pero no es de creerse suceda, cuando después, según se me ha dicho, se han encargado los Padres Recoletos de La Paz, de la custodia y conservación del Santuario.

A la derecha del Camarín, se halla un organito, remitido desde París por el general Santa Cruz, muy devoto de esa imagen de Copacabana. Yo mismo lo remití de Arica a Copacabana, por orden de Santa Cruz.

La Virgen está guardada en una especie de alcoba, y por delante se halla puesta una hilera de balaustres, que se dice ser de plata maciza. Los Melgarejos y Dazas, a pesar de sus patrióticos instintos, no se han atrevido a inventariar esos valiosos depósitos de la ardiente fe de los millares de devotos que frecuentan Copacabana. El inventario les hubiera costado muy caro.

El Santuario de Copacabana, según tradición, tuvo su origen en una imagen de la Virgen, que se dice encontró en ese punto el indio Titu-Yupanqui, descendiente de los Incas, en el año de 1582. Los Jesuitas aceptaron el hallazgo como un milagro del Cielo; y ayudados por la constante y ardiente fe de esos pobladores, en pocos años levantaron ese suntuoso Templo, el Hospicio y las capillas, que se hallan en las cuatro esquinas de la plaza mayor. Con la expulsión de los Jesuitas, decayó en gran parte el lujoso culto de la imagen milagrosa; y llegaron a arruinarse el Hospicio y demás edificios. Durante la administración del general Santa Cruz en Bolivia, volvió a tomar incremento la romería; gran número de devotos con valiosas ofrendas, acudían a las fiestas. [173] Posteriormente volvió a decaer el

Santuario, hasta que se hicieron cargo de él los Padres Recoletos, según me dicen. Bajo su económica y digna administración, ha vuelto a recuperar casi toda su grandeza antigua.

Hacen algunos años que era Prefecto de Puno, un general muy conocido, y que en un lugar llamado Ayayacas, se apareció de repente una imagen que el cura de ese territorio, provincia del Cercado, aseguraba ser muy milagrosa. Hiciera milagros o no, el resultado es que en muy corto tiempo se levantó en ese sitio, con dinero recolectado allí, una iglesia, a la cual acudían con asombroso empeño, toda la indiada de los pueblos de Achaya, Caminaca, Pupujá, etc., haciendo muchas fiestas, y dando no pequeñas sumas de dinero, como ofrendas al citado cura. Los curas de todas las parroquias alrededor comenzaron a sentir grandes atrasos; los dineros que los indios o vecinos de sus parroquias gastaban en Ayavacas, eran emolumentos que dejaban ellos de recibir. El referido señor Prefecto comisionó al Subprefecto de Azángaro, para que se constituyese en Ayavacas, tomase todos los datos convenientes a la milagrosa imagen, que tantos perjuicios acarreaba a los párrocos, que en forma legal y con papel sellado, reclamaban contra las romerías de Ayavacas, y expidiese el informe correspondiente. Constituido el tal Subprefecto, mozo entonces de poca fe, alegrón y vivaracho, en el Santuario de Ayavacas, no le fue muy difícil averiguar la verdad, y encontrar al ignorante y chabacano pintor de la imagen milagrosa, valiéndose para ello de ofertas, y nada más que ofertas, de ciertos recetarios que Diego Portales, con asombroso buen resultado, supo aplicar positivamente en Chile. Sin duda, que el informe del tal Subprefecto, no sería muy favorable al cura mencionado, cuando el Prefecto, que no entendía de encubrir milagros de [174] esa clase, y que sabía cortar todo nudo gordiano, luego, luego, con su valiente y retemplada espada, ordenó la inmediata demolición del Santuario, previa traslación a una Iglesia conveniente de la imagen consabida. Este fin trágico tuvo la romería de Ayavacas; y los arruinados restos de su Iglesia aún atestiguan la enérgica y desinteresada protesta de los curas inmediatos. Por lo dicho, se ve que no era milagrosa la aparición de la imagen de Ayavacas, o que por el curso del tiempo, se había amortiguado por completo la fe en los mandatarios modernos de esos pueblos.

Es tradición, que a las inmediaciones de Copacabana, o, según otros, en el mismo punto donde se halla el actual Camarín de la Virgen, existía en épocas remotas un templo, que contenía un ídolo adorado por los antiguos gentiles. Sobre esto existen algunas historias extravagantes, pero no he podido conseguir datos positivos y dignos de publicarse: parece que era una especie de oráculo de Delfos. En las inmediaciones existen edificios muy antiguos, anteriores, al parecer, a la época de la conquista; pero en tal estado de ruina, que casi no se puede formar idea de su forma, y de los objetos a que eran dedicados. La tradición asegura eran habitaciones de los sacerdotes del ídolo citado.

En la punta Oeste de la península de Copacabana, existen los grandes depósitos de carbón de piedra, que se explotan en la actualidad, y cuyo producto sirve para el consumo de los dos vaporcitos, propiedad del Gobierno del Perú que surcan las aguas de las lagunas. Ese punto se llama Llampaputa, y será, a no dudarlo, andando los tiempos, centro de fábricas y talleres, por la abundancia de ese combustible. Al frente de Llampaputa, se hallan las islas Sagradas de Coati y Titicaca, cuna y residencia de Manco Capac y de Mama Oollo, los fundadores del [175] Gran Imperio de los Incas. En esas islas se hallan las ruinas de sus templos y palacios. Antiguos y modernos historiadores y viajeros, se han ocupado de

ellas, dando minuciosas relaciones y exactos planos. Inútil sería de mi parte escribir cosa alguna sobre ellas, en vista de lo mucho que se ha publicado ya sobre el particular. [176]

Pica y Canchones

Saliendo de la Noria (Tarapacá), rumbo Sureste, se pasa por la oficina Sacramento; luego se pasa una pampa, y se baja al abandonado pueblecito de la Rinconada, que, como he dicho, tuvo su importancia en la época de la boya de las minas de plata de Huantajaya y Santa Rosa. Pasando la Rinconada, a la izquierda, se halla el villorrio llamado la Cabrería; de la Noria a la Cabrería habrá sus cinco o seis leguas de distancia.

Siguiendo la marcha por la Pampa del Tamarugal, hacia el Este, se halla el camino a la Tirana, que se separa a la izquierda.

Siguiendo la marcha rumbo a Pica, se llega al punto llamado Callas, donde han formado sus canchones don Mariano Barreda y el francés Digoy; estas propiedades encontré en ruinas. De Callas a Cuminalla, habrá como tres o cuatro leguas de distancia; el camino pasa por una pampa blanquizca, con terrenos saturados de materias salinas, y donde sólo se hallan algunos algarrobos, algunas diminutas chilcas (beccaris), y corta y escasa grama. Cuminalla [177] es un punto donde tienen sus canchones de labranza varios vecinos, siendo uno de los principales don Juan Bautista Gallegos.

Los terrenos se hallan, en muchas partes, cubiertos de costras salinas y gruesas, que por la ardiente acción del sol, se han quebrado en pedazos de menos de una vara en cuadro. Escogido un terreno con el objeto de elaborar un canchón de sembrío, la primera operación es levantar esos trozos de costra, y con ellos formar cercos; estos cercos, por lo general, tienen una altura desde tres y medio pies a cinco, y tienen de ancho como una vara. Algunos han formado verdaderas paredes, uniendo las costras con barro, pero esto es una excepción. Limpiado así el terreno de esos trozos de costra, se divide su superficie en una serie de canchones, paralelos los unos con los otros. Cada canchón tiene de largo una cordelada, que son cien varas; son pocos los de más extensión. El ancho de los canchones varía desde 3 varas a 25; los canchones del ancho de 5 varas son los más comunes. Entre canchón y canchón se deja sin remover un espacio que varía también de 3 a 5 varas, pocos tienen hasta 8 ó 10. Sobre este espacio intermediario, se arroja la tierra aún salobre, que se saca de los dos canchones a los dos lados, formando con esa tierra arrojada una especie de loma. La tierra se arroja de los canchones a esa loma, hasta encontrar las primeras humedades. Halladas éstas a la profundidad de una a una y media varas, se remueve bien el terreno, se guanea con el estiércol de los animales domésticos; los más acomodados emplean el guano de Pabellón de Pica o Huanillos, y se siembran los terrenos. Las plantas que más progresan son el algarrobo, la alfalfa, los melones y sandías; los árboles frutales no progresan; esto se atribuye al agua que corre subterránea y que es algo salobre. A mi juicio, proviene esto, en gran [178] parte, por el excesivo frío de las noches y del intolerable calor del medio día; diferencia que destruye la vitalidad de las plantas.

Como he dicho, las humedades se hallan de 3 a 5 pies; pero por lo general, se hallan a 3 pies de profundidad. El alfalfa da hasta cuatro cortes por año y es de la mejor calidad; se asegura que cada cordelada (100 por 5) de quinientas varas cuadradas, da cuatro quintales de alfalfa seca en cada corte, o sean diez y seis quintales al año, que allí mismo se vende de 12 a 14 reales plata el quintal. Del mes de Abril al de Agosto, sólo se da un corte, por ser estación de frío; en los otros siete meses, los de agua en la cordillera y de calor, se dan tres cortes. Algunos preguntarán: ¿qué influjo tienen las aguas de la Cordillera, sobre los terrenos de los canchones? La contestación es muy sencilla, pues se reduce a asegurar, sin temor de equivocarse, que todas las aguas que circulan por la pampa del Tamarugal, provienen de filtraciones de esa cordillera, y que en dicha pampa son más o menos abundantes las aguas según hayan sido más o menos abundantes los aguaceros o nevadas en la cordillera, en los meses de aguas, que son desde Noviembre a Abril.

Recogida el alfalfa, cuidan los propietarios de limpiar bien el terreno de toda mala yerba, y algunos lo barren para evitar que las yerbas secas no ahoguen los nuevos brotes. Se ha notado últimamente que las humedades de la pampa se van profundizando notablemente; esto se atribuye a varias causas; la verdadera, a mi juicio, es la menor cantidad de agua que en muchos años atrás a la época presente, cae sobre las cordilleras, ya sea como lluvia o nevada.

Desde Cuminalla, mirando hacia la cordillera, se pueden distinguir los cortos sembríos de la Calera, en la loma hacia la izquierda; y en la loma hacia la derecha, el pueblo y sembríos de la Matilla. [179]

Cuminalla es el cantón en que existen los canchones del señor Lecaros, en los que se ha encontrado la osamenta de ese gran animal, del que ya he hablado. Hoy existe en Berlín.

Matilla daba el título de Marqués a la familia Loaiza, en un tiempo opulentos mineros de Huantajaya y Santa Rosa.

La Calera se halla situada sobre el camino real de Bolivia a la Tirana, pueblo del cual me ocuparé después.

Se asegura que los señores Hart, Hermanos, tratan de conducir las aguas de la Calera, por medio de cañerías de fierro, al puerto de Iquique, en virtud de un contrato celebrado antes entre el Gobierno del Perú y el señor don Federico Torrico, y hoy traspasado a dichos señores Hart. A la derecha de Cuminalla se hallan muchos canchones abandonados por falta de humedad; los llaman Challac-poso.

De Cuminalla a Matilla, hay cinco leguas de distancia; el camino pasa por una pampa llana, en la antigüedad cubierta, de espesos bosques de algarrobales. Existen muchos medanos en la pampa, formados por las finas arenas, que los vientos del Sur han arrojado de esas grandes pampas, que se extienden hasta las orillas del río Loa. Los médanos y arenas cubren grandes cantidades de leña seca y destrozada.

Matilla es una población pequeña, con una iglesia; es viceparroquia de Pica, se halla situada sobre la loma derecha de la quebrada o valle de Quisma. Matilla tiene chacras de alfalfa y maíz; pero lo principal de su agricultura consiste en sus bien cuidados viñedos.

La uva se produce en parrales, y bien atendidas cepas. Las bodegas se hallan en gran parte maltratadas por el terremoto del 13 de Agosto de 1868.

Matilla es regada por agua de socavones, y por [180] la de unas pequeñas vertientes del valle de Quisme.

Al tratar de Pica, describiré los socavones llamados por los naturales Puquios, palabra en Aymará, que significa vertiente de agua.

De Matilla a Pica hay una legua de distancia, por un camino llano aunque algo arenoso. Pica tiene una iglesia con dos naves, y una torre separada del cuerpo del templo: cosa igual sucede en Lampa, pueblo del departamento de Puno.

Desde Agosto de 1868, Pica se halla con muchas casas derrumbadas. En esta población existen muchos parrales y viñedos, muchos árboles frutales y buena alfalfa; los vinos de Pica tienen gran nombradía.

Las chacras y viñedos han ascendido allí a la categoría de haciendas, y se hallan cercados de ese árbol espinoso, especial al territorio Sur de la República, y que se conoce con el nombre de chañal.

En tiempo de la conquista, Pica era pueblo más habitado, y existían y aún existen campos o terrenos llamados de comunidad, pertenecientes a los indios puros originarios. Los conquistadores tomaron en cuenta el sistema empleado por los indígenas para regar sus campos, y empleando sistemas y elementos más aventajados, corrieron al cuerpo de los cerros areniscos, que circundan a Pica, sendos socavones con los cuales lograron cortar las filtraciones de agua que subterráneamente por ellos corrían, consiguiendo así sacar parciales cantidades de agua, para sus proyectadas haciendas.

Los socavones son obra de mucho mérito, y a la vez, de notable costo. Han corrido a tajo abierto una distancia de cincuenta a cien varas, sobre la superficie del terreno, enseguida una corrida subterránea de dos a tres varas de elevación, dos a tres de ancho, y de largo hasta de mil quinientas varas, hasta encontrar el agua; a la vez, sobre la [181] línea de rumbo del socavón subterráneo, han tenido que correr lumbreras, que comunicasen con la labor abajo, para dar aire a los trabajadores. Así han recorrido con socavones subterráneos, y piques o pozos perpendiculares, a la línea del socavón, muy grandes distancias, que, como he dicho, me aseguran han alcanzado hasta 1500 varas de largo. He examinado en Pica cuatro socavones; el uno llamado el Resbaladero, es una gran obra; su última rectificación la hizo el finado don Juan Quiroz y Correa, y costó más de 10000 soles plata a sus propietarios, dando con sus nuevos trabajos una mitad más de su antiguo caudal de agua. Otro llamado Ánimas, se hallaba muy mal tenido, con gran cantidad de fango en el estanque, que servía de receptáculo al agua; parece que hacían más de veinticinco años que no se hacía la limpia del socavón o estanque.

Los productos de vinos de Pica, Matilla y Quisme, según los datos que ahí pude recoger, son los siguientes, como término medio de cinco años:

PICA

Botijas.

Finca de José Manuel Loayza.....
400

« « Cumiña.....
220

« « Ignacio Almonte.....
220

« « Jesús Marín.....
210

« « Domingo Lecaros.....
300

« « Vicente Bustos.....
160

« « Los señores Luzas.....
200

« « Santa Cruz.....
80

« « Miraflores.....
210

« « S. Bermúdez.....
500

« « Varios pequeños propietarios.....
400

2900 [182]

MATILLA

Botijas

Señores Zavala.....
200

« Quisucala.....
70

« Mariano Loayza.....
80

« Manuel Loayza.....
80

« E. Roldán.....
100

« Botijería.....
150

« Dávalos.....
70

« Loayzas.....
200

Varios.....
150

1100

QUISME

Quisme
100

Señor Quisucala.....
50

« Vicentelo.....
40

« Mendoza.....
40

« Morales.....
40

« Mollo.....
30

« Pino.....
40

« Riveros.....
70

« Modestios.....
130

« Choque.....
40

« Miranda.....
80

« Guagama.....
10

« Cayo.....
40

« Olcay.....
30

« Segalan.....
80

Varios.....
150

1000 [183]

RESUMEN

Pica.....
2900

Matilla.....
1100

Quisme.....
1000

5000

Cada botija de vino más o menos, se vende desde siete a treinta soles plata, y se calcula que el producto, más o menos importa al año como 50000 soles; estos lugares no tienen más producción mercantil que dichos vinos.

Pica, Matilla y Quisme tendrán una población, a mi juicio, cuando más de dos mil quinientas personas, incluso transeúntes.

Saliendo de Pica, con rumbo al Oeste y con dirección a la Tirana, se pasa por las fincas de Cumiña y Santa Cruz; se baja una lomada algo arenosa, y se dirige hacia los altos, que separan los espolones de la cordillera de las alturas de la Rinconada y la Noria. De Pica a los canchones, que se elaboraban por cuenta del Gobierno, una de las locuras de la Administración Pardo, hay como siete leguas. Bajando de Pica a la Pampa, se lleva el rumbo Oeste Norte-Este, y con dirección a unos cuatro muy grandes algarrobos, que de muy gran distancia se distinguen; junto a los algarrobos existe un cementerio, de este punto el rumbo es al Norte. Los Canchones del Gobierno fueron tres, y tal fue su inutilidad, que el Gobierno tuvo que cederlos a las Municipalidades, creo, de Iquique y Pica, las que según recuerdo no quisieron hacerse cargo de ellos; se aseguraban habían costado al Gobierno como 150000 soles plata. [184]

De los Canchones estos, se toma rumbo hacia el Norte, al pueblo de la Tirana, pasando el camino por muchos canchones y casitas de vecinos. Estos campos antiguamente han sido cubiertos de grandes bosques de algarrobo y matorrales, que hoy se hallan secos y enterrados en gran parte bajo capas de arena.

Los pueblos inmediatos tienen una verdadera mina, en esos árboles enterrados, y sacan de ellos leña en gran cantidad, convirtiendo alguna parte en carbón, de gran precio en las oficinas salitreras para el beneficio de pólvora etc.

La retama abunda en esos campos, y como desde medio día sopla un fuerte viento del Sur, esas plantas han ido formando cerritos o médanos de arena, que constituyen las únicas alturas que se pueden distinguir en esos llanos.

Al aproximarse a la Tirana, se encuentra un bosque de verdes y grandes algarrobos, único resto de aquel inmenso bosque, que en remotas épocas ha cubierto estas pampas. Media legua antes de llegar a la Tirana se halla una antigua y arruinada Iglesia; hoy sirve de cementerio. Más allá se encuentran muchos y arruinados hornos de quemar metales, restos de la época de riqueza de Guantajaya y Santa Rosa.

La Tirana, antigua población, centro de residencia de los ricos y numerosos mineros de Guantajaya y de Santa Rosa, es un montón de ruinas, y todo demuestra la más completa desolación. De los cientos de oficinas de beneficiar metales de plata, sólo existe una en tísica existencia; le faltan los metales que le daban vida.

Aun cuando, como es probable, las minas de Guantajaya y Santa Rosa, volviesen a un estado grande de producción, por haberse profundizado las labores, que es la obra que debe realizarse, la [185] Tirana no volvería a su antigua grandeza, pues los metales de esas minas irán a Iquique para su beneficio, por su mucha mayor proximidad al mar, por las ventajas, del inmediato ferrocarril.

Los descendientes de los antiguos mineros, sin embargo aún no se olvidan de la Tirana; a sus expensas se ha levantado una muy bonita Iglesia, aún no concluida. En la Tirana sólo encontré a un señor Contreras, único beneficiador existente de metales; los jóvenes actuales de esa población tienen a menos el aprender tal oficio; prefieren ocuparse de tocar la guitarra o bailar la chilena.

Por un olvido no me he ocupado del vallecito de Quisma, de que sólo he hecho pasajera mención.

El valle de Quisma es muy angosto; en algunos puntos no tendrá sino 200 varas de ancho; es regado por varias reducidas vertientes, que se reúnen en pequeños estanques, y a pesar de su reducida agricultura mantiene una numerosa población. Produce vino, de que ya he hablado; y unos higos muy pequeños, pero sobremanera dulces y agradables.

Saliendo de la Tiraca hacia la Noria, se lleva rumbo al oeste, dejándose a la izquierda el cerro Alto de la Rinconada. El camino es llano, pero arenoso, cubierto de muchos algarrobos. De la Tirana hay tres leguas a la Boca de la Quebrada de Pasos. De la base de

los cerros, que forman esa quebrada, se ha sacado algún caliche; esto dio lugar a que esa Quebrada fuese objeto de un gran negocio. Todo el plano de la Quebrada se halla cubierto de una lloclla o avenida de agua barrosa, sobre toda su extensión, que será como de una milla de ancho. De Pasos a la Noria hay como tres leguas de distancia, y el camino sube por una cuesta algo pendiente. Al llegar a la cumbre de esa cuesta, se hallan varias bocas de minas de plata, hoy abandonadas; [186] de la cumbre hacia la Noria se hallan varias bocas minas, también demostrando algunos grandes trabajos por sus abundantes demontes.

La Noria no tiene iglesia, pero sí una gran población; ha nacido de los antiguos trabajos locales de salitre, y después de la plantificación de la gran oficina La Limeña tiene como mil quinientos habitantes, y muchas y buenas tiendas de comercio. La mayor parte del ganado, que en no corta cantidad se consume aquí, es arreado desde la República Argentina.

La Noria está rodeada de muchas oficinas salitreras, de máquinas y paradas, y es centro de las líneas de ferrocarril, que se dirigen al Sur para reunir los salitres, que las oficinas producen en esa dirección.

La Noria tiene abundante agua potable para sí y para sus oficinas salitreras. Tiene dos fondas que no sobresalen por la limpieza y aseo; y que aún dejan mucho que desear en sus provisiones y cocina; pero que en fin sirven para transitorio descanso del fatigado caminante.

Poco antes de la Noria, yendo de Iquique, se abre a la izquierda la línea férrea que debía unir Iquique a Pisagua, dando la vuelta por Pozo Almonte, y todas las oficinas salitreras hasta ese Puerto. En la época en que estuve allí, por los de años de 1875, 1876 y 1877 faltaba alguna distancia, creo que eran como catorce leguas, para unir ambas líneas. Esa unión no presentaba dificultades u obstáculos, pues el terreno es completamente llano y aún blando, facilísimo para formar terraplenes, en caso de ser necesarios. [187]

Tiaguanaco

En el departamento de la Paz, Bolivia, existe el territorio de una provincia llamada Ingavi, y en esta un Distrito con el nombre de Tiaguanaco, cuya capital es el pueblecito del mismo nombre, distante como 9 leguas del río Desaguadeio; que como ya he tenido motivo de expresar, en uno de mis artículos anteriores, (Una momia muy antigua), conduce las aguas del gran lago de Titicaca al de Aullagas, rumbo sur, formando en alguna parte de su curso la línea divisoria entre las Repúblicas del Perú y Bolivia.

La meseta en la cual se halla situada la citada gran laguna del Titicaca, y en los terrenos acarreados que forman esos campos, tendrá una longitud como de doscientas leguas de largo, desde la parte norte de la Pampa de Umabamba (véase mi artículo Calaguayas) al territorio alto de Leñas, Departamento de Potosí; y como unas setenta u ochenta leguas de

ancho, desde la línea de la cordillera del Illampú a la cordillera del Tacora y Guallatiri, (véase mi artículo, (Una momia muy antigua). Esta meseta sólo es comparable, en su gran extensión, con la del [188] Thibet (Asia); o la del lago Salado, Utah (Estados Unidos de la América del Norte). La laguna Titicaca, considerada la más alta del globo, sobre el nivel del mar, existe a 12164 pies de elevación, y jamás se congela, a pesar de su extraordinaria altura. Monte Blanco y otros picos, con sempiternas nieves en los Alpes, etc., no tienen tan grande altura.

El Pueblo de Tiaguanaco se halla establecido a una altura de 12200 pies, o sean 36 pies sobre el nivel de la laguna; y los vastos campos, que lo rodean, como ya he dicho, han sido antes lechos de la misma laguna, en épocas muy remotas. Esos vastos campos son formados por terrenos de acarreo; y la vasta concha subterránea existente, ha sido rellena en millares de años con piedras redondeadas, arenas y tierra arcillosa, arrastradas y conducidas de altas serranías, y por fuentes corrientes de agua, en épocas muy antiguas. Esas serranías han desaparecido; pero sus escombros, sus piedras, los conglomerados, que han relleno esa concha, son imperecederos, constantes monumentos que demuestran su antigua existencia. Las lavas del alto de Puno a Paucarcolla, la traquita, en grande existencia en Vilque, Tiquillaca y Sacuyo; la traquita inmediata a la misma ciudad de la Paz, la inmediata al Desaguadero, dan signos y pruebas visibles de la existencia de antiguos y grandes volcanes, cuyos cráteres se hallan hoy sumergidos en las profundidades de esa gran Laguna.

Inmediatos a ese pueblo de Tiaguanaco se hallan las memorables ruinas de ese nombre, que justamente han llamado la atención de los cronistas y viajeros, desde la época de la conquista, que han sido examinadas y estudiadas por gran número de sabios viajeros; y sobre cuyo verdadero orden no se puede afirmar, sino sólo exponer opiniones, más o menos aventuradas. [189]

Las ruinas de Tiaguanaco pueden considerarse como formando cinco cuerpos; nos ocuparemos detalladamente de ellos, con arreglo a los apuntes formados sobre los sitios mismos.

1.^a La Fortaleza ha sido un vasto edificio cuadrado, con dos o tres cuerpos sobrepuestos, uno encima del otro; cada cuerpo ha sido circunvalado por una sólida muralla de piedra bien labrada, muy semejante en su construcción a la Fortaleza templo de Méjico, y a las ruinas de Quecap, (véase Momia muy antigua). Estas ruinas han sido excavadas en muchos lugares, en busca de ocultos tesoros, y de las murallas, que las forman se han extraído grandes cantidades de piedras labradas, para construir los actuales edificios de Tiaguanaco, como son la iglesia, etc. En casi el centro de las construcciones se halla un depósito de agua, parecido al que existía y aún existe en Chillimihani. ¿De dónde viene esa agua? ¿De dónde brota ese manantial constante? Todos los terrenos alrededor son llanos; y la laguna de Titicaca se halla, como he indicado, treinta y seis pies de nivel más bajo; muy digno de examen es pues ese manantial de agua.

Al Oeste de este gran edificio, se halla un otro trabajo, construido en figura rectangular, y que sirve como de apéndice a la llamada Fortaleza: se halla en ruinas.

Rumbo Noreste de la Fortaleza, se halla el edificio llamado Templo; que tiene trescientos ochenta pies de ancho por cuatrocientos cincuenta y cinco de largo, todas las medidas son de pies ingleses. Esta construcción se halla circunvalada por líneas de piedras paradas, en gran parte son labradas; estas piedras de diferentes tamaños, pues varían de ocho a diez pies de alto, de dos a cuatro pies de ancho; y de dos a dos y medio de grueso; todas ellas son de roca arenisca colorada que abunda en el camino del Desaguadero [190] a Puno, y forma casi la totalidad de las orillas de la Laguna al Sur; cubriendo las capas de carbón de piedra, allí abundantes. Examinando con detención esas murallas, parece que el objeto de esas piedras paradas hubiera sido servir como de estribos de las murallas, pues los derrumbes y desmontes hacen creer, que de piedra a piedra puestas a las distancias como de quince pies una de otra, antiguamente ha existido una muralla construida de trozos de roca informe; estos trozos en gran parte han sido removidos por los modernos Vándalos, para construir sus actuales sucias chozas. Este terreno del Templo se halla levantado como ocho pies sobre el nivel del terreno alrededor y su lado. Este tiene un apéndice más bajo y del ancho, en todo su largo, de diez y ocho pies. Casi al centro de este apéndice, y formando hacia el Este un ángulo recto se halla una hilera recta de diez columnas monolitas, puestas como quince pies una de otra, y todas las cuales existen paradas, excepto una, creo que es la segunda, que se halla caída hacia al Sur; ésta es de catorce pies de largo, cinco y cuarto pies de ancho, y como tres pies de grueso. Entre las piedras paradas la más alta es también de catorce pies de alto, cuatro y cuarto pies de ancho, y cerca de tres pies de grueso; la más chica es de nueve pies de alto, tres pies de ancho y dos y medio pies de grueso. Las piedras todas son labradas y aún pulido su frente exterior; algunas tienen la punta endentada, como si se hubiera pensado sobreponerles umbrales u otras piedras encima; y sus costados se hallan acanalados, como si se hubiera pensado agregarles lozas paradas, formando una muralla sólida. Al lado Oeste y al nivel del terreno de la Pampa, que rodea el edificio, se halla, digamos, una hoyada rectangular de doscientos ochenta pies de largo por ciento noventa de ancho; y cuyos contornos se habían rodeados de paredes de piedras, y en [191] sus esquinas parece haber existido graderías que conducían al terraplén superior como he indicado, de ocho pies de altura. Casi al centro de la apertura de esta construcción, se halla un cuadrito de piedras paradas de tres a cuatro pies de altura.

Más al Este del edificio, considerado como el Templo, se halla una construcción cuadrada, que es llamada el Palacio, y que ha sido formada por pilastras de traquita. ¿De qué volcán ha podido provenir esta traquita, si no aceptamos la antigua existencia de los volcanes cuyos cráteres deben existir sepultados en las aguas del Titicaca?

Lo que sobremanera llama la atención del viajero, que examina las ruinas de Tiahuanaco, es la precisión y pulidez de la labranza de las piedras, que cubren esas ruinas, y forman aun gran parte de las murallas, especialmente en la construcción llamada Fortaleza. Ésta en su origen parece haber consistido de tres cuerpos sobrepuestos uno al otro, y en su costado aún se hallan depositadas grandes piedras, a más o menos altura, que dan pruebas evidentes de la existencia de esos tres cuerpos de construcción.

La muralla que rodeaba la base existe en gran parte; y es formada por pilastras distantes una de otra, como he dicho, de quince pies, y los intervalos son formados de paredes de piedras muy bien labradas, cuyas cabezas tienen sus picos sobresalientes para sujetarse en los soquetes de las otras; parecidas a la madera de pino usada en los pisos y que se conoce

en el comercio con el nombre de machimbrada. Además, las piedras sobrepuestas tienen unos agujeritos correspondientes a los de las piedras que forman la muralla inferior, como si hubiera habido la idea de unir las, echando cobre o estaño derretido por dichos agujeritos, para de ese modo formar una sólida muralla.

La portada del cementerio de Tiaguanaco es todo [192] de una sola piedra o monolito; tiene siete y medio pies de alto, cerca de seis pies de ancho y pie y medio de grueso; la apertura tiene seis pies de alto y tres pies de ancho. Al lado interior, esta portada no tiene más adornos que unas rayas labradas en doble hilera como cenefa; al lado exterior tiene varios cuadros, tallados en la piedra, con figuras como de cabezas humanas, en regular estado de conservación. Sobre el ángulo norte del edificio llamado el Templo, se halla situada la gran portada monolita, objeto de los especiales estudios y comentarios de los visitantes de Tiaguanaco.

Esta estupenda mole de roca ha sido rota en dos trozos, según tradición, por un rayo, causando el que ya no formen un solo cuerpo, sino dos, inclinados uno hacia el otro. Este monolito es el más grande y más notable, que se conoce en el mundo; tiene trece pies y medio de largo, cerca de siete y medio pies de alto, y la piedra tiene en toda su extensión, como diez y ocho pulgadas de grueso.

En la parte superior tiene cuatro hileras de esculturas en relieve; en el centro se halla, también en relieve, una figura de un hombre, con dos cetros en la mano y con la cabeza en figura de un cóndor. La apertura de tránsito del monolito tiene cuatro pies y medio de alto, y cerca de tres pies de ancho.

Al otro lado el monolito no tiene más adornos que unas rayas labradas o excavadas sobre la misma roca, y como cenefas del cuadro: en este lado además tiene el monolito en la parte superior cuatro pequeños nichos, y en la parte inferior y a cada lado de la abertura, un nicho grande.

Ya he dicho, que un lado tiene el monolito cuatro hileras de cuadritos, estos tienen como ocho pulgadas en cuadro; también he dicho que al centro y en relieve, existe una figura. Esta se halla en un cuadro de treinta y dos pulgadas de largo por veinte [193] y uno de ancho. En cada cuadrito las figuras representan cabezas humanas informes, y cabezas de tigre o cóndor. La figura central grande tiene cinco apéndices en la cabeza, que parecen representar rayos, o quizás cintas de adorno; uno de los cetros que sostiene con las manos tiene cabeza de cóndor y el otro de tigre. La hilera de cuadritos más bajo representan copias pequeñas de la cabeza de la figura grande.

Recuerdo haber visto hacen algunos años en la Exposición una piedra con labores, traída del departamento de Ancachs, cuyas labores en algo se asemejan a las anotadas en Tiaguanaco; copia de esta piedra posee el señor Raymondi.

Hacia el noroeste del Templo existe una piedra de veintiséis pies de largo, por diez y siete de ancho y tres y medio pies de grueso, y entre el Templo y la Fortaleza existe otra de cuarenta pies de largo, por quince de ancho y tres de grueso. Todas las piedras son de roca roja arenisca, igual a la piedra empleada en la construcción de los bellísimos y casi

desconocidos templos católicos de Pomata; los monolitos son de traquita color aplomado. Los templos de Pomata son una maravilla.

Desde las Ruinas a las Canteras, se hallan diseminadas en el camino gran cantidad de piedras sin labrar, abandonadas en circunstancias, sin duda alguna, de ser conducidas a las Ruinas: los indios las llaman Piedras Cansadas.

La llamada Fortaleza se asemeja muchísimo en su construcción a los edificios antiguos de Méjico, y muy especial al Gran Templo-Fortaleza de Boerdor, de la Isla de Java, que acaba de ser destruido por el gran terremoto de Agosto 26 del corriente año. Este Templo-Fortaleza tenía cinco cuerpos, sobrepuestos el uno al otro; como el de Tiaguanaco tenía terraplenes alrededor, con gradas en las esquinas [194] para subir a los más altos, y con celdas en sus murallas para los sacerdotes Budistas.

Las ruinas de Timuanaco, al parecer son obra de pueblos muy adelantados en civilización, pues han levantado edificios tan grandes y notables para su arquitectura; demostrando a la vez, que conocían el uso de herramientas convenientes para cortar en las canteras, y para labrar, con exquisita precisión, las piedras necesarias para sus obras.

El uso del fierro era desconocido en las Américas; cuando abordaron a las costas del norte los Normandos; o cuando Colón descubrió estos continentes. Solo el chumpi, mezcla de cobre con estaño, o sea el bronce, era usado, y quizás ese metal ha sido empleado en las herramientas usadas en estas construcciones.

Por otra parte, para conducir esos inmensos y pesados trozos de piedra de las canteras, han debido emplearse fuerzas de movilización, desconocidas para nosotros.

Quizás una abundante y opulenta población ha existido en esos contornos, hoy áridos y casi desiertos; quizás esos hoy casi improductivos campos, han sido extensos vergeles con producciones tropicales, o a lo menos suficientes para mantener esos innumerables trabajadores.

Hoy los campos de Tiaguanaco, con su altura de trece mil pies sobre el nivel del mar, no producen sino escasa cebada, cortas cosechas de papas, y quinua en reducidas cantidades; hoy, esos campos son pampas donde predomina el hielo y el frío en muchos meses del año.

En todos esos alrededores no se notan otros restos de antiguas poblaciones; no se hallan vestigios de su antigua existencia.

El viajero Falb, con notable ligereza nos aseguró aquí, en una de sus extrañas conferencias, que las [195] ruinas de Tiaguanaco eran un monumento conmemoratorio del Diluvio, que todas las figuras derramaban lágrimas, como en señal de dolor por ese hecho o cataclismo.

Sin duda que el señor Falb, al examinar las ruinas, usó especiales antiparras, y ha visto lo que no existe. Ni en las cabezas de los cuadritos indicados; ni en la cabeza de la grande

figura central, ni en las cabezas de otras figuras, como las de la entrada a la Iglesia de Tiaguanaco se ven señaladas o indicadas las referidas lágrimas.

Los viajeros tienen equivocaciones muy notables; por ejemplo D'Orbiguy asegura que el gran monolito de Tiaguanaco se hallaba caído y derrumbado; lo asegura como cosa que él había visto; y sin embargo el monolito se halla en pie, y jamás ha sido derrumbado.

Todos los viajeros, los cronistas o historiadores en la época de la conquista y las tradiciones locales, concuerdan en que las notables ruinas de Tiaguanaco, son obra de una época anterior a la de los Incas.

Cómo y cuándo se construyeron esos inmensos edificios; y que nación los construyó, son misterios que jamás quizás se podrán aclarar.

La semejanza de esas fábricas a las de Méjico y Palenque etc., su analogía con los antiguos Templos Fortalezas de Java etc., hacen creer, que quizá en épocas muy remotas, tribus de esos países han tenido correspondencia con los habitantes de la Alta Planicie de la América del Sur; pero los comprobantes son escasos y tan oscuros, que sería muy aventurado el expresar una idea aceptable sobre el particular. [196]

Los indios urus

De la ciudad de la Paz (Bolivia), a la ciudad de Puno (Perú) hay, según los itinerarios, cincuenta y dos leguas de distancia, camino llano, y sobre el cual se hallan situados conveniente número de pueblos, que sirven para descanso del viajero. De la Paz al Desaguadero, río por el cual se desagua la laguna de Titicaca a la de Aullagas, hay veinte y dos leguas. Saliendo el viajero del pueblo de Tiaguanaco, cuyas ruinas hemos ensayado de describir en el artículo anterior, se llega al pueblo de Huaqui, distante cuatro leguas, y notable por la memorable derrota, que en ese punto experimentó el ejército patriota Argentino, a órdenes del general Castelli, por el realista a órdenes del general don Juan Manuel Goyoneche, arequipeño, en junio 20 de 1811; por esa victoria le dio el rey de España, Fernando VII a dicho Goyoneche el título de conde de Huaqui, título de que disfruta su sobrino, el actual conde de Huaqui, también nacido en Arequipa.

De Huaqui al río Desaguadero hay cinco leguas; ese río se pasa por un puente, fabricado por los naturales [197] con balsas de totora (typha), unida una a la otra por sus costados, y retenidas en línea por grandes cables de una paja que crece a esas inmediaciones, que es muy tenaz y fuerte; en uno de mis anteriores artículos he dado una descripción exacta del método, empleado en la construcción de dichas balsas.

En cada lado del río existen poblaciones pequeñas, una peruana y otra boliviana, y se paga por cada transeúnte una pequeña pensión, por derecho de pasaje, en cada una de las garitas existentes en las dos cabezas del puente. Del Desaguadero a Zepita, hay dos leguas; Zepita es memorable como el campo de batalla entre el ejército patriota, a órdenes del

general Santa Cruz, y el realista a órdenes del general Valdés, en agosto 25 de 1823; aún viven en Lima el general don Manuel Mendiburu, y el coronel don Manuel Odriozola, que asistieron a ese combate, a órdenes de dicho general Santa Cruz.

A la izquierda del camino se hallan las canteras de traquita y arenisca roja, de las cuales han sido sacadas las grandes piedras, con las que se han fabricado las inmensas ruinas de Tiaguanaco. ¿Cómo han sido conducidas esas grandes y pesadas moles de esas canteras a Tiaguanaco? ¿De qué medios se han valido esos desconocidos y antiguos arquitectos, para transportarlas de un lado al otro del río Desaguadero, esas inmensas y pesadas moles de roca? cualesquiera de esas grandes piedras, puestas por sí sobre el puente del Desaguadero, lo hundiría con su grandísimo peso. No existía acaso en esa remota antigüedad el río Desaguadero? ¿El cataclismo que hundió los cráteres del Titicaca abrió quizás, por su erupción violenta, el estrecho de Tiquina, por el cual se dio paso a las aguas de la gran laguna a la tercera, y más pequeña, de donde, por su desnivel, comenzó a correr el río recién formado del Desaguadero? [198] Hombres mucho más estudiosos y científicos que yo, quizás algún día podrán resolver estas preguntas. Por ahora solo me limitaré a indicar esos importantes puntos de una estudiosa y científica investigación.

De Zepita a Pomata hay siete leguas. ¡Pomata, pueblo de maravillosas iglesias! ¡Pueblo donde los jesuitas, como en todos los de la provincia de Chucuito, ostentaron su saber y sus talentos; pueblo que posee cuatro templos de asombrosa construcción, uno de los cuales, Santa Cruz, si existiese en Europa, sería punto de constantes romerías para examinar su fábrica, y extasiarse ante su desconocida y asombrosa construcción!

Ni la celebrada capilla de Enrique VII en Londres; ni la catedral de Milán, ni ningún templo de la afamada Roma, encierra en su interior la maravillosa, la asombrosa labor de filigrana, de flores, pájaros, y frutas, talladas en roca viva, de color rojo, con más belleza, con más arte, con tanta prolijidad y pulidez que si esa roca hubiera sido blanda madera.

El techo de la sala de sesiones del Senado en Lima, no es comparable con los tallados filigranescos de la roca en este templo; y sin embargo son desconocidas esas maravillas; son objeto del más temerario abandono, por los llamados más directamente a conservarlas.

Varias veces mi débil voz, en enojoso arranque, se ha elevado contra tanto abandono - ¿qué bien ha producido? nada- mis esfuerzos me han acarreado profundas enemistades.

¡¡Los gobiernos se han desatendido de esas maravillas no eran de su partido!! no merecían su atención.

A la derecha de Zepita, y a la distancia como de 6 leguas, se halla el Pueblo Peruano de Yunguyo, [199] donde se celebra una regular feria el 15 de agosto de cada año.

Poco más a la derecha, como a una legua de distancia, se halla la línea divisoria entre el Perú y Bolivia; esa línea se llama Ccacsani; las casas de Peruanos y Bolivianos se hallan unidas unas con otras, siendo imposible distinguirlas, si no fuesen pintadas de color rojo, las habitadas por Peruanos; más a la derecha se halla el afamado santuario de Copacabana; de esto más tarde quizás me ocuparé prolijamente.

De Pomata a Juli hay 4 leguas de distancia; Juli es hoy la capital de la provincia de Chucuito.

De Juli al pueblo de Ilave hay 5 leguas de distancia, y en la línea del camino se encuentra un gran trozo de roca arenisca, color rojo, que se halla artísticamente labrado, y según tradición, es el sillón sobre el cual descansaba el Inca, cuando transitaba por esos campos.

Es de figura de un sillón largo, en la parte superior, y más abajo se hallan tallados, sobre la misma roca varios asientos, con gradas para subir a ellos.

Todo el terreno alrededor es carbonífero: las vetas o capas carboníferas se extienden en todas direcciones, lo mismo que en Zepita, Yunguyo, y el estrecho de Tiquina.

De Ilave a Acora hay 5 leguas, y en esa carrera se encuentran varias chulpas, torreones sepulcrales de los antiguos habitantes. Casi al centro de Acora, y sobre una pequeña altura, se halla una construcción idéntica a los cromlechs, o sepulcros antiguos de la Bretaña e Isla de Malta.

Esta construcción tiene 17 pies por cada uno de sus cuatro costados, una altura como de 6 pies, y techo de piedras, que cubren las grandes piedras o pilastras alrededor, formando como una corniza. A un lado hay una entrada con dirección al este. Es [200]

un muy antiguo y curioso movimiento, probablemente el sepulcro de un jefe notable.

De Acora a Chucuito hay 3 leguas de distancia. Chucuito fue, en época inmediata a la conquista, población de notable vecindario, asiento de las cajas reales, y lugar de lavaderos de oro, como lo indica su nombre.

La revolución de Tupac Amaru, y la remoción de las cajas reales a Puno, han arruinado esa población: hoy no se conoce aún el punto donde se lavaba el terreno para beneficiar el oro. De Chucuito a Puno hay cuatro leguas. Puno es hoy una población que tomaría gran incremento y prosperidad si hubiera paz y libre comercio con Bolivia; tiene el ferrocarril que lo une a Arequipa, y vapores en el Lago.

La laguna Titicaca, en sus extensas orillas, tiene notables bahías, de las cuales se puede hacer benéfico uso en épocas no muy remotas, sosteniendo como es de esperarse, un provechoso comercio.

La bahía de Puno, donde hay un muelle, y la de Chililaya, (Bolivia) ofrecen ventajas notables a la industria y al comercio. En casi toda la extensión de sus orillas, ofrece la Laguna facilidades para embarcar frutos del país, o desembarcar mercancías. Inmediata a Vilquechico, y cerca de un antiguo Palacio de los Incas, existe un excelente puerto, del que hacía uso el Inca cuando se embarcaba para las islas de la Laguna: Conima, Achacache, Guarina, etc., son puertos que frecuentan los navíos (balsas) mercantes de la Laguna.

Las islas de Soto, Amantini, Tiquili, Coati, Campanario, etc., son muy productivas de papas, cebada, etc. En esas islas se hallan montones inagotables de piedrecitas, blancas y negras, más o menos del tamaño de un huevo de gallina, que sirven para empedrar los patios de las casas de Puno, etc., formando muy vistosos dibujos. ¿Qué origen tienen [201] esas piedrecitas? ¿Cómo se hallan exclusivamente en las islas? Estos son misterios que nos es imposible aclarar.

Desde que se pasa el Desaguadero, y se toca con las orillas de la tercera laguna, y en todas las riberas sur de esa tercera laguna, y de la totalidad de las riberas de la segunda Laguna, que es la central y grande, se encuentran, en sus orillas, a los indios urus. ¿Quiénes son estos indios? El historiógrafo Herrera dice en su obra que los urus eran los más salvajes que conocía, y que preguntándoles que de donde eran, contestaban que «no eran hombres sino urus»; y agrega, que en ese tiempo se hallaban grandes poblaciones de ellos viviendo en balsas de totora, amarradas a las rocas en tierra. Los urus de 1601, cuando Herrera publicó su obra, son los mismos urus de 1883; no han adelantado un sólo paso en el camino del progreso y civilización, a no ser que sea considerado progreso el que se emborrachen constantemente, como lo creen algunos de nuestros modernos dilettanti, devotos constantes de conocidas tabernas.

Los urus han vivido y siguen viviendo sobre balsas de totora muy grandes, sobre las cuales habitan, abrigados por tolderas construidas de arcos de chaclla, [202] cubiertos de esteras dobles de la misma totora. La chaclla es un mimbres delgado, que crece en abundancia en los lugares abrigados de la laguna, da una flor amarilla, y produce una vainilla de semillas, parecida a la del Algarrobo. Un primitivo fogón hecho de arcilla, les sirve de cocina; su alimento es el abundante pescado, que contiene la Laguna; los innumerables pájaros que frecuentan esas aguas y algunas papas y quinua, que cambian con los extranjeros para ellos de tierra, que habitan esas comarcas. Los urus son indios en su configuración y color, aún más oscuro, que el de los Quichuas y Aymaraes que los rodean, y con quienes evitan enlaces y relaciones. Visten de tejidos fabricados por sus manos, y con lanas ahora de oveja, antes de llama, que sus cambalaches les proporcionan. Los urus hablan un idioma especial, con gran acopio de palabras de la lengua Aymará; siendo hoy muy difícil conocer si su lengua es primitiva, o un dialecto del Aymará, único idioma que se habla en esos territorios. Frecuentan los templos de los pueblos de la provincia de Chucuito, en los días notables de las festividades; no olvidándose los hábitos de asistencia rigurosa, que los ilustrados Jesuitas les impusieron, y a que entonces se sometieron, vista la moralidad de esos sacerdotes; esos hábitos de asistencia religiosa se hallan hoy muy relajados, en atención a la poca escrupulosa conducta de los llamados sacerdotes, que el Obispado del Cuzco remite a esos lejanos pueblos. Ignoran si los Reyes de España imperan sobre esos países; y la República sólo la conocen por las excesivas gabelas, que la Libertad les proporciona cada día. Ignoran también (¡¡qué temeridad!!) las ventajas de la Libre Constitución, que nos rige; y los beneficios del afamado sistema Representativo; son unos verdaderos brutos en cuanto a la moralidad e ilustración de la Prensa, y nuestros hombres [203] grandes para ellos son..., como si no existiesen ¿Cómo es posible tolerar sobre la faz del territorio nacional hombres tan ignorantes de nuestra ilustración, ciencias y patriotismo? ¿Cómo considerar como hermanos a hombres que jamás han oído siquiera mencionar los nombres de nuestros grandes oradores, de nuestros grandes hombres de Estado, de nuestros sabios patriotas, que nos han traído la Alianza con Bolivia, por ejemplo? Estos urus son

seres inútiles; sólo piensan en su Balsa, en su modesta familia, en conseguir lo suficiente para emborracharse, en los días de las festividades de sus pueblos. Por sus poblaciones; porque las aglomeraciones de Balsas son verdaderos pueblos, pasan los vapores, que velozmente surcan las aguas de la Laguna, y ellos ni miran siquiera a la tan inmensa máquina de moderno progreso. De alguna de sus Balsas, ven rápidamente pasar los trenes del ferrocarril de Arequipa a Juliaca y Puno, y no se mueven siquiera para contemplar tan grande adelanto de la edad presente.

En las orillas de los lagos de la Suiza, se han encontrado sumergidas las habitaciones de muy antiguos pobladores. Esas poblaciones según se deduce, han existido aún antes de la conquista de esos pueblos por los Romanos; y en esa remota época se ignoraba por completo la existencia de esas numerosas tribus lacustrinas.

Trabajos y estudios modernos han hecho patentes la existencia de pueblos muy primitivos, que han habitado esos territorios; y de esos descubrimientos se han extraído armas y utensilios domésticos, que comprueban lo muy atrasado que en ciencias y artes se hallaban esos pobladores, en épocas tan remotas. Últimamente se han hecho grandes trabajos, a orillas de esos lagos de Suiza; y se han conseguido los más pingües resultados; sus utensilios domésticos [204] etc., todo demuestra un pueblo muy primitivo; una raza que desconocía aún el uso del hierro.

Muy digno de un serio estudio, sería el hacer las debidas comparaciones entre esos pueblos, habitantes de los lagos de Suiza, las poblaciones flotantes de los ríos de la China y nuestros urus; en vista de los restos conseguidos en los últimos trabajos y el modo de vivir de los Chinos y urus, pueblos tan difíciles para cambiar o modificar siquiera, sus hábitos y costumbres.

Los campos de los pueblos de Chucuito, de que he hecho mención son muy feraces, y en notable abundancia producen víveres y ganado vacuno y lanar. Esos pueblos gozan de un clima aunque frío, sano y conveniente; el Lago modifica sin duda los fríos, consiguiendo a su gran altura. Esas poblaciones tienen provechoso y constante comercio con los pueblos de Bolivia, y con los colindantes del Perú, Moquegua, Arequipa y Tacna. La Laguna rinde inmensas cantidades de bogas y suches, no escaseando el sabroso umanto. Inmensas tropas de flamencos, patos, ibis (el pájaro sagrado de Egipto) gallaretas, etc., se encuentran en todas las orillas de la Laguna.

Los ganados vacunos y lanar abundan en las estancias y haciendas, manteniéndose el primero en grandes tropas con el llacho, pasto, que crece debajo de la agua a orillas de la Laguna, y con la misma totora tan abundante.

El carbón de piedra brota por todas partes, en las orillas sur de la Laguna.

Las minas de plata, de cobre, etc., son abundantes; allí está la portentosa mina de Cacachara con sus grandes socavones, etc. Allí está el gran socavón de la Gabia, desconocido casi y olvidado, por el cual pasa un hombre a caballo; allí están los cerros de Guacullani y Pisacoma; allí están las abandonadas [205] y opulentas minas de Santa Rosa, etc. Sólo se esperan capitales para producir, como las minas actuales de Bolivia, inmensas

riquezas; brazos vigorosos abundan para impulsar las industrias y el comercio. Allí está todo, todo lo que el hombre necesita para su adelanto y bienestar, ¿qué falta pues? Falta la paz; falta que se establezca sobre esos pueblos un Gobierno, que con mano honrada, vigorosa y enérgica, contenga la anarquía y revolución; un Gobierno que proteja la industria y castigue el ocio y el crimen; un Gobierno que se olvide de las bellas teorías y que obligue por la fuerza si es necesario a que todos y cada uno cumpla con su deber.

El día que en estos lejanos pueblos se inaugure tal orden de cosas, ese día la provincia de Chucuito, será el centro de grandes industrias, de un activo comercio; será el campo fértil, del cual a torrentes se derramará la dicha y el bienestar sobre todos los pueblos que la rodean, será la despensa de nuestras necesitadas poblaciones de la costa.

Con sus industrias, con sus valiosas producciones, con los abundantes y vigorosos brazos de sus numerosos pobladores, contribuirá más a la regeneración de la Patria, y a la salvación y estabilidad de sus instituciones, que con todas las declamaciones y exigencias de sus falsificados representantes, y de esos Gobiernos que han pretendido ocuparse de su bienestar, para sólo explotarlos.

La provincia de Chucuito no debe a los Gobiernos de la República una sola obra pública, un sólo bien, una sola medida, que demuestre el más pequeño interés por su dicha y progreso. [206]

Tamarugal

Me perdonaran mis lectores, si en los renglones siguientes, hallan repetidas algunas ideas más, publicadas en los artículos anteriores; pero creo que la importancia del asunto me permite llamar nuevamente la atención de los sabios sobre la Pampa del Tamarugal, y dedicarle un artículo especial.

¿Qué ha sido en los siglos remotos y lejanos la Pampa del Tamarugal? ¿Ha sido en su origen un lago de agua dulce, como el Titicaca por ejemplo, o ha sido un brazo de mar, en aquella remota época, en que las costas del Perú, se hallaban en gran parte aún sumergidas bajo el nivel del Mar? El sabio que estudie con empeño ese fenómeno geológico, podrá quizás aceptar una u otra base de sus opiniones, o las dos a la vez, separando las épocas en uno u otro caso. Sin pretensión a ser considerado sabio ni a que mis opiniones puedan merecer siquiera mediana aceptación, quiero sin embargo exponer mis impresiones locales, y dar a conocer mis ideas, tan sólo fundadas en el examen de esas localidades.

En mi concepto, el territorio que hoy forma la [207] Pampa del Tamarugal, llamado así los Algarrobos que allí han existido y aún existen en limitadas cantidades; ha sido, en la más remota antigüedad, un brazo del mar, formando un estrecho, que separaba el continente y su cordillera de los Andes, de las alturas donde hoy existen la población de la Noria y las Serranías de las Minas de Guantajaya y Santa Rosa etc. Los grandes depósitos de sal marina que se hallan en esas cordilleras, y en las altiplanicies de la Noria, Guantajaya etc.,

como puede cerciorarse cualesquiera viajero que tome el ferrocarril de Iquique a la Noria. Pruébalo igualmente la gran cantidad de pájaros marinos muertos, los nidos de estos hasta con huevos y los mismos depósitos de huano, que se encuentran en grandes cantidades, a más o menos profundidad, a los bordes de la Pampa del Tamarugal; estos bordes pueden considerarse como las playas de ese Estrecho marítimo. En esos Depósitos de Huano se encuentran huesitos de pescado, y otros despojos que demuestran su origen del todo marino. En el curso de los siglos el terreno se ha ido levantando; lo mismo ha sucedido en casi todos los territorios de los continentes; ese brazo o estrecho de mar se ha convertido en un lago de agua salobre, pues los vientos constantes del Sur, y la misma acción de las olas ha traído grandes masas de arena, que han cerrado su embocadura, como se puede colegir de la formación del terreno en las inmediaciones de la Bahía de Chipana, donde aún existe con agua salobre una especie de Laguna, resto de la grande que antes formaba también resto del estrecho marítimo citado: ese brazo o estrecho ya convertido en Laguna se ha secado en el curso de los años, dejando como todas de su igual aparecido origen, grandes y palpables depósitos de sal marina, que hoy se pueden reconocer en todas esas comarcas. [208]

Entonces han sobrevenido las posteriores inundaciones de esos campos. Las constantes filtraciones de las aguas de tan altas cordilleras; los perennes riachuelos de agua que de esas cordilleras bajan convertidos en ríos muchos de ellos en los meses de grandes aguaceros y nevadas en las cordilleras Noviembre a Abril; han llenado esa laguna, esa hoyada, dejando esa gran masa, y han formado una gran masa de agua, un lago interior, un pequeño Titicaca, cuyas aguas salobres, por la mesida de las aguas dulces que bajaban de las cordilleras con las saladas existentes como resto del estrecho marítimo, han ido poco a poco perdiendo su carácter marino para convertirse en aguas, saturadas si con sal, pero parecidas a las actuales del Titicaca. En ese lago interior han existido pues; sólo restos del hombre no se han hallado aún.

Ha sobrevenido enseguida otra transformación. Las aguas de ese lago, se han sumergido, o se han evaporizado por los intensos fríos de las noches, por los ardientes rayos del sol, dejando en sus abandonadas y ya secas orillas o playas, residuos de las sustancias que han tenido en solución. A esa transformación ha debido haber contribuido los grandes cataclismos, los grandes terremotos que en edades anteriores, cuando esas cordilleras se hallaban cubiertas de tantos y tan activos volcanes, hoy apoyadas en gran parte, han trabajado tanto esos territorios. Las aguas han casi desaparecido; sólo han quedado sus sedimentos; estos se han resecado; se han rajado en gran cantidad de trozos y en todas direcciones. Los terremotos han elevado unos terrenos, han sumergido otros; esos terrenos, donde han alcanzado las humedades, han producido planteles y grandes árboles; se han formado los grandes bosques de algarrobos, que son los primitivos Prosopis o Acacias del territorio Peruano; y esos hoy áridos [209] y arenosos campos han sido verdes vergeles cubiertos de pasto y arboledas; las momias de esta aún se hallan cubiertas de capas de arena.

Más tarde ha sobrevenido otra transformación. El terreno ha carecido de la humedad necesaria para alimentar esos pastos y esos árboles; la vegetación en casi su totalidad ha cesado; los árboles y arbustos casi por completo se han secado; el excesivo calor los ha quebrantado y destrozado están convertidos en seca leña, sus verdes hojas, sus ramas con

polvo. Esta es la época actual, la presente faz de esos campos; en ellos no se ven hoy lagos o lagunas; las aguas subterráneas son las destiladas de las cordilleras, son las conducidas por las quebradas, en las avenidas de la Estación de aguas; quienes más tarde, ni esas aguas tanto escasas, se hallaron en esos campos; cada año las aguas de las cordilleras son más escasas. Donde hacen veinte años se hallaban aguas corrientes, humedades abundantes, ya no se ven sino sequedad y polvo: muchos canchones han tenido que ser abandonados por la falta de aguas para sostener las plantas. Si llueve pues en las cordilleras, esos canchones, esos campos, tendrán vida; si no se cambian las condiciones climatológicas de esos territorios, si no llueve como antes, todos esos campos se convertirán en desiertos: sus días serán contados. En el territorio existente entre la Pampa del Tamarugal y el mar exclusivamente se hallan los depósitos de caliche, materia prima del Salitre, y madre del Yodo. En la Pampa misma se hallan los depósitos de bórax, y en las cordilleras abunda también esta sustancia. Las minas de plata, tan afamadas de Huantajaya y Santa Rosa, se hallan al lado de los depósitos de caliche; pero los metales preciosos no escasean en Yabricalca y Challascolla; no faltan en los demás cerros de las cordilleras. [210]

En esa Pampa del Tamarugal he dicho que han existido campos verdes, y por consiguiente seres animados de vida. El señor don Evaristo Beas, anciano y respetable vecino de Iquique me aseguró en Mayo de 1876, haber visto encontrar, en un punto entre el antiguo pueblo de la Rinconada, y el actual caserío de la Cabrería, restos de animales muy grandes, y osamentas en gran cantidad. Indagada por mí la verdad de estos asertos, logré averiguar que efectivamente esas osamentas habían sido halladas, y que las había recogido un señor Zapater. Ese esqueleto tenía, según se dijo, veinte y cuatro pies de largo, con cabeza larga, y angosta, con dientes muy afilados, y muelas anchas y grandes, los huesos de los brazos y piernas muy gruesos y fornidos, y la cola larga. El señor Beas me aseguró además, que en las inmediaciones de la misma Cabrería se habían hallado restos de un animal cuyas quijadas eran parecidas a la de un caballo. ¿Sería quizás un Nuennul? Sabido es que restos muy antiguos del caballo se han hallado en varios puntos del Continente Americano.

Esas osamentas encontradas entre la Cabrería y la Rinconada, ¿no serían despojos del pleriosaunes? Por no tenerlos a la vista no es posible formarse un juicio cabal. En uno de mis anteriores artículos he hecho mención de la osamenta hallada en el Canchón del señor don Domingo Lecaros, en Cuminalla; y también he dicho que esa osamenta ha sido remitida al Museo de Berlín por el señor Sokoloski, a quien se le regaló, sin que se sepa aún a que animal han pertenecido esos restos. A mi juicio son de un gran caimán, quizás un pleriosaurus peruano.

He dicho en la parte anterior de este artículo, que sólo del hombre no se han aún hallado restos en los campos del Tamarugal. Sólo en un punto, llamado Pintados, se hallan inscripciones muy antiguas, [211] que no es posible descifrar en la actualidad. Pintados, son unas rocas, existentes sobre unos cerros, al Sur de la Noria, y como a unas seis leguas de distancia. Estas rocas se hallan casi al margen a orillas de la Pampa del Tamarugal a su lado Oeste. Es imposible hoy poder descifrar esas inscripciones, ni poder asegurar la remota época en que ellas han sido estampadas en esos puntos. Ellas sin duda son muy antiguas, y han sido allí estampadas con algún objeto muy notable, pues no es posible creer lo contrario, atendiendo al mucho tiempo que ha debido emplearse en elaborarlas. Andando

los tiempos vendrá sin duda algún anticuario, inglés ha de ser precisamente, que copie esas inscripciones y publique una voluminosa descripción de ellas y de sus viajes; obras que tendrán más protección que la que entre nosotros, han tenido siempre los estudios científicos de nuestras antigüedades. [212]

Guayaquil

El viajero que se dirige a Guayaquil, tomando el vapor de la Compañía Inglesa para verificar su excursión, toca en el puerto de Payta, como primera escala de descanso. Payta posee una cómoda y excelente bahía, protegida de los vientos del mar por las alturas del cerro de la Silla; y no escasean buenas y abundantes provisiones. A pesar de esas ventajas, Payta es un punto de corto vecindario; la completa aridez de los terrenos que la rodean, la hacen presentar un aspecto triste y desagradable. Su situación a la base de barrancos de conglomerados de conchas y arcilla amarillenta, arrastrados y depositados allí por muy antiguas y violentas inundaciones, no le permite gozar de la más escasa vegetación; carece, además, de vertientes de agua potable, y la que se consume es traída por aguadores especiales del río La Chira, distante como cinco leguas. Posee dos regulares Iglesias, y una Aduana, construida de fierro, cómoda y aparente para el comercio de esa localidad. De Payta sale una línea férrea que debe unir el puerto a la ciudad de Piura, capital del departamento; y [213] digo que debe unirla, porque al paso que vamos, esa unión es hoy, quizás, una insuperable dificultad.

El río de La Chira, formado de los ríos Pílares, Alamor, Catamaya, Quiroz y Macara, que tienen algunos, por sí o sus ramales, origen en el territorio de Loja, departamento perteneciente a la República del Ecuador, arrastra considerable cantidad de agua al mar, entrando a inmediaciones de Colan, pequeño pueblo cuatro leguas al Norte de Payta. De ese río, según contrata, debía conducirse a Payta, por cañerías de fierro, el agua suficiente y más que suficiente, para su consumo y necesidades; como muchas otras contrata del Gobierno, esa obra no se ha concluido, a pesar de haber este bonachón y tonto sujeto (el Gobierno), entregado el total importante de la obra contratada. Payta carece, pues, de agua; y hasta los perros, al anochecer, se ven obligados en tropas a marcharse al Arenal, pueblo a orillas del río La Chira, a amortiguar su sed.

Lo más notable de Payta hoy, según lo que yo he visto, es una enorme concha marina que sirve para contener el agua bendita, en el bautisterio de la Iglesia de la Merced.

Navegando hacia Guayaquil, se pasan los altos de la gran hacienda de Mancora, propiedad de los hijos de un señor Lama. Esta hacienda era de la Beneficencia de Piura; arrendatario era el señor Lama, en la época del Portete; el valor del ganado que se dice dio para el Ejército que comandaba el general La Mar, y después el general Gamarra, fue suficiente y aún sobró, para quedarse con la hacienda, en virtud de un contrato, que se aseguró en Piura, fue muy leonino para los intereses generales de la República, y para los especiales de Piura, cuya Beneficencia jamás vio un centavo, como valor de su riquísima propiedad. Mancora posee terrenos feraces de más de cuarenta leguas de contorno;

abundantes crías de [214] ganado vacuno, cabrío y mular; posee minas de brea, azufre y kerosene, en gran abundancia; de sus cerros se recoge la orchila y madera. La desidia, y la vía ejecutiva, han permitido que una familia se haga rica y poderosa, a costa de toda la población de un departamento, cuyos hijos carecen de aquel alivio de sus hospitales, y de aquella educación para sus numerosos niños, a que tenían pleno y absoluto derecho, y de que no podía ni debía privarlos una mala administración.

Desde Mancora, el aspecto desierto, árido y arenoso de la costa, se va paulatinamente cambiando; y al llegar al frente del río Tumbes, se hallan campos cubiertos de madera, y arboleda abundante en algunas partes. El río Tumbes al Sur, y el río Zarumilla al Norte, forman los linderos de la provincia de Tumbes, departamento de Piura. El río Zarumilla es el lindero, en esa parte, de los territorios de la República del Perú y del Ecuador. El río Tumbes es grande, pueden entrar en él embarcaciones de gran tamaño, y navegar hasta 130 millas adentro; lo forman los ríos que bajan de la serranía de Chilla, territorio del Ecuador. Esa provincia de Tumbes es hoy de muy poca población, y sus campos, que en la época de la conquista eran tan fructíferos y poblados, hoy se hallan casi desiertos y cubiertos de monte. La gran acequia de los Incas, que derramaba sus aguas por todo ese territorio, se halla destruida en algunas partes, derrumbada en otras, abandonada en todas; y las grandes riquezas que esos campos pueden producir en café, en cacao, etc., se hallan sepultadas y despreciadas. Un tiempo fue en que pretendieron unos amigos formar compañía para refaccionar esa acequia, para cubrir de verdes vergeles esos hoy desiertos campos, para establecer familias y colonias, en esos hoy abandonados territorios; los hombres que sólo querían vivir de la explotación pública, pusieron [215] tal cúmulo de dificultades, se suscitaron tantas pretensiones y exigencias, que tuvieron esos amigos que abandonar esos proyectos y planes, que destruir bellas concepciones, que sepultar esperanzas y olvidar no pequeños desembolsos. La gran acequia sigue destruida y abandonada; los campos permanecen yermos y estériles, ¿qué les importa a los especuladores del Palacio?

En lejana tierra, pasan gozosos y llenos de prosperidad, los días y los meses en que la Patria gime aherrojada al carro de sus infortunios; no han visto ni ven la muerte de tantos seres queridos; ellos no han visto, no ven la degradación, el exterminio, la ruina de la madre patria; ellos no han visto, no ven, sino su propia riqueza, su propio bienestar. El bofetón que el francés Pradier Foderé, que el inglés Markham, que el italiano Caivano, les han dado en la cara, ¡¡no los ha hecho ruborizarse siquiera!!

En casi línea recta al Norte de la embocadura del Tumbes, se distingue la isla de Santa Clara, más generalmente conocida con el nombre de isla del Muerto o del Amortajado. En efecto, a la distancia, la isla se asemeja a un cadáver con mortaja blanquizca, tendido de espaldas y con las manos cruzadas sobre el pecho. Se puede distinguir a gran distancia, situándose al lado Norte de la entrada al río de Guayaquil.

Pasando el río Tumbes, se encuentran las islas y bajos de Jambeli, memorables por uno de esos arranques de energía y valor que tanto enaltecían a García Moreno, Jefe Supremo en un tiempo, de la República del Ecuador. Desde que se pasa el río Tumbes, los vapores de la compañía llevan a bordo un piloto o práctico, para navegar el río de Guayaquil; estos prácticos son, por lo general, naturales de Payta; tienen pleno conocimiento de las variaciones que experimenta la navegación de este río, después [216] de los meses de

crecientes, que son desde diciembre a abril. Esas crecientes arrastran gran cantidad de tierra y árboles, que forman bancos de arena e islas, cerrando los canales de tránsito, a la vez que la violencia de las aguas abre nuevas vías, quizás por los mismos puntos donde antes existían bancos. Es, pues, preciso, llevar a bordo de cada vapor un práctico, circunstancia exigida, por otra parte, por todas las compañías de seguros.

A poca distancia de haber pasado la isla del Muerto, se encuentra al lado Norte, la isla de la Puná, enseguida la llamada Verde, y luego después la conocida con el nombre de Mondragón, pasándose entre esta y la península en que se halla situado la gran ciudad de Guayaquil.

Todas estas islas se hallan cubiertas de pasto y arboleda, y no escasean el ganado vacuno y algún cabrío. Al lado derecho, subiendo el río, se encuentran gran número de ríos, riachuelos y esteros; uno, el Jubones, es grande y dividido en dos ramas, forma una especie de isla. Todos esos ríos pasan por campos que contienen grandes haciendas de pasto, donde se cultiva, en notables cantidades, el cacao y café; muy especialmente el primero en los terrenos ricos de Machala y Santa Rosa.

Antes de llegar a Guayaquil, se pasa el lugar llamado Punta de Piedras, notable por la gran cría de ostras que allí se sostienen, y que de tan abundante y sustanciosa comida proveen a los extranjeros, que frecuentan Guayaquil; un saltado de ostras frescas, con rajas de yuca, es un plato que no desdeñaría un Luculus.

Guayaquil se halla situado, como he dicho, en una especie de península; al Noreste la rodea el Estero Salado, llamado así por ser salobres las aguas; al Sur y Este, la rodean las aguas dulces (potables) del río de Guayaquil; al Norte la circunda en casi su totalidad, [217] las aguas del río Daule. El río de Guayaquil es formado por los grandes ríos Daule, Palenque, Babohoyo y Yaguachi, y por innumerables riachuelos o esteros; esos ríos tienen su origen en las serranías o cordilleras de que forman parte el Pichincha, Chimborazo y Cotopaxi, y en los meses de crecientes que ya he indicado, cubren con sus abundantísimas aguas todos los terrenos bajos, que forman las riberas de dichos ríos, formando lagos y pantanos por todas partes.

Guayaquil es una bella ciudad que tendrá como treinta mil habitantes, posee buenas y grandes iglesias; la Matriz es un hermoso edificio; tiene teatro, plaza de mercado (que podría mejorarse) y varios otros establecimientos públicos de importancia. Sus calles son anchas y rectas; pero sería de desear el establecimiento de una policía que obligase mayor atención a la limpieza y a la higiene.

Guayaquil posee un excelente malecón; los vapores, en la marea llena, atracan a él, facilitando así las ocupaciones del comercio. Tiene grandes y bien surtidos almacenes, tiendas y despachos; y el comercio en cacao, jebe beneficiado de sus inmediatos montes, cueros, etc., hacen a Guayaquil una ciudad de gran importancia comercial. La marea, que varía de doce a diez y seis pies de nivel, la hace punto sobremanera importante para el oportuno establecimiento de un gran Arsenal y Astillero; no conozco en la costa del Sur del Pacífico, un puerto que posea iguales ni aun parecidas ventajas, hallándose además

perfectamente resguardado de toda tempestad o peligro marítimo. Los víveres son abundantes y a precios muy cómodos.

En el río de Guayaquil, surcan vapores pequeños, que sostienen el comercio de esa ciudad con los pueblos del interior; son iguales en sus condiciones, excepto el tamaño, con los tan ventajosamente empleados [218] en la navegación de los ríos de Estados Unidos.

En Mayo de 1868, llegué a Guayaquil, y en alegre comparsa con otros tres amigos, nos embarcamos en uno de esos vaporcitos, con el objeto de ir a cazar caimanes al río Yaguachi. A remolque llevamos una gran lancha tripulada por ocho diestros marineros, y con abundantes provisiones, etc. Salimos de Guayaquil como a las cinco de la tarde, y a bordo nos encontramos con gran número de pasajeros que se dirigían a Babahoyo, Samborondon, etc., muchos pasaban a Quito y pueblos del tránsito.

La noche era fresca y entoldada; y habiendo a bordo una banda de música, algunos pasajeros en el acto formaron un baile, acompañado en los intervalos con algunas canciones. Pasamos una noche deliciosa; el vapor navegaba en algunos puntos tocando a los árboles, que orlaban las riberas del río, y esos árboles, en mil figuras fantásticas, cubiertos de abundantísimas lucernas (noctiluza) producían sobre mi alma sensaciones las más gratas. Parecía trasportado a esos campos encantados de que nos hablan los autores de cuentos de hadas; y lentamente sentía como si el alma abandonara mi cuerpo, y se trasportara a lejanas y desconocidas regiones; vivía como encantado sobre apartada parte de la cubierta, envuelto en ilusiones; pero la triste realidad me sacó de mis ensueños; dos borrachos armaron sangrienta gresca por una de esas morenas hijas de Eva, que iban a bordo. Felizmente, en esos momentos llegábamos a la desembocadura del río Yaguachi, y desembarcábamos en una especie de casa flotante, que servía de hospedaje a los pasajeros. Esta se hallaba construida sobre una gran cantidad de grandes palos flotantes, en figura de una gran balsa, y poseía bastantes comodidades para pasar allí la noche. Mis compañeros siguieron bailando sobre la [219] balsa con algunos pasajeros y niñas de la casa, mientras yo tomaba un grato descanso y agradable sueño, a bordo de nuestra lancha, amarrada a la balsa, y abrigado por un gran poncho, compañero constante de mis multiplicadas excursiones. A las cinco de la mañana, nos separamos de la balsa, y nos dirigimos a ciertos Esteros, que eran, al decir del baqueano o práctico que nos acompañaba, muy frecuentados por los caimanes. Al entrar al Yaguachi, sufrimos un naufragio; nuestra embarcación se embancó, y la corriente de agua, veloz y fuerte en ese punto, volteó la lancha, arrojando a tres de nosotros al agua; yo fui uno de ellos. Felizmente, los diestros marineros nos salvaron, quedando, sin embargo, bien empapados en agua. Pudimos distinguir una choza en tierra, y luego vinieron en nuestro auxilio tres mocetones, zambos altos y fuertes, que en un momento enderezaron la lancha, y en su canoa nos condujeron a la inmediata tierra. Tuvimos que desnudarnos, quedándonos sin aquella hoja de higuera tan afamada, de nuestro Padre Adán. Los zambos esos nos encendieron una gran fogata, y nuestra ropa se secó en menos de una hora. La canoa era formada del gran tronco de un corpulento árbol; tenía como ocho varas de largo y una y media de ancho y más de una de profundidad. Esos hombres vivían en una casa construida de varios grandes postes, con atravesañes en la parte superior, y sobre esos atravesañes construida la habitación, consistente de dos grandes cuartos. Todas las paredes eran de caña y totora, y los utensilios todos domésticos, eran dos o tres ollas de barro, y un cántaro del mismo material; eran los cuidadores de los grandes

sembríos de arroz, que se hallaban alrededor. Su alimento eran yucas y huevos de las innumerables aves silvestres que existían en los lagos y pantanos a esas inmediaciones. Sus buenos servicios fueron en el acto recompensados [220] con una gran botella de ron de Jamaica, que ofrecieron guardar para sus enfermedades, pero con cuyo líquido se emborracharon en el acto. Secada nuestra ropa, nos dirigimos a los Esteros inmediatos, en busca de los caimanes.

Llevábamos seis rifles carabinas de Henry, de la mejor construcción. En la mañana no cazamos un sólo caimán, pero desde medio día cazamos varios en los Esteros que se hallan al lado izquierdo, bajando el río.

El caimán (familia Emysaurus), pertenece a la familia de los lagartos, y es hermano o primo, según dicen, del cocodrilo. El caimán más grande que matamos, poco después del medio día, en el estero llamado Tola, tenía trece pies ocho pulgadas inglesas, desde la punta de la nariz a la punta de la cola; era un macho muy grueso, y su cuerpo cubierto, en la parte superior, de grandes conchas simétricamente distribuidas sobre sus espaldas y lomo hasta la punta de la cola, le daban un aspecto terrible y repugnante. La cabeza tenía como cuatro pies de largo, la boca era de cerca de tres pies de largo, guarnecida de grandes y formidables dientes. En la quijada inferior tenía dos grandes y bien afilados y rectos colmillos, que pasaban el labio superior por dos agujeritos; cerrada la boca, esos colmillos sobresalían al labio superior con más de una pulgada de largo. La carne es parecida a la de la corbina cruda, y tiene un olor muy desagradable, parecido en algo al del almizcle. La hembra, según me dijeron los naturales, pone de treinta a cincuenta huevos, que cuida de enterrar en las arenas a orillas de los ríos; esos huevos son de un color blanquizco y cuando más del tamaño de los de ganso; el calor del sol hace desarrollar el embrión, y tan luego como nace, se dirige al agua, donde la madre cuida de alimentar a los recién nacidos. [221]

El caimán se mantiene con pescado, y con los animales que se acercan a los ríos a tomar agua; su alimento favorito es la carne humana, y desgraciada la comarca donde se hallan los caimanes cebados, así llaman a los que ya han hecho presa de alguna víctima humana.

En la hacienda de la Capilla, departamento de Piura, vi disecado un caimán, que poco antes había arrebatado una criatura, cuya madre lavaba su ropa a orillas del río. A los gritos de la madre, acudió el esposo, y viendo éste que el caimán desembarcaba en un islote inmediato, con la criatura aún viva en la boca, se arrojó al río, con puñal en mano, atacó y mató al caimán a puñaladas; pero no pudo salvar a su hijo: ya había sido cortado en dos trozos.

En el pueblo de la Huaca, hallándose allí acuartelado un batallón nuestro, un soldado bajó al río a sacar agua; un caimán lo agarró para hacerlo su presa; el soldado, con su bayoneta, logró herir al caimán y hacerse soltar; quedó inválido para toda su vida.

Mil historietas se refieren en todos esos pueblos de los estragos causados por este animal tan terrible.

El caimán abunda en el río de Guayaquil y todos sus afluentes: abunda en los ríos nuestros de Zarumilla, Tumbes y La Chira. Este peligroso animal se halla en el Amazonas y

sus afluentes, en varios ríos del Brasil y en la parte superior del río La Plata y sus afluentes. Los ríos que se comunican con el mar en Centro América, Méjico y parte Sur de Estados Unidos, abundan de ellos; y los pobladores de los ríos de Colombia y Venezuela, han experimentado sus terribles estragos.

En el río Chagres, el viajero del ferrocarril de Panamá, los puede distinguir, como grandes troncos de árbol, durmiendo en sus playas. [222]

Contrayéndonos a los caimanes del río de Guayaquil y sus afluentes, será curioso un estudio sobre el modo como ese dañoso reptil ha podido llegar a esos territorios.

El caimán ha podido propagarse de los Estados Unidos a Méjico y Centro América.

De esos ríos, por las orillas del mar, ha podido pasar a Colombia y Venezuela, al río Amazonas y sus afluentes, etc. Siguiendo las orillas del mar, ha podido llegar al Río de la Plata y subir a sus afluentes, por hallarse estos ríos todos cercanos unos a los otros y en comunicación.

Pero ¿cómo ha podido venir al río de Guayaquil?

Tendremos, pues, que aceptar, una de estos tres extremos: 1.º Que los caimanes han traído un viaje marítimo muy largo, desde Panamá. 2.º Que los caimanes han hecho un viaje terrestre pasando la cordillera, del Amazonas a los afluentes del Guayas. 3.º Que son Autoctones, es decir, producidos en el mismo territorio.

Esos caimanes, viajeros de Panamá o del Amazonas al través de la Cordillera, han debido ser caimanes ilustrados, con brújulas que los guiasen en su rumbo a un punto conveniente, y han debido llevar acémilas o bajeles, que les condujesen el fiambre al través de tan largas distancias; curiosos caimanes serían esos.

El cocodrilo (*Emysaurus*), muy conocido de los antiguos, y objeto de constantes estudios por ellos, abunda en el río Nilo, Egipto, y en los afluentes del Níger, Congo y demás grandes ríos del Oeste del África.

En los ríos del extremo Sur de ese vasto Continente, como son el Orange, el Limpopo, etc., en las lagunas que se hallan en esas comarcas, se encuentra el cocodrilo en gran abundancia.

En los ríos de la costa de Zanzíbar y Mozambique abunda también. [223]

En Asia, el Hindostán, todo se halla plagado de ese inútil y pernicioso animal: el Ganjes, el Sciude y todos sus numerosos afluentes, se hallan infestados de cocodrilos.

Los ríos del Birman, Pegil y Cochinchina, se hallan llenos de cocodrilos; sólo el territorio de la China propia se ve libre de sus ataques; ¡¡los chinos se los han comido todos!! ¡¡y aseguran, que no era manjar malo, la carne!!

Los campos que se hallan de Yaguachi a Guayaquil, son bellísimos, cubiertos de abundantes pastos y grandes arboledas. A la derecha y a la izquierda, al bajar el río, se encuentran grandes haciendas, con tropas de ganado vacuno alto y lozano.

Aun a orillas del mismo río se hallan mangos, cubiertos de su vistosa fruta, y otros árboles frutales. Las casas de campo, cubiertas de rojas tejas, parecen grandes y cómodas; todo respira grandeza y bienestar.

La Providencia ha derramado sobre esos campos, la feracidad y mayor dicha; sólo la ambición de temerarios y poco prestigiosos caudillos, ha llevado a esas risueñas comarcas la desolación y la guerra.

Hombres como García Moreno, de su probidad y patriotismo, no son desgraciadamente frecuentes; hombres como Diego Portales, no son fáciles de hallar.

Estadistas notables como esos, hombres probos, verdaderos patriotas, que se eleven grandes, valientes y airados, sobre las miserias, las vocinglerías de descarados y sanguinarios demagogos, no han sido ni son aún suficientemente apreciados por nosotros.

La noble sangre, a mi juicio, de esos grandes hombres, ha fecundizado la tierra de su patria; ¡¡con qué anhelo debemos todos buscar, para la humillada y destrozada patria nuestra, un Redentor, un estadista de probidad y energía!! [224]

Ardientes lágrimas cubren mis ojos; mi anciana y temblorosa mano apenas puede sujetar la pluma, al formar estas líneas, a la vez, al recordar tanta sangre vertida, tanta miseria, tanta ruina consumada.

¡Oh! ¡¡cuándo, cuándo, veremos, o nuestros hijos verán, la redención del Perú!! La felicidad de la patria común.

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).



editorial del cardo